

Segunda parte

La Doctrina de Dios

La existencia de Dios

¿Cómo sabemos que Dios existe?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

¿Cómo sabemos que Dios existe? La respuesta se puede dar en dos partes: Primera, todo ser humano tiene un sentido interno de Dios. Segunda, creemos en la evidencia que se halla en la Biblia y en la naturaleza.

A. El sentido humano interno de Dios

Toda persona, en todas partes, tiene un sentido hondo e interno de que Dios existe, que es su criatura, y que él es su Creador. Pablo dice que incluso los gentiles que no creen han «conocido a Dios» pero no le honraron como Dios ni le dieron gracias (Ro 1:21). Dice que los perversos incrédulos «cambiaron la verdad de Dios por la mentira» (Ro 1:25), implicando que activamente o a propósito ellos han rechazado algo de la verdad en cuanto a lo que sabían respecto a la existencia y carácter de Dios. Pablo dice que «lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos», y añade que esto que es así «pues él mismo se lo ha revelado» (Ro 1:19).

Sin embargo la Biblia también reconoce que algunos niegan este sentido interno de Dios e incluso niegan que Dios exista. «*El necio*» dice en su corazón: «No hay Dios» (Sal 14:1; 53:1). El malo primero «alaba al ambicioso y menosprecia al Señor» y luego en su orgullo repetidamente piensa que «no hay Dios» (Sal 10:3-4). Estos pasajes indican que el pecado lleva a las personas a pensar irracionalmente y negar la existencia de Dios, y que es el que piensa irracionalmente o que ha sido engañado el que dice: «No hay Dios».

Pablo también reconoce que el pecado hará que las personas *nieguen* su conocimiento de Dios; habla de los que «con su maldad *obstruyen la verdad*» (Ro 1:18) y dice que al hacer esto «nadie tiene excusa» por su negación de Dios (Ro 1:20). Una serie de verbos activos indica que esta es una supresión a propósito de la verdad (Ro 1:23, 25, 28, 32).¹

En la vida del creyente esta consciencia interna de Dios se hace más fuerte y más distinta. Empezamos a conocer a Dios como nuestro Padre amante celestial

¹Algunos niegan tener un sentido interno de Dios; pero su consciencia de Dios a menudo se hace evidente en momentos de crisis personal, cuando las convicciones profundamente asentadas en el corazón se muestran en palabras y obras externas. Hace varios años iba como pasajero en un coche con varios amigos, incluyendo una joven que en la conversación negaba firmemente tener alguna consciencia interna de la existencia de Dios. Poco después el coche patinó sobre el hielo y giró a alta velocidad hasta dar un círculo completo. Antes de que el coche se detuviera contra un banco grande de nieve (sin ningún daño serio) se podía oír a la misma mujer implorando distintivamente: «¡Señor Jesús, por favor ayudarnos!» Los demás nos quedamos viéndola asombrados cuando nos dimos cuenta de que las propias palabras de su boca habían denegado su agnosticismo.

(Ro 8:15), el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Ro 8:16), y llegamos a conocer a Jesucristo que vive en nuestros corazones (Ef 3:17; Flp 3:8, 10; Col 1:27; Jn 14:23). La intensidad de esta consciencia en el creyente es tal que aunque no hayamos visto a nuestro Señor Jesucristo, en verdad le amamos (1 P 1:8).

B. Creencia en la evidencia de la Biblia y de la naturaleza

Además de la consciencia interna del ser humano en cuanto a Dios que da claro testimonio del hecho de que Dios existe, en la Biblia y en la naturaleza se ve clara evidencia de su existencia.

La evidencia de que Dios existe se halla, por supuesto, en toda la Biblia. Es más, la Biblia por todas partes da por sentado que Dios existe. El primer versículo de Génesis no presenta evidencia de la existencia de Dios sino que de inmediato empieza a decirnos lo que él ha hecho: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra». Si estamos convencidos de que la Biblia es verdad, entonces sabemos por la Biblia no sólo que Dios existe sino también mucho en cuanto a su naturaleza y sus acciones.

El mundo también da evidencia abundante de la existencia de Dios. Pablo dice que la naturaleza eterna de Dios y su deidad «se perciben claramente a través de lo que él creó» (Ro 1:20). Esta amplia referencia a «lo que él creó» sugiere que en cierto sentido todo lo creado da evidencia del carácter de Dios. No obstante, es el hombre mismo, creado a imagen de Dios, lo que más abundantemente da testimonio de la existencia de Dios. Siempre que nos encontramos con otro ser humano, deberíamos (si nuestra mente está pensando correctamente) darnos cuenta de que una criatura tan increíblemente intrincada, hábil, comunicadora, viva, pudo haber sido creada sólo por un Creador infinito y todo sabio.

Además de la evidencia que se ve en la existencia de los seres humanos vivos, hay excelente evidencia adicional en la naturaleza. Bernabé y Pablo dicen que las «lluvias del cielo y estaciones fructíferas» tanto como la «comida y alegría de corazón» que todo ser humano experimenta y disfruta dan testimonio de Dios (Hch 14:17). David habla del testimonio de los cielos: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos. Un día comparte al otro la noticia, una noche a la otra se lo hace saber» (Sal 19:1-2). Mirar al cielo de día o de noche es ver el sol, la luna y las estrellas, firmamento y nubes, todo continuamente declarando por su existencia, belleza y grandeza que un Creador poderoso y sabio los hizo y los sostiene en su orden.

Esta amplia variedad de testimonio de la existencia de Dios de varias partes del mundo creado nos sugiere que en cierto sentido *todo lo que existe* da evidencia de la existencia de Dios. Para los que tienen ojos para ver y evaluar la evidencia correctamente, toda hoja de todo árbol, toda brizna de hierba, toda estrella en el cielo y toda otra parte de la creación claman continuamente: «¡Dios me hizo! ¡Dios me hizo! ¡Dios me hizo!» Si nuestros corazones y mentes no estuvieran tan cegados por el pecado, sería imposible que viéramos detenidamente una hoja de algún árbol y dijéramos: «Nadie creó esto; apareció porque sí». La belleza de un copo de nieve, la majestuosa potencia de una tempestad, la habilidad de la abeja, el sabor refrescante del agua fría, las increíbles capacidades de la mano humana y miles

otros aspectos de la creación no podían haber llegado a existir aparte de la actividad de un Creador todopoderoso y todo sabio.

Por eso, para los que evalúan correctamente la evidencia, *todo* en la Biblia y *todo* en la naturaleza prueban claramente que Dios existe y que es el Creador poderoso y sabio que la Biblia describe que es. Por consiguiente, cuando creemos que Dios existe basamos nuestra creencia *no* en una esperanza ciega aparte de alguna evidencia, sino en una *abrumadora cantidad de evidencias confiables de la Palabra de Dios y de las obras de Dios*. Es característica de la fe verdadera que es una confianza que se basa en evidencia confiable, y la fe en la existencia de Dios participa de esta característica.

Todavía más, todas estas evidencias se pueden ver como pruebas válidas de la existencia de Dios, aunque algunos las rechacen. Esto no quiere decir que la evidencia es inválida en sí misma, sino sólo que los que rechazan la evidencia están evaluándola erróneamente.

C. «Pruebas» tradicionales de la existencia de Dios

Las «pruebas» tradicionales de la existencia de Dios que han forjado filósofos cristianos (y algunos no cristianos) en varios puntos de la historia son esfuerzos por analizar la evidencia, especialmente la evidencia de la naturaleza, de maneras extremadamente cuidadosas y lógicamente precisas, a fin de persuadir a los seres humanos que no es racional rechazar la idea de la existencia de Dios. Si es cierto que el pecado hace que las personas piensen *irracionalmente*, estas pruebas son esfuerzos de hacer que las personas piensen *racionalmente* o correctamente en cuanto a la evidencia de la existencia de Dios, a pesar de las tendencias irracionales causadas por el pecado.

La mayoría de las pruebas tradicionales para la existencia de Dios se pueden clasificar en cuatro tipos principales de argumentos:

1. El argumento *cosmológico* considera el hecho de que todo lo conocido en el universo tiene una causa. Por consiguiente, razona, el universo mismo también debe tener una causa, y la causa de un universo tan grande sólo puede ser Dios.

2. El argumento *teleológico* es en realidad una subcategoría del argumento cosmológico. Enfoca la evidencia de armonía, orden y diseño en el universo, y argumenta que su diseño da evidencia de un propósito inteligente (la palabra griega *telos* quiere decir «fin», «meta» o «propósito»). Puesto que el universo parece estar diseñado con propósito, debe haber un Dios inteligente y con propósitos que lo creó para que funcione de esa manera.

3. El argumento *ontológico* empieza con la idea de Dios, que se define como «más grande de lo que se puede imaginar». Luego argumenta que la característica de existencia debe corresponder a tal ser, puesto que es más grande existir que no existir.²

4. El argumento *moral* empieza con el sentido del bien y del mal que tiene el ser humano, y la necesidad de que se haga justicia, y argumenta que debe haber un

²La raíz *ont-* en «ontológico» se deriva de una palabra griega que quiere decir «ser».

Dios que es fuente del concepto del bien y del mal y que algún día hará justicia a toda persona.

Debido a que todos estos argumentos se basan en hechos en cuanto a la creación que en verdad son ciertos, podemos decir que todas estas pruebas (cuando se elaboran cuidadosamente), son pruebas válidas en un sentido objetivo. Son válidas porque evalúan correctamente la evidencia y razonan correctamente para llegar a una conclusión verdadera; de hecho, el universo *en efecto* tiene a Dios como su causa, y *en efecto* muestra evidencia de diseño con propósito, y *en efecto* Dios existe como un ser más grande que nada que podamos imaginar, y Dios *en efecto* nos ha dado un sentido del bien y mal y un sentido de que habrá un día de juicio. Los *hechos reales* a que se refieren estas pruebas, por consiguiente, son *ciertos*, y en ese sentido las pruebas son válidas, aunque no todos quedan convencidos.

Pero, en otro sentido, si «válidas» quiere decir «capaces de obligar acuerdo incluso de parte de los que empiezan con presuposiciones falsas», entonces, por supuesto, ninguna de estas pruebas es válida porque ninguna de ellas puede *exigir acuerdo de todos los que las consideran*. Sin embargo, esto se debe a que muchos incrédulos empiezan con presuposiciones inválidas o no razonan correctamente a partir de la evidencia; no se debe a que las pruebas sean inválidas en sí mismas.

El valor de estas pruebas, entonces, reside principalmente en superar algunas de las objeciones intelectuales de los que no creen. No pueden llevar a los que no creen a una fe que salva, porque eso surge al creer el testimonio de la Biblia. Pero sí pueden ayudar a superar objeciones de parte de los que no creen, y, para los creyentes, pueden proveer evidencia intelectual adicional para algo de lo que ya están persuadidos debido a su propio sentido interno de Dios y por el testimonio de la Biblia.

D. Sólo Dios puede vencer nuestro pecado y capacitarnos para que estemos persuadidos de su existencia

Finalmente, se debe recordar que en este mundo pecador *Dios debe capacitarnos para persuadirnos* o de lo contrario no creeríamos en él. Leemos que «El dios de este mundo *ha cegado la mente de estos incrédulos*, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co 4:4). Es más, Pablo dice que «ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen» (1 Co 1:21). En este mundo pecador, la sabiduría humana es inadecuada para llegar a conocer a Dios; por eso la predicación de Pablo fue «con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios (1 Co 2:4-5). Dependemos de que Dios nos quite la ceguera y la irracionalidad causada por el pecado y nos capacite para evaluar correctamente la evidencia, creer lo que dice la Biblia y alcanzar la fe en Cristo que salva.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. Cuando los serafines alrededor del trono de Dios claman: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Is

6:3), ¿piensa usted que están viendo la tierra desde una perspectiva algo diferente de la nuestra? ¿De qué maneras? ¿Cómo podemos empezar a ver el mundo más desde esta perspectiva?

2. ¿Cuándo es más fuerte su sentido interno de la existencia de Dios? ¿Cuándo es más débil? ¿Por qué? ¿En cuál de esas situaciones se halla usted en una condición más similar a la que tendrá en el cielo? ¿En cuál de estos tipos de situaciones son más confiables sus juicios?
3. Mírese las manos. ¿Es más compleja o menos compleja que un reloj? ¿Es lógico pensar que aparecieron por una simple combinación accidental de elementos?
4. ¿Creen la mayoría de las personas en la existencia de Dios? ¿Ha sido esto cierto a través de la historia? Si creen que Dios existe, ¿por qué no lo adoran como es debido?
5. ¿Por qué algunos niegan la existencia de Dios? ¿Sugiere Romanos 1:18 que a menudo hay un factor moral que influye su negativa intelectual de la existencia de Dios (cf. Sal 14:1-3)? ¿Cuál es el mejor método de hablar con alguien que niega la existencia de Dios?

TÉRMINOS ESPECIALES

argumento cosmológico

argumento moral

argumento ontológico

argumento teleológico

sentido interno de Dios

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1298-1307.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

1882-92	Litton, 42-58
1930	Thomas, 3-14
2. Arminiana (wesleyana o metodista)

1875-76	Pope, 1:233-48
1892-94	Miley, 1:57-136
1940	Wiley, 1:217-40
1960	Purkiser, 39-59
1983	Carter, 1:107-11
1983-	Cottrell, 1:419-42
1987-90	Oden, 1:131-80
3. Bautista

1767	Gill, 1:1-15
1887	Boyce, 8-46
1907	Strong, 52-110

- | | |
|---------|------------------|
| 1917 | Mullins, 35-48 |
| 1983-85 | Erickson, 156-74 |
4. Dispensacional
- | | |
|------|------------------|
| 1947 | Chafer, 1:129-78 |
| 1949 | Thiessen, 21-42 |
| 1986 | Ryrie, 25-34 |
5. Luterana
- | | |
|---------|------------------|
| 1917-24 | Pieper, 1:371-74 |
| 1934 | Mueller, 143-47 |
6. Reformada (o presbiteriana)
- | | |
|-----------|-------------------------|
| 1559 | Calvin, 1:43-69 (1.3-5) |
| 1861 | Heppe, 47-56 |
| 1871-73 | Hodge, 1:191-334 |
| 1878 | Dabney, 5-26 |
| 1887-1921 | Warfield, SSW 1:34-40 |
| 1889 | Shedd, 1:195-248 |
| 1909 | Bavinck, DG 41-80 |
| 1938 | Berkhof, 19-28 |
| 1962 | Buswell, 1:72-161 |

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional

1955	Ott, 13-17
------	------------
2. Católica Romana: Post Vaticano II

1980	McBrien (ningún tratamiento explícito)
------	--

Otras obras

- Brown, Colin. *Philosophy and the Christian Faith*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., , 1968.
- Charnock, Stephen. *The Existence and Attributes of God*. Reimp. ed. Sovereign Grace Book Club, Evansville, Ind. n.f., pp. 11-67 (primero publicado en 1655-80).
- Clark, Gordon H. *Religion, Reason, and Revelation*. Craig Press, Nutley, N. J. 1961.
- France, R. T. *The Living God*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., , 1970.
- Geisler, Norman. *Christian Apologetics*. Baker, Grand Rapids, 1976.
- _____, y Paul Feinberg. *Introduction to Philosophy: A Christian Perspective*. Baker, Grand Rapids, 1980.
- Hackett, Stuart. *The Resurrection of Theism*. Moody, Chicago, 1957.
- Hoover, A. J. «God, Arguments for the Existence of». En EDT pp. 447-51.
- Jastrow, Robert. *God and the Astronomers*, Norton, Nueva York, 1992.
- Lewis, Gordon R. *Testing Christianity's Truth Claims*. Moody, Chicago, 1976.
- Mavrodes, George I. *Belief in God*. Random House, Nueva York, 1970.

- McDowell, Josh. *Evidence That Demands a Verdict*. Here's Life, San Bernardino, Calif. 1972, 1979.
- Packer, J. I. «God» En NDT pp. 274-77.
- Sire, James. *The Universe Next Door: A Basic World View Catalog*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., , 1976.
- Van Til, Cornelius. *The Defense of the Faith*. Presbyterian and Reformed, Filadelfia, 1955.
- Yandell, Keith. *Christianity and Philosophy. Studies in a Christian World View*. Eerdmans, Grand Rapids, Inter-Varsity Press, and Leicester, 1984.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Romanos 1:18-20: *Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad. Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa.*

HIMNO

«Te exaltaré, mi Dios, mi Rey»

Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
Y bendeciré tu nombre
Eternamente y para siempre.
Cada día te bendeciré,
Y alabaré tu nombre
Eternamente y para siempre.
Grande es Jehová,
Y digno de suprema alabanza;
Y su grandeza es inescrutable.
Cada día te bendeciré.

AUTOR: CASIODORO CÁRDENAS (TOMADO DEL HIMNARIO BAUTISTA, # 512).

La cognoscibilidad de Dios

¿Podemos realmente conocer a Dios?

¿Cuánto de Dios podemos conocer?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

A. La necesidad de que Dios se revele a nosotros

Para poder conocer a Dios de alguna manera, es necesario que él se revele a nosotros. Incluso al hablar de la revelación de Dios que viene mediante la naturaleza, Pablo dice que lo que se puede conocer de Dios es claro para el ser humano «pues él mismo *se lo ha revelado*» (Ro 1:19). La creación natural revela a Dios porque él escogió revelarse de esta manera.

Respecto al conocimiento personal de Dios que viene en la salvación, esta idea es incluso más explícita. Jesús dice: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y *nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo*» (Mt 11:27). Esta clase de conocimiento de Dios no se halla mediante esfuerzo o sabiduría humana y, «Dios, en su sabio designio, dispuso *que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana*» (1 Co 1:21; cf. 1 Co 2:14; 2 Co 4:3-4; Jn 1:18).

La necesidad de que Dios se revele a sí mismo a nosotros se ve en el hecho de que los pecadores interpretan mal la revelación de Dios que se halla en la naturaleza. Los que «con su maldad obstruyen la verdad» son los que «se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. ... Cambiaron la verdad de Dios por la mentira» (Ro 1:18, 21, 25). Por consiguiente, necesitamos la Biblia para poder interpretar correctamente la revelación natural. Cientos de religiones falsas en el mundo son evidencia de la manera en que los pecadores, sin la dirección de la Biblia, siempre entienden mal y distorsionan la revelación de Dios que se halla en la naturaleza. Pero sólo la Biblia nos dice *cómo entender el testimonio de Dios en la naturaleza*. Por consiguiente, dependemos de la comunicación activa de Dios a nosotros en la Biblia para un conocimiento verdadero de Dios.

B. Nunca podremos entender completamente a Dios

Debido a que Dios es infinito y nosotros somos finitos o limitados, nunca podremos entender completamente a Dios. En este sentido se dice que Dios es *incomprehensible* en donde el término *incomprehensible* se usa en el sentido más antiguo y menos común, «que no se puede entender *totalmente*». No es cierto decir que no se puede entender a Dios, pero sí es cierto decir que no se le puede entender plena o exhaustivamente.

El Salmo 145 dice: «Grande es el Señor, y digno de toda alabanza; *su grandeza es insondable*» (Sal 145:3). La grandeza de Dios está más allá de toda búsqueda o descubrimiento; es demasiado grande para que se pueda conocer por completo. Respecto al entendimiento de Dios, el Salmo 147 dice: «Excelso es nuestro Señor, y grande su poder; *su entendimiento es infinito*» (Sal 147:5). Nunca podremos medir o conocer por completo el entendimiento de Dios; es demasiado grande para que lo podamos igualar o comprender. De modo similar, al pensar en que Dios conoce todos sus caminos, David dice: «*Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo*» (Sal 139:6; cf. v. 17).

Pablo implica esta incomprehensibilidad de Dios cuando dice que «el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios», y luego pasa a decir que «nadie conoció las cosas¹ de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Co 2:10-12, RVR 1960). Al final de una larga consideración de la historia del gran plan de redención divina, Pablo irrumpe en alabanza: «¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!» (Ro 11:33).

Estos versículos nos permiten llevar nuestro entendimiento de la incomprehensibilidad de Dios un paso más adelante. No sólo es cierto de que nunca podremos entender plenamente a Dios; también es cierto que *nunca podremos entender completamente ni una sola cosa en cuanto a Dios*. Su grandeza (Sal 145:3), su entendimiento (Sal 147:5), su conocimiento (Sal 139:6), sus riquezas, sabiduría, juicios y caminos (Ro 11:33), *todo* está más allá de nuestra capacidad de entender completamente. Otros versículos también respaldan esta idea; Como son más altos los cielos que la tierra, así son los caminos de Dios más altos que nuestros caminos, y los pensamientos de Dios más que nuestros pensamientos (Is 55:9). Job dice que los grandes actos de Dios al crear y sustentar la tierra son «sólo una muestra de sus obras», y exclama: «¡un murmullo que logramos escuchar! ¿Quién podrá comprender su trueno poderoso?» (Job 26:14; cf. 11:7-9; 37:5).

Así que podemos saber *algo* del amor, poder, sabiduría, de Dios, y cosas por el estilo; pero nunca podemos conocer completa o *exhaustivamente* su amor. Nunca podremos conocer exhaustivamente su poder. Nunca podremos conocer exhaustivamente su sabiduría, y etcétera, etcétera. A fin de conocer exhaustivamente una sola cosa en cuanto a Dios tendríamos que conocerla como él mismo la conoce; es decir, tendríamos que conocerla en su relación a todo lo demás en cuanto a Dios y en su relación a todo lo demás en la creación ¡por toda la eternidad! Sólo podemos exclamar con David: «Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo» (Sal 139:6).

Esta doctrina de la incomprehensibilidad de Dios tiene una aplicación mucho más positiva para la vida. Quiere decir que nunca podremos conocer «demasiado» de Dios, porque nunca se agotarán las cosas que hay que aprender de él, y de esta manera nunca nos cansaremos en deleitarnos en el descubrimiento de más y más de su excelencia y la grandeza de sus obras.

¹ Así, la RVR, muy literalmente al traducir la frase griega *ta tou Theou*. NVI y otras suplen la palabra *pensamientos* porque la expresión paralela en el v. 11, *ta tou antropou* («las cosas del hombre»), parecen exigir que suplamos la palabra *pensamiento* como necesaria en el contexto. Pero la mención de Pablo de «lo profundo de Dios» en el v. 10 sugiere que no se trata sólo de los pensamientos de Dios sino de todo el ser de Dios a que se refiere tanto en el v. 10 como en el v. 12.

Incluso en la edad venidera, cuando estemos libres de la presencia del pecado, nunca podremos comprender completamente a Dios ni nada en cuanto a él. Esto se ve en el hecho de que los pasajes citados arriba atribuyen la incomprehensibilidad de Dios no a nuestro pecado sino a su infinita grandeza. Esto se debe a que nosotros somos finitos y Dios es infinito y por eso nunca podremos entenderle completamente.² Por toda la eternidad podremos seguir creciendo en nuestro conocimiento de Dios y deleitándonos más y más en él, diciendo con David conforme aprendemos más y más de los pensamientos de Dios: «¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus pensamientos! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos! Si me propusiera contarlos, sumarían más que los granos de arena» (Sal 139:17-18).

Pero si esto es así en la eternidad futura, ciertamente debe ser así en esta vida. De hecho, Pablo nos dice que para llevar una vida «digna del Señor, agradándole en todo», debemos continuamente «crecer en el conocimiento de Dios» (Col 1:10). Debemos ir creciendo en nuestro conocimiento de Dios durante toda la vida.

Si alguna vez quisiéramos hacernos iguales a Dios en conocimiento, o si quisiéramos derivar satisfacción del pecado de orgullo intelectual, el hecho de que nunca dejaremos de crecer en el conocimiento de Dios nos sería desalentador; ¡nos sentiríamos molestos porque Dios es un tema de estudio que jamás dominaremos! Pero si más bien nos deleitamos en el hecho de que sólo Dios es Dios, y que siempre es infinitamente más grande que nosotros, que somos sus criaturas y le debemos adoración y alabanza, esta será una idea muy alentadora. Aunque pasemos tiempo en el estudio bíblico y comunión con Dios todos los días de nuestra vida, siempre habrá más que aprender de Dios y su relación con nosotros y el mundo, y de este modo siempre habrá más por lo que podemos estar agradecidos y por lo que podemos alabarle. Cuando nos damos cuenta de esto, la perspectiva de un hábito vitalicio de estudio bíblico regular, e incluso la perspectiva de toda una vida de estudio de teología (si es una teología que está firmemente cimentada en la Palabra de Dios), debería ser una perspectiva muy emocionante para nosotros. Estudiar y enseñar la Palabra de Dios de manera formal e informal siempre será un gran privilegio y alegría.

C. Sin embargo, Podemos Conocer a Dios Verdaderamente

Aunque no podemos conocer exhaustivamente a Dios, sí podemos conocer cosas ciertas de Dios. De hecho, *todo lo que la Biblia nos dice* de Dios es cierto. Es verdad decir que Dios es amor (1 Jn 4:8), que Dios es luz (1 Jn 1:5), que Dios es espíritu (Jn 4:24), que Dios es justo (Ro 3:26), etcétera. Decir esto no implica ni exige que lo sepamos acerca de Dios o de su amor, o de su justicia, o de algún otro atributo. Cuando yo digo que tengo tres hijos, esa afirmación es enteramente verdad, aunque no lo sé todo en cuanto a mis hijos; ni siquiera en cuanto a mí mismo. Es lo mismo en cuanto a nuestro conocimiento de Dios; tenemos conocimiento

²Esto no es contradicho por 1 Co 13:13: «Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido». La frase «conocer completamente» es simplemente un esfuerzo de traducir la palabra *epignosko* que sugiere un conocimiento más hondo y más preciso (o tal vez, en contraste con el conocimiento parcial presente, conocimiento libre de error o falsedad). Pablo nunca dijo algo como: «Entonces conoceré todo», lo cual habría sido muy fácil de decir en griego (*tote epignosomai ta panta*) si hubiera querido decirlo así.

verdadero de Dios en la Biblia, aunque no tenemos conocimiento exhaustivo. Podemos conocer algunos de los pensamientos de Dios, e incluso muchos de ellos, partiendo de la Biblia, y cuando los sabemos nosotros, como David, hallaremos que son «preciosos» (Sal 139:17).

Incluso más significativo, es a *Dios mismo* a quien conocemos, y no simplemente hechos en cuanto a él o lo que él hace. En nuestro ordinario uso del idioma hacemos una distinción entre *saber* de una persona, y *conocer a la persona*. Sería verdad si digo que sé muchas cosas en cuanto al presidente de los Estados Unidos de América, pero no sería cierto si digo que *lo* conozco. Decir que *lo* conozco implicaría que me he encontrado con él, y hablado con él, y que he cultivado por lo menos algún grado de relación personal con él.

Algunos dicen que no podemos conocer a Dios mismo, sino que sólo podemos conocer realidades en cuanto a él y saber lo que él hace. Otros han dicho que no podemos conocer a Dios como él es en sí mismo, pero que sólo podemos conocerle según se relaciona con nosotros (y hay cierta implicación de que estas dos cosas de alguna manera son diferentes). Pero la Biblia no habla de esa manera. Varios pasajes hablan de que *conocemos a Dios mismo*. Leemos las palabras de Dios en Jeremías:

«Que no se glorie el sabio de su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien ha de gloriarse, que se glorie de conocerme y de comprender que yo soy el Señor, que actúo en la tierra con amor, con derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada», afirma el Señor (Jer 9:23-24).

Aquí Dios dice que la fuente de nuestro gozo y sentido de importancia debe venir no de nuestras capacidades o posesiones, sino del hecho de que le conocemos. De modo similar, al orar a su Padre, Jesús pudo decir: «Y ésta es la vida eterna: *que te conozcan a ti*, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado» (Jn 17:3). La promesa del nuevo pacto es que todos conoceremos a Dios, «desde el más pequeño hasta el más grande» (Heb 8:11), y la Primera Epístola de Juan nos dice «que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento *para que conozcamos al Dios verdadero*» (1 Jn 5:20; vea también Gá 4:9; Flp 3:10; 1 Jn 2:3; 4:8). Juan pudo decir: «Les he escrito a ustedes, queridos hijos, porque han conocido al Padre» (1 Jn 2:13).

El hecho de que en efecto conozcamos a Dios mismo se demuestra adicionalmente al darnos cuenta de que las riquezas de la vida cristiana incluyen una relación personal con Dios. Como implican estos pasajes, tenemos un privilegio mucho mayor que el simple conocimiento de datos en cuanto a Dios. Hablamos con Dios en la oración, y él nos habla mediante su palabra. Tenemos comunión con él en su presencia, entonamos sus alabanzas, y nos damos cuenta de que él mora personalmente entre nosotros y en nosotros para bendecirnos (Jn 14:23). En verdad, esta relación personal con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo se puede decir que es la más grande de todas las bendiciones de la vida cristiana.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. A veces algunos dicen que el cielo parece aburrido. ¿De qué manera el hecho de que Dios es incomprensible y sin embargo conocible ayuda a responder a esa objeción?
2. ¿Cómo podemos estar seguros de que cuando lleguemos al cielo Dios no nos dirá que la mayoría de lo que hemos aprendido en cuanto a él estaba errado, y que tendremos que olvidarnos de lo que hemos aprendido y empezar a aprender cosas diferentes en cuanto a él?
3. ¿Quiere usted continuar conociendo a Dios más y más profundamente por toda la eternidad? ¿Por que sí o por qué no? ¿Le gustaría poder conocer exhaustivamente a Dios? ¿Por qué sí o por qué no?
4. A su modo de pensar, ¿por qué Dios decidió revelarse a sí mismo a nosotros? ¿Aprende usted más de Dios de su revelación en la naturaleza o de su revelación en la Biblia? A su modo de pensar ¿por qué es que los pensamientos de Dios son «preciosos» para nosotros (Sal 139:17)? ¿Llamaría usted su relación presente con Dios una relación personal? ¿De qué manera es similar a sus relaciones con otras personas, y de qué manera es diferente? ¿Qué mejoraría su relación con Dios?

TÉRMINOS ESPECIALES

cognoscible

incomprensible

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1298-1307.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

1882-92	Litton (ningún tratamiento explícito)
---------	---------------------------------------
2. Arminiana (wesleyana o metodista)

1875-76	Pope, 1:242-48
1892-94	Miley, 1:137-58
1983-	Cottrell, 1:1-47, 306-87
1987-90	Oden, 1:317-74
3. Bautista

1767	Gill, 2:352-64
1887	Boyce, 8-54
1917	Mullins, 35-48
1976-83	Henry, 2:17-167, 247-334; 5:375-409
1983-85	Erickson, 137-40, 177-81, 268-71

4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 1:179-86
 - 1986 Ryrie, 25-34
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 1:375-81
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 1:33-43 (1.1-2)
 - 1871-73 Hodge, 1:191-202, 335-65
 - 1909 Bavinck, DG 13-110
 - 1938 Berkhof, 29-40
 - 1962 Buswell, 1:29-30
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 1:29-46

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
 - 1955 Ott, 17-24
2. Católica Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien (ningún tratamiento explícito)

Otras obras

- Bray, Gerald L. *The Doctrine of God*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., , 1993.
- Charnock, Stephen. *The Knowledge of God. The Complete Works of Stephen Charnock. Vol. 4*. Edinburgh: James Nichol, 1865. Reimp. ed. Banner of Truth, Edimburgo, 1985, esp. pp. 3-164.
- Frame, John M. *The Doctrine of the Knowledge of God*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N. J., 1987.
- France, R. T. *The Living God*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., , 1970.
- Packer, J. I. «God». En NDT pp. 274-77.
- _____. *Knowing God*. Inter-Varsity Press, Londres, 1973, pp. 13-37.
- Piper, John. *Desiring God*. Multnomah, Portland, Ore., 1986.
- Tozer, A. W. *The Knowledge of the Holy*. Harper and Row, Nueva York, 1961.
- Van Til, Cornelius. *In Defense of the Faith vol. 5: An Introduction to Systematic Theology*. n.p. Presbyterian and Reformed, 1976, pp. 159-99.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

(El versículo 3 de este pasaje nos dice que no se puede conocer a Dios completamente, pero el hecho de que David alaba a Dios y habla con él muestra también que en efecto sabe cosas ciertas en cuanto a Dios y tiene una relación personal con él).

Salmo 145:1-3:

*Te exaltaré, mi Dios y rey;
por siempre bendeciré tu nombre.
Todos los días te bendeciré;
por siempre alabaré tu nombre.
Grande es el Señor, y digno de toda alabanza;
su grandeza es insondable.*

HIMNO

«Himno al Padre»

Cantadle a una voz, omnipotente Dios,
Su nombre es Elohim, y el trino Creador;
Jehová es el gran «YO SOY», y eterno es El Olam,
Postrados todos a sus pies, es nuestro Redentor.

Cantadle con amor, altísimo Señor,
Su nombre es Adonai, del mundo dueño y rey;
El Dios de bendición, nos cuida El Shaddai,
Oh, alabadle sin temor, ovejas de su grey.

Cantadle con fervor, supremo y fiel pastor,
Su nombre es El Elyon, el gran gobernador;
El sempiterno Ser, nos guía con amor,
Load a Jehová Jireh, de Sion sustentador.

Dar cánticos a Dios el Padre, en alta voz,
Y al Hijo el Salvador mil salmos entonad;
Con himnos ensalza al Santo Espíritu;
Tres veces santo, el trino Dios, servidle con lealtad.

BASADA EN LOS NOMBRES BÍBLICO DE DIOS EN GÉNESIS, FELIPE BLYCKER
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA, # 28)

El carácter de Dios: Atributos «incomunicables»

¿De qué manera es Dios diferente de nosotros?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

A. Introducción al estudio del carácter de Dios

1. Cómo clasificar los atributos de Dios. Cuando se trata de hablar del carácter de Dios nos damos cuenta de que no podemos decir de una sola vez todo lo que la Biblia nos enseña en cuanto al carácter de Dios. Necesitamos decidir de alguna manera cuál aspecto del carácter de Dios considerar primero, cuál aspecto considerar en segundo lugar, etcétera. En otras palabras, necesitamos alguna manera de catalogar los atributos de Dios. Este asunto no es tan trivial como pudiera parecer. Hay la posibilidad de que adoptemos un orden equivocado de atributos o que hagamos tanto énfasis en algunos que no presentemos los demás apropiadamente.

Se han usado varios métodos diferentes para clasificar los atributos de Dios. En este capítulo adoptaremos la clasificación que probablemente es la que más comúnmente se usa: los *atributos incomunicables* de Dios (es decir, los atributos de Dios que no comparte ni «comunica» a otros), y los *atributos comunicables* de Dios (los que Dios comparte o nos «comunica»).

Ejemplo de los atributos incomunicables de Dios serían su eternidad (Dios ha existido por toda la eternidad, pero nosotros no), inmutabilidad (Dios no cambia, pero nosotros sí), u omnipresencia (Dios está presente en todas partes, pero nosotros estamos presentes solo en un sitio a la vez). Ejemplos de los atributos comunicables serían el amor (Dios es amor, y nosotros también podemos amar), conocimiento (Dios tiene conocimiento, y nosotros igualmente podemos tener conocimiento), misericordia (Dios es misericordioso, y nosotros también podemos ser misericordiosos), o justicia (Dios es justo y nosotros, también, podemos ser justos). Esta clasificación de atributos de Dios en dos categorías principales es útil, y la mayoría de las personas tiene un sentido inicial de cuáles atributos específicos se deben llamar incomunicables y a cuáles se les deben llamar comunicables. Así que tiene sentido decir que el amor de Dios es comunicable pero su omnipresencia no.

Sin embargo, al reflexionar un poco más nos damos cuenta de que esta distinción, aunque útil, no es perfecta. Eso se debe a que no hay atributo de Dios que sea *completamente* comunicable, y no hay atributo de Dios que sea *completamente*

incomunicable! Eso será evidente si pensamos por un momento en algunas cosas que ya sabemos de Dios.

Por ejemplo, la *sabiduría* de Dios por lo general se diría que es un atributo comunicable, porque nosotros también podemos ser sabios. Pero nunca seremos infinitamente sabios como Dios lo es. Él nos da su sabiduría *hasta cierto punto*, pero nunca *por completo*. De modo similar, podemos tener una parte del *conocimiento* de Dios, sin embargo nunca lo tendremos por completo, porque los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros, «más altos que los cielos sobre la tierra» (Is 55:9). Podemos imitar el amor de Dios y tener parte en ese atributo hasta cierto punto, pero nunca seremos infinitamente amorosos como Dios lo es. Lo mismo con todos los atributos que normalmente se llaman «atributos comunicables»; Dios en efecto nos participa algunos de ellos «hasta cierto grado» pero ninguno de esos atributos es completamente comunicable. Es mejor decir que esos atributos que llamamos «comunicables» son los que él «comparte más» con nosotros.

Los atributos que llamamos «incomunicables» se definen mejor diciendo que son atributos de Dios que *compartimos menos*. Ninguno de los atributos incomunicables de Dios carece por completo de alguna semejanza en el carácter del ser humano. Por ejemplo, Dios es inmutable, en tanto que nosotros cambiamos. Pero no cambiamos completamente, porque hay algunos aspectos de nuestro carácter que casi siempre permanecen sin cambio: nuestra identidad individual, muchos de nuestros rasgos de personalidad y algunos de nuestros propósitos de largo alcance permanecen sustancialmente sin cambio a través de muchos años (y permanecerán en su gran parte incambiables una vez que seamos libres del pecado y empecemos a vivir en la presencia de Dios para siempre).

Asimismo, Dios es eterno, y nosotros estamos sujetos a las limitaciones del tiempo. No obstante, vemos *algún* reflejo de la eternidad de Dios en el hecho de que viviremos con él para siempre y disfrutaremos de la vida eterna, así como también en el hecho de que tenemos la capacidad de recordar el pasado y tener una fuerte percepción del futuro (a diferencia de mucho de la creación divina; cf. Ec 3:11). Los atributos divinos de independencia y omnipresencia son tal vez los que son más difíciles de ver reflejados en nuestra naturaleza, pero incluso estos se pueden ver tenuemente reflejados en nosotros cuando nos comparamos con mucho del resto de la creación de Dios; conforme llegamos a la edad adulta, obtenemos cierto grado de independencia de otros para nuestra existencia; y, aunque no podemos estar en más de un lugar al mismo tiempo, tenemos la capacidad de actuar de maneras que tienen efecto en muchos lugares diferentes a la vez (esto, también, nos separa de la mayoría del resto de la creación).

Usaremos entonces las dos categorías de atributos «incomunicables» y «comunicables», dándonos cuenta a la vez de que no son clasificaciones enteramente precisas, y que en realidad hay muchos traslapes entre ellas.

2. Los nombres de Dios en la Biblia. En la Biblia el nombre de una persona es una descripción de su carácter. De igual manera, los nombres de Dios en la Biblia son varias descripciones de su carácter. En un sentido amplio, entonces, el «nombre» de Dios es igual a todo lo que la Biblia y la creación nos dice en cuanto a Dios.

Cuando decimos al orar: «santificado sea tu *nombre*» como parte del Padre Nuestro (Mt 6:9), estamos pidiendo en oración que las personas hablen de Dios de una manera que le honre y que reflejen correctamente su carácter. Este honrar el nombre de Dios se puede hacer con acciones tanto como con palabras, porque nuestras acciones reflejan el carácter del Creador a quien servimos (Mt 5:16). Honrar el nombre de Dios es por consiguiente honrarle a él. El mandamiento «No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera» (Éx 20:7) es un mandamiento de que no deshonremos la reputación de Dios ni por palabras que hablen de él de una manera necia o equívoca, ni por acciones que no refleje su verdadero carácter.

La Biblia da muchos nombres individuales de Dios, todos los cuales reflejan algún aspecto verdadero de su carácter. Muchos de estos nombres se toman de la experiencia o emociones humanas a fin de describir partes del carácter de Dios, en tanto que muchos otros nombres se toman del resto de la creación natural. En cierto sentido, todas estas expresiones del carácter de Dios en términos de cosas que se hallan en el universo son «nombres» de Dios porque nos dicen algo verdadero en cuanto a él.

Herman Bavinck, en *The Doctrine of God*¹ da una lista larga de tales descripciones de Dios tomadas de la creación: a Dios se le compara con un león (Is 31:4), un águila (Dt 32:11), un cordero (Is 53:7), una gallina (Mt 23:37), el sol (Sal 84:11), el lucero de la mañana (Ap 22:16), la luz (Sal 27:1), una antorcha (Ap 21:23), un fuego (Heb 12:29), una fuente (Sal 36:9), una roca (Dt 32:4), un escondedero (Sal 119:114), una torre (Prov. 18:10), una polilla (Salmo 39:11), una sombra (Sal 91:1), un escudo (Sal 84:11), un templo (Ap 21:22), y así por el estilo.

Tomando de la experiencia humana, Bavinck halla una lista incluso más extensa, que se reproduce aquí sólo en parte: A Dios se le llama novio (Is 61:10), esposo (Is 54:5), padre (Dt 32:6), juez y rey (Is 33:22), guerrero (Éx. 15:3), arquitecto y constructor (Heb 11:10), pastor (Sal 23:1), médico (Éx 15:26), etcétera. Todavía más, se habla de Dios en términos de acciones humanas tales como conocer (Gn 18:21), recordar (Gn 8:1; Ex. 2:24), ver (Gn 1:10), oír (Éx 2:24), oler (Gn 8:21), gustar (Sal 11:5), sentarse (Sal 9:7), levantarse (Sal 68:1), andar (Lv 26:12), limpiar lágrimas (Is 25:8), etcétera. A Dios se atribuyen emociones humanas, tales como gozo (Is 62:5), aflicción (Sal 78:40; Is 63:10), enojo (Jer 7:18-19), amor (Jn 3:16), odio (Dt 16:22), ira (Sal 2:5), etcétera.

Aunque Dios no tiene un cuerpo físico,² la Biblia usa varias partes del cuerpo humano para describir metafóricamente las actividades de Dios. La Biblia puede hablar de la cara o semblante de Dios (Éx 33:20, 23; Is 63:9; Sal 16:11; Ap 22:4), ojos (Sal 11:4; Heb 4:13), párpados (Sal 11:4), orejas (Sal 55:1; Is 59:1), nariz (Dt 33:10), boca (Dt 8:3), labios (Job 11:5), lengua (Is 30:27), cuello (Jer 18:17), brazos (Éx 15:16), mano (Nm 11:23), dedo (Éx 8:19), corazón (Gn 6:6), pie (Is 66:1), etcétera. Incluso términos que describen características personales tales como bueno,

¹Herman Bavinck, *The Doctrine of God* trad. y ed. por William Hendriksen (Eerdmans, Grand Rapids, 1951), pp. 86-89.

²Aunque Jesucristo tiene ahora un cuerpo físico como Dios-hombre, el Padre y el Espíritu Santo no, ni tampoco el Hijo antes de que fue concebido en el vientre de María. (En las «teofanías» del Antiguo Testamento, en las que Dios se apareció en forma humana, esos cuerpos humanos eran solamente apariencias temporales y no pertenecían a la persona de Dios).

misericordioso, lleno de gracia, justo, santo, recto, y muchos más, son términos cuyo significado nos es familiar mediante una experiencia de estas cualidades en otros seres humanos. E incluso esos términos que parecen menos relacionados a la creación, tal como eternidad o inmutabilidad, los entendemos no intuitivamente sino al negar conceptos que conocemos por experiencia (eternidad es no estar limitado por el tiempo e inmutabilidad es no cambiar).

El punto de compilar todos estos pasajes es mostrar, primero, que en uno u otro sentido *toda la creación nos revela algo de Dios* y que la creación más alta, especialmente el hombre que está hecho a imagen de Dios, le revela más completamente.

La segunda razón para mencionar esta larga lista es mostrar que todo lo que sabemos de Dios partiendo de la Biblia nos viene en términos que entendemos porque describen acontecimientos o cosas comunes a la experiencia humana. Usando un término más técnico, podemos decir que *todo lo que la Biblia dice de Dios usa lenguaje antropomórfico; es decir, lenguaje que habla de Dios en términos humanos*.³ Ha habido quienes tienen problemas con el hecho de que hay lenguaje antropomórfico en la Biblia. Pero esto no debería ser problema para nosotros, porque para que Dios nos enseñe cosas que no conocemos por experiencia directa (tales como sus atributos), tiene que enseñarnos en términos que nosotros conocemos. Por eso todo lo que la Biblia dice en cuanto a Dios es «antropomórfico» en un sentido amplio (hablar de Dios en términos bien sea humanos o en términos de la creación que conocemos). Esto no quiere decir que la Biblia nos da ideas erradas o equívocas en cuanto a Dios, porque esta es la manera en que Dios ha escogido revelarse a nosotros, y revelarse verdadera y acertadamente. Con todo, debe advertirnos a no tomar ninguna de estas descripciones por sí sola y aislada de su contexto inmediato o del resto de lo que la Biblia dice en cuanto a Dios.⁴ Si lo hiciéramos, correremos el riesgo de malentender o de tener un cuadro desequilibrado o inadecuado de quién es Dios. Cada descripción de uno de los atributos de Dios se debe entender a la luz de todo lo demás que la Biblia nos dice en cuanto a Dios. Si no recordamos esto, inevitablemente entenderemos erróneamente el carácter de Dios.

Por ejemplo, tenemos una *idea* del amor por la experiencia humana. Eso nos ayuda a entender lo que la Biblia quiere decir cuando dice que Dios es amor, pero nuestro entendimiento del significado de «amor» al aplicarlo a Dios no es idéntico a nuestra experiencia con el amor en las relaciones humanas. Así que debemos aprender de ver actuar Dios a través de la Biblia y de los demás atributos de Dios que se nos dan en la Biblia, así como de nuestras experiencias del amor de Dios en nuestra vida, para poder refinar nuestra idea del amor de Dios de una manera apropiada y evitar malentendidos. Así que el lenguaje antropomórfico en cuanto a Dios es *veraz* cuando aparece en la Biblia, pero se puede entender correctamente

³«Antropomórfico» viene de dos palabras griegas: *antropos* «hombre», y *morfē* «forma». Una descripción antropomórfica de Dios describe a Dios en formas humanas o términos humanos.

⁴Este error lo harían, por ejemplo, los que aducen que Dios tiene un cuerpo humano, porque la Biblia habla de ojos, oídos, boca, etc. Por el mismo razonamiento deberían decir también que Dios se parece a un león, un Cordero, un águila, fuego, roca, gallina, fuente, sol, escudo, sombra y un templo, ¡todo a la vez! El error es no reconocer que estas son metáforas que nos hablan del carácter de Dios, pero que Dios mismo es «espíritu» (Jn 4:24) y no tiene cuerpo material.

sólo al leer continuamente la Biblia toda nuestra vida a fin de poder entender este lenguaje en el contexto de toda la Biblia.

Hay una tercera razón para señalar la gran diversidad de descripciones de Dios tomadas de la experiencia humana y del mundo natural. Este lenguaje debe recordarnos que *Dios hizo el universo para que muestre la excelencia de su carácter*, para que muestre su gloria. Dios es digno de recibir gloria porque él creó todas las cosas (Ap 4:11); por consiguiente, todas las cosas deben honrarlo a él.

El Salmo 148 es un ejemplo de cómo la creación es convocada para alabar a Dios:

Alábenlo, sol y luna,
alábenlo, estrellas luminosas. ...

Alaben al Señor desde la tierra
los monstruos marinos y las profundidades del mar,

el relámpago y el granizo, la nieve y la neblina,
el viento tempestuoso que cumple su mandato,

los montes y las colinas,
los árboles frutales y todos los cedros, ...

los reyes de la tierra y todas las naciones, ...

Alaben el nombre del Señor,
porque sólo su nombre es excelso;
su esplendor está por encima de la tierra y de los cielos
(Sal 148:3, 7-11, 13).

Conforme aprendemos en la Biblia en cuanto al carácter de Dios, eso debería abrir nuestros ojos y capacitarnos para interpretar correctamente la creación. Como resultado, podremos ver reflejos de la excelencia del carácter de Dios en todas partes de la creación: «toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3).

Se debe recordar que aunque todo lo que la Biblia nos dice en cuanto a Dios es verdad, no es exhaustivo. La Biblia no nos lo dice todo en cuanto al carácter de Dios. Así que nunca conoceremos el «nombre» de Dios *total y completamente* en el sentido de que jamás entenderemos exhaustivamente el carácter de Dios. Nunca sabremos todo lo que se puede saber en cuanto a Dios. Por esta razón, los teólogos a veces han dicho: «Dios tiene muchos nombres, y sin embargo Dios no tiene nombre». Dios tiene muchos nombres porque conocemos muchas descripciones verdaderas de su carácter en la Biblia, pero Dios no tiene nombre porque nunca podremos describir o entender todo su carácter.

3. Definiciones balanceadas de los atributos incommunicables de Dios. Los atributos incommunicables de Dios son tal vez los que más fácilmente se malentienden, probablemente porque representan aspectos del carácter de Dios que son menos conocidos en nuestra experiencia. En este capítulo, por consiguiente, cada uno de los atributos incommunicables de Dios se define con una oración de dos partes. La primera parte define el atributo que se considera, y la segunda parte nos guarda

contra entender mal el atributo indicando un aspecto balanceado u opuesto que se relaciona con ese atributo. Por ejemplo, la inmutabilidad de Dios se define como sigue: «Dios es inmutable en su ser, perfecciones, propósitos y promesas' *sin embargo* Dios actúa, y actúa en forma diferente en respuesta a situaciones diferentes». La segunda mitad de la oración nos guarda en contra de la idea de que inmutabilidad quiere decir total incapacidad de actuar. Algunos en efecto entienden la inmutabilidad de esta manera, pero tal comprensión no concuerda con lo que dice la Biblia de la inmutabilidad de Dios.

B. Los atributos incommunicables de Dios

1. Independencia. La independencia de Dios se define como sigue: *Dios no nos necesita a nosotros ni a nada del resto de la creación, sin embargo nosotros y el resto de la creación podemos glorificarle y proporcionarle gozo.* A este atributo de Dios a veces se le llama existencia propia o *aseidad* (de las palabras latinas *a se* que quieren decir «de sí mismo»).

La Biblia en varios lugares enseña que Dios no necesita de nada de la creación a fin de existir, ni para ninguna otra razón. Dios es absolutamente independiente y autosuficiente. Pablo les proclama a los hombres de Atenas: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él es Señor del cielo y de la tierra. No vive en templos contruidos por hombres, *ni se deja servir por manos humanas, como si necesitara de algo.* Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas» (Hch 17:24-25). La implicación es que Dios no necesita nada de los seres humanos.

Dios le preguntó a Job: «¿Y quién tiene alguna cuenta que cobrarme? ¡*Mío es todo cuanto hay bajo los cielos!*» (Job 41:11). Nadie jamás ha contribuido para Dios algo que no haya recibido de Dios, quien creó todas las cosas. De modo similar, leemos la Palabra de Dios en el Salmo 50: «*Míos son los animales del bosque, y mío también el ganado de los cerros. Conozco a las aves de las alturas; todas las bestias del campo son mías. Si yo tuviera hambre, no te lo diría, pues mío es el mundo, y todo lo que contiene*» (Sal 50:10-12).

Algunos han pensado a veces que Dios creó a los seres humanos porque se sentía solo y necesitaba comunión con otras personas. Si esto fuera cierto, ciertamente significaría que Dios no es completamente independiente de la creación. Significaría que Dios *necesitaba* crear a los seres humanos a fin de sentirse completamente feliz o completamente satisfecho en su existencia personal.

Sin embargo, hay algunas indicaciones específicas en las palabras de Jesús que muestran que esta idea es inexacta. En Juan 17:5 Jesús ora: «Padre, glorifícame en tu presencia con *la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera*». Aquí hay una indicación de que el Padre y el Hijo compartían la gloria antes de la creación. Luego, en Juan 17:24, Jesús le habla al Padre de «mi gloria, la gloria que *me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo*». Hubo amor y comunicación entre el Padre y el Hijo antes de la creación.

Estos pasajes indican explícitamente lo que podemos aprender en otras partes de la doctrina de la Trinidad, es decir, que entre las personas de la Trinidad ha habido amor perfecto, comunión y comunicación por toda la eternidad. El hecho de que Dios es tres personas y sin embargo un solo Dios quiere decir que no había

soledad o falta de comunión personal en Dios antes de la creación. De hecho, el amor y la comunión interpersonal, y el compartir la gloria, siempre ha sido y siempre será mucho más perfecto que cualquier comunión que nosotros como seres humanos finitos jamás tendremos con Dios. Y como el segundo versículo citado arriba habla de la gloria que el Padre le dio al Hijo, debemos también darnos cuenta de que hay un dar gloria de un miembro de la Trinidad al otro que sobrepasa con mucho cualquier otorgamiento de gloria que jamás ha podido darle a Dios toda la creación.

Respecto a la existencia de Dios, esta doctrina también nos recuerda que solo Dios existe en virtud de su propia naturaleza, y que nunca fue creado y nunca empezó a existir. Siempre fue. Esto se ve en el hecho de que todas las cosas que existen fueron hechas por él («porque tú creaste *todas las cosas*; por tu voluntad existen y fueron creadas» [Ap 4:11]; esto también lo afirma Jn 1:3; Ro 11:35-36; 1 Co 8:6). Moisés nos dice que Dios existió antes de que hubiera creación alguna: «Desde *antes* que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, *tú eres Dios*» (Sal 90:2). La independencia de Dios también se ve en la forma en que se designa a sí mismo en Éxodo 3:14: «YO SOY EL QUE SOY». Es posible traducir esta afirmación como «Yo seré el que seré», pero en ambos casos la implicación es que la existencia y carácter de Dios la determina él mismo por sí solo y no depende de nadie ni de ninguna otra cosa. Esto quiere decir que el ser de Dios siempre ha sido y siempre será exactamente lo que es. Dios no depende de ninguna parte de la creación para su existencia o naturaleza. Sin la creación, Dios seguiría siendo infinitamente amor, infinitamente justo, eterno, omnisciente, trinitario, etcétera.

La existencia de Dios es también algo totalmente singular. No es simplemente que Dios *no necesita* la creación para nada; Dios *no podría* necesitar la creación para nada. La diferencia entre la criatura y el Creador es una diferencia inmensamente vasta, porque Dios existe en un orden fundamentalmente diferente. No es simplemente que nosotros existimos y Dios siempre ha existido; es también que Dios *necesariamente* existe en una manera infinitamente mejor, más fuerte, más excelente. La diferencia entre el ser de Dios y el nuestro es más que la diferencia entre el sol y una vela, más que la diferencia entre el océano y una gota de agua, más que la diferencia entre el casquete polar ártico y un copo de nieve, más que la diferencia entre el universo y el cuarto en que estamos sentados; el ser de Dios es *cualitativamente diferente*. Ninguna limitación o imperfección de la creación se debe proyectar en nuestro concepto de Dios. Él es el Creador; todo lo demás es criatura. Todo lo demás puede desaparecer en un instante; él *necesariamente existe* para siempre.

La consideración en balance respecto a esta doctrina es el hecho de que *nosotros y el resto de la creación podemos glorificar a Dios y proporcionarle gozo*. Esto se debe indicar a fin de guardarnos contra cualquier idea de que la independencia de Dios nos deja a nosotros sin significado. Alguien pudiera preguntarse: si Dios no nos necesita para nada, ¿tenemos alguna importancia? ¿Hay alguna significación para nuestra existencia o para la existencia del resto de la creación? En respuesta se debe decir que somos en realidad muy significativos porque Dios nos ha creado y ha

determinado que seamos *significativos para él*. Esta es la definición final de significación genuina.

Dios habla de sus hijos e hijas de todos los términos de la tierra como «todo el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado *para mi gloria*, al que yo hice y formé» (Is 43:7). Aunque Dios no tenía que crearnos, decidió hacerlo por decisión totalmente libre. Decidió crearnos para que le glorifiquemos (cf. Ef 1:11-12; Ap 4:11).

También es cierto que podemos proporcionar verdadero gozo y deleite a Dios. Una de las cosas más asombrosas que dice la Biblia es que Dios se deleita en su pueblo y se regocija por ellos. Isaías profetiza respecto a la restauración del pueblo de Dios:

¡Serás en la mano del Señor como una corona esplendorosa,
como una diadema real en la palma de tu Dios!
Ya no te llamarán «Abandonada»,
ni a tu tierra la llamarán «Desolada»,
sino que serás llamada «Mi deleite»;
tu tierra se llamará «Mi esposa»;
porque *el Señor se deleitará en ti*,
y tu tierra tendrá esposo.
Como un joven que se casa con una doncella,
así el que te edifica se casará contigo;
como un novio que se regocija por su novia,
así tu Dios se regocijará por ti (Is 62:3-5).

De modo similar, Sofonías profetiza que el Señor «se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, *se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta*» (Sof 3:17-18). Dios no nos necesita para nada, sin embargo es un asombroso hecho de nuestra existencia que él escoja deleitarse en nosotros y permitimos darle gozo a su corazón. Esta es la base de la significación personal en la vida de todos los del pueblo de Dios; ser *significante para Dios* es ser *significante en su sentido supremo*. No se puede imaginar ninguna significación personal mayor.

2. Inmutabilidad. Podemos definir la inmutabilidad de Dios como sigue: *Dios es inalterable en su ser, perfecciones, propósitos y promesas, y sin embargo Dios en efecto actúa y siente emociones, y actúa y siente en forma diferente en respuesta a situaciones diferentes.*⁵

a. Evidencia en la Biblia: En el Salmo 102 hallamos un contraste entre las cosas que podemos pensar que son permanentes tales como la tierra y los cielos, por un lado, y Dios, por otro lado. El salmista dice:

En el principio tú afirmaste la tierra,
y los cielos son la obra de tus manos.

⁵Las cuatros palabras clave (*ser, perfecciones, propósitos, promesas*) usadas como sumario de las maneras en que Dios es inmutable se toman de Louis Berkhof, *Systematic Theology* (Eerdmans, Grand Rapids, 1939, 1941), p. 58.

Ellos perecerán, pero tú permaneces.

Todos ellos se desgastarán como un vestido.

Y como ropa los cambiarás,
y los dejarás de lado.

Pero tú eres siempre el mismo,
y tus años no tienen fin (Sal 102:25-27).⁶

Dios existió antes de que fueran hechos los cielos y la tierra, y existirá después de que ellos hayan sido destruidos. Dios hace que el universo cambie, pero en contraste con este cambio, él es «el mismo».

Refiriéndose a sus propias cualidades de paciencia, magnanimidad y misericordia, Dios dice: «Yo, el Señor, no cambio. Por eso ustedes, descendientes de Jacob, no han sido exterminados» (Mal 3:6). Aquí Dios usa una afirmación general de su inmutabilidad para referirse a algunas maneras específicas en las que él no cambia.

Santiago les recuerda a sus lectores que toda buena dádiva viene en última instancia de Dios «que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Stg 1:17). Su argumento es que puesto que las buenas dádivas siempre vienen de Dios, podemos tener confianza de que sólo buenas dádivas vendrán de él en el futuro, porque su carácter nunca cambia en el más mínimo grado.

La definición dada arriba especifica que Dios es inmutable; no en toda manera que pudiéramos imaginar, sino sólo en las maneras en que la misma Biblia afirma. Los pasajes bíblicos ya citados se refieren bien sea al propio ser de Dios o a algún atributo de su carácter. De esto podemos concluir que Dios es inmutable, por lo menos respecto a su «ser», y con respecto a sus «perfecciones» (es decir, sus atributos o varios aspectos de su carácter).

El gran teólogo holandés Herman Bavinck señala que el hecho de que Dios es inmutable en su ser es de extrema importancia para mantener la distinción entre Creador y criatura, y para nuestra adoración a Dios:

La doctrina de la inmutabilidad de Dios es de la más alta importancia para la religión. El contraste entre ser y llegar a ser marca la diferencia entre Creador y criatura. Toda criatura está continuamente llegando a ser. Es cambiante, y constantemente se esfuerza, busca descanso y satisfacción, y halla descanso en Dios, sólo en Dios, porque sólo él es ser puro y no está en proceso. De aquí que en la Biblia a Dios a menudo se le llama la Roca. ...⁷

La definición que se indica arriba también afirma la invariabilidad o inmutabilidad de Dios respecto a sus *propósitos*. «Los planes del Señor quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos» (Sal 33:11). Esta afirmación general del consejo de Dios la respaldan varios versículos específicos que hablan de los planes o propósitos individuales de Dios que él ha tenido por toda la eternidad

⁶Es significativo que es pasaje se cita en Heb 1:11-12 y se lo aplica a Jesucristo. Heb 13:8 también aplica a Cristo el atributo de inmutabilidad: «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos». Así, Dios Hijo participa plenamente de este atributo divino.

⁷Herman Bavinck, *The Doctrine of God* trad. y ed. por William Hendriksen (Banner of Truth, Edinburg, 1977, reimp. de 1951 ed.), p. 149.

(Mt 13:35; 25:34; Ef 1:4, 11; 3:9, 11; 2 Ti 2:19; 1 P 1:20; Ap 13:8). Una vez que Dios determina hacer algo, su propósito es inmutable y se realizará. Por cierto, Dios afirma por medio de Isaías que no hay ninguno como otro en este respecto:

Yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí.
Yo anuncio el fin desde el principio;
desde los tiempos antiguos, lo que está por venir.
Yo digo: Mi propósito se cumplirá,
y haré todo lo que deseo. ...
Lo que he dicho, haré que se cumpla;
lo que he planeado, lo realizaré (Is 46:9-11).

Es más, Dios es inmutable en sus *promesas*. Una vez que ha prometido algo, no es infiel a esa promesa: «Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?» (Nm 23:19; cf. 1 S 15:29).

b. ¿Cambia Dios de parecer algunas veces? Sin embargo, cuando hablamos de que Dios es inmutable en sus propósitos, podemos preguntarnos en cuanto a los lugares en la Biblia donde Dios dice que juzgará a su pueblo y después debido a la oración o arrepentimiento del pueblo (o ambas cosas) Dios cedió y no les aplicó el castigo que había dicho que les aplicaría. Ejemplos de tal retiro del juicio amenazado incluye la victoriosa intervención de Moisés en oración para evitar la destrucción del pueblo de Israel (Éx 32:9-14), la añadidura de otros quince años a la vida de Ezequías (Is 38:1-6), y el no aplicar a Nínive el castigo prometido cuando el pueblo se arrepintió (Jon 3:4, 10). ¿No son estos casos en donde los propósitos de Dios en efecto cambian? También hay otros pasajes en donde se dice que Dios lamentó haber realizado alguna acción previa. Uno piensa que Dios lamentó haber hecho al hombre sobre la tierra (Gn 6:6), o que lamentó haber hecho rey a Saúl (1 S 15:10). ¿Acaso no cambiaron los propósitos de Dios en estos casos?

Todos estos casos se deben entender como verdaderas expresiones de la actitud o intención *presente* de Dios *con respecto a la situación según existe en ese momento*. Si la situación cambia, por supuesto, la actitud de Dios o expresión de intención también cambiará. Esto es simplemente decir que *Dios responde diferente a situaciones diferentes*. El ejemplo de la predicación de Jonás a Nínive es útil aquí. Dios ve la maldad de Nínive y envía a Jonás a que proclame: «¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!» (Jon 3:4). La posibilidad de que Dios no mande el castigo si el pueblo se arrepiente no se menciona explícitamente en la proclamación de Jonás según se anota en la Biblia, pero por supuesto está *implícita* en esa advertencia; el *propósito* de proclamar una advertencia es producir arrepentimiento. Una vez que el pueblo se arrepintió, la situación fue diferente, y Dios respondió en forma diferente a esa situación cambiada: «*Al ver Dios lo que hicieron*, es decir, que se habían convertido de su mal camino, *cambió de parecer y no llevó a cabo la destrucción que les había anunciado*» (Jon 3:10).

Las situaciones de Ezequías y de la intercesión de Moisés son similares: Dios había dicho que enviaría castigo, y eso fue una declaración verdadera, *siempre y cuando la situación siguiera siendo la misma*. Pero luego la situación cambió; alguien

empezó a orar fervientemente (Moisés en un caso, y Ezequías en el otro). Aquí la oración misma fue una parte de la nueva circunstancia y fue en efecto lo que cambió la situación. Dios respondió a esa situación cambiada respondiendo a la oración y no enviando el castigo.

En el caso de que Dios lamenta haber hecho al hombre, y haber hecho rey a Saúl, esto también se puede entender como *expresiones del desagrado de Dios en aquel momento* hacia el pecado del hombre. En ninguno de los dos casos el lenguaje es fuerte lo suficiente como para exigimos pensar que si Dios pudiera empezar de nuevo y actuar en forma diferente, no crearía al hombre o no haría rey a Saúl. Más bien puede implicar que la acción previa de Dios condujo a acontecimientos que, a corto plazo, lo hicieron entristecer, pero que con todo a largo plazo, en última instancia lograrían sus buenos propósitos. Esto es algo análogo al padre humano que permite que su hijo siga un curso que él sabe que le traerá mucha tristeza, tanto al padre como al hijo, pero que lo permite porque sabe que mayor bien a largo plazo resultará de eso.

c. La cuestión de la imposibilidad de Dios. A veces en la consideración de los atributos de Dios los teólogos han hablado de otro atributo: la *imposibilidad* de Dios. Este atributo, de ser verdad, significaría que Dios no tiene pasiones o emociones, sino que es «imposible», y no está sujeto a pasiones. De hecho, el capítulo 2 de la Confesión Westminster de Fe dice que Dios es «sin ... pasiones». Esta afirmación va más allá de lo que hemos afirmado en nuestra definición anterior en cuanto a la inmutabilidad de Dios, y va *más allá* de afirmar que Dios no cambia en su ser, perfecciones, propósitos o promesas: también afirma que Dios ni siquiera siente emociones o «pasiones».

La prueba bíblica que da la Confesión Westminster es Hechos 14:15, que en la versión del Rey Jaime en inglés informa que Bernabé y Pablo rechazaron la adoración de los habitantes de Listra, protestando que no son dioses sino «hombres de pasiones semejantes a las de ustedes». La implicación de la traducción del rey Jaime en inglés pudiera ser que alguien que es verdaderamente Dios no tendría «pasiones semejantes» como los hombres, o bien pudiera simplemente mostrar que los apóstoles estaban respondiendo a la falsa noción de dioses sin pasiones que los hombres de Listra daban por sentado (vea vv. 10-11). Pero si se traduce apropiadamente, este versículo ciertamente no demuestra que Dios no tenga pasiones o emociones para nada, porque el término griego (*homoiopatzēs*) puede simplemente significar tener circunstancias o experiencias similares, o ser de naturaleza similar al ningún otro.⁸ Por supuesto, Dios no tiene pasiones o emociones *pecaminosas*. Pero la idea de que Dios no tenga *en lo absoluto* pasiones o emociones claramente está en conflicto con mucho del resto de la Biblia, y por esa razón no he afirmado la imposibilidad de Dios en este libro. Más bien, lo opuesto es la verdad, porque Dios, que es el origen de nuestras emociones y que creó nuestras emociones, por cierto sí siente emociones: Dios se alegra (Is 62:5); se entristece (Sal 78:40; Ef 4:30). Su enojo arde contra sus enemigos (Éx 32:10). Él se compadece de sus hijos (Sal 103:13), y ama con amor eterno (Is 54:8; Sal 103:17). Es un Dios cuyas pasiones debemos imitar

⁸Vea BAGD, p. 566.

por toda la eternidad porque nosotros, como nuestro Creador, detestamos el pecado y nos deleitamos en la justicia.

d. El desafío de la Teología del Proceso. Los que abogan por la *Teología del Proceso* han negado frecuentemente en años recientes la inmutabilidad de Dios. La Teología del Proceso es una posición teológica que dice que el proceso y el cambio son aspectos esenciales de la existencia genuina, y que por consiguiente Dios debe estar cambiando con el tiempo también, como todo lo demás que existe. De hecho, Charles Hartshorne, el padre de la Teología del Proceso, diría que Dios está continuamente añadiéndose las experiencias que suceden en todas partes del universo, y que por lo tanto Dios está continuamente cambiando.⁹ El atractivo real de la Teología del Proceso viene del hecho de que todos tienen un anhelo profundo de significar algo, de sentirse significativos en el universo. A los teólogos del proceso les disgusta la doctrina de la inmutabilidad de Dios porque piensan que implica que nada que hagamos realmente afecta a Dios. Si Dios es realmente incambiable, dirían los teólogos del proceso, entonces nada que hagamos nosotros, a decir verdad, nada de lo que suceda en el universo, tiene algún efecto real en Dios, porque Dios no puede cambiar. Así que ¿qué diferencia hacemos? ¿Cómo podemos tener un efecto tan extraordinario? En respuesta a esta pregunta los teólogos del proceso rechazan la doctrina de la inmutabilidad de Dios y nos dicen que nuestras acciones son tan significativas ¡que ejercen influencia en el mismo ser de Dios! Conforme actuamos, y conforme el universo cambia, esas acciones *verdaderamente* afectan a Dios y el ser de Dios cambia; Dios *se convierte* en algo diferente de lo que era.¹⁰

Los proponentes de la Teología del Proceso a menudo erróneamente acusan a los creyentes evangélicos (o incluso a los escritores bíblicos) de creer en un Dios que no actúa en el mundo, o que no puede responder diferente a situaciones diferentes (errores que ya hemos considerado arriba). Con respecto a la idea de qué debemos influir en el mismo ser de Dios para ser significativos, debemos responder que esta es una *presuposición incorrecta* introducida en la consideración, y que no es congruente con la Biblia. La Biblia es clara al afirmar que nuestra significación suprema no viene de poder cambiar el ser de Dios, sino del hecho de que Dios nos ha creado para su gloria y que *él* nos considera significativos.¹¹ Sólo Dios da la definición definitiva de lo que es significativo y de lo que no es significativo en el universo, y sí *él* nos cuenta como significativos, ¡entonces lo somos!

⁹Charles Hartshorne (nacido en 1897) enseñó en la University of Chicago, Emory University, y la University of Texas. Una introducción a la teología de proceso por dos de sus proponentes es *Process Theology: An Introductory Exposition* por John B. Cobb, Jr., y David R. Griffin (Philadelphia: Westminster, 1976). Análisis evangélicos detallados se pueden hallar en Carl F. H. Henry, «The Resurgence of Process Philosophy», en *God, Revelation, and Authority* 6:52-75, y Royce Gruenler, *The Inexhaustible God: Biblical Faith and the Challenge of Process Theism* (Grand Rapids: Baker, 1983).

Dos excelentes artículos recientes desde una perspectiva evangélica han sido escritos por Bruce A. Ware: «An Exposition and Critique of the Process Doctrines of Divine Mutability and Immutability», *WTJ* 47 (1985): 175-96 (crítica de la teología de proceso), y «An Evangelical Reformulation of the Doctrine of the Immutability of God», *JETS* 29 (1986): 431-46 (nueva declaración positiva de una noción ortodoxa de la inmutabilidad de Dios).

¹⁰Vea la reveladora consideración de la idea de Hartshorne de que nosotros contribuimos valor a Dios que de otra manera *él* carecería: «Exposition and Critique», pp. 183-85.

¹¹Vea cap. 21, pp. 440-42, sobre las razones para la creación del hombre.

El otro error fundamental de la Teología del Proceso es dar por sentado que Dios debe ser cambiabile como el universo que creó. Esto es algo que la Biblia explícitamente niega: «En el principio, oh Señor, tú afirmaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces para siempre. Todos ellos se desgastarán como un vestido. ... y *cambiarán como ropa que se muda; pero tú eres siempre el mismo*, y tus años no tienen fin» (Heb 1:10-12, citando Sal 102:25-27).

e. Dios es a la vez infinito y personal. Nuestra consideración de la Teología del Proceso ilustra una diferencia común entre el cristianismo bíblico y todos los demás sistemas de teología. En la enseñanza de la Biblia, Dios es *infinito y personal*; es infinito en que no está sujeto a ninguna de las limitaciones de la humanidad ni de la creación en general. Es mucho más grande que todo lo que ha hecho, mucho más grande de todo lo demás que existe. Pero también es personal; interactúa con nosotros como persona, y podemos relacionarnos con él como personas. Podemos orar a él, adorarlo, obedecerlo y amarlo, y él puede hablarnos, regocijarse en nosotros y amarnos.

Aparte de la verdadera religión que se halla en la Biblia, ningún sistema de religión tiene un Dios que sea a la vez infinito y personal.¹² Por ejemplo, los dioses de la mitología antigua griega y romana eran *personales* (interactuaban frecuentemente con los seres humanos), pero no eran infinitos: tenían debilidades y frecuentes fracasos morales, e incluso rivalidades mezquinas. Por otro lado, el deísmo pinta a un Dios que es *infinito*, pero que está demasiado alejado del mundo para intervenir personalmente en él. De modo similar, el panteísmo sostiene que Dios es infinito (puesto que piensan que todo el universo es Dios), pero tal Dios ciertamente no puede ser personal ni relacionarse con nosotros como personas.

El error de la Teología del Proceso encaja en este patrón general. Sus proponentes están convencidos de que un Dios que es inmutable en su ser es tan diferente del resto de la creación —tan infinito, tan ilimitado por el cambio que caracteriza a toda nuestra existencia— que *no puede* también ser personal de una manera que nosotros podamos afectarlo de alguna forma. Así que, a fin de ganar a un Dios que es personal, piensan que tienen que abandonar a un Dios que es infinito por un Dios que continuamente está en proceso de cambio. Esta clase de razonamiento es típico de muchas (tal vez todas) de las objeciones a la clase de Dios que presenta la Biblia. Hay quienes dicen que si Dios es infinito, no puede ser personal, o dicen que si Dios es personal, no puede ser infinito. La Biblia enseña que Dios es a la vez infinito y personal. Debemos afirmar que Dios es infinito (o ilimitado) con respecto al cambio que ocurre en el universo (nada cambiará el ser, perfecciones, propósitos o promesas), que Dios es *también* personal, y que se relaciona con nosotros personalmente y nos considera valiosos.

f. La importancia de la inmutabilidad de Dios. Al principio puede parecernos que no tiene gran importancia que afirmemos la inmutabilidad de Dios. La idea es

¹²Técnicamente hablando debemos reconocer que el judaísmo, en tanto se basa en lo que llamamos el Antiguo Testamento, también tiene una noción de Dios que le muestra siendo a la vez infinito y personal, aunque el judaísmo nunca ha reconocido las indicaciones de la naturaleza trinitaria de Dios que están presentes incluso en el Antiguo Testamento (vea capítulo 14, pp. 226-30).

tan abstracta que tal vez no nos demos cuenta inmediatamente de su significación. Pero si nos detenemos por un momento para imaginarnos lo que sería si Dios *podiera* cambiar, la importancia de esta doctrina se hace más clara. Por ejemplo, si Dios *podiera* cambiar (en su ser, perfecciones, propósitos o promesas), entonces cualquier cambio sería para bien o para mal. Pero si Dios cambiara para bien, él no sería lo mejor que pudo haber sido cuando confiamos en él. Y ¿cómo podríamos estar seguros de que es lo mejor que pudiera ser ahora)? Pero si Dios pudiera cambiar para mal (en su propio *ser*), ¿qué clase de Dios podría volverse? ¿Podría volverse, por ejemplo, un poquito malo en vez de enteramente bueno? Y si pudiera convertirse en un poquito malo, entonces ¿cómo sabemos que no podría cambiar para convertirse inmensamente malo, o *enteramente* malo? Y no habría nada que podríamos hacer al respecto, porque él es mucho más poderoso que nosotros. Así que la idea de que Dios podría cambiar conduce a la horrible posibilidad de que a miles de años de aquí podríamos llegar a vivir para siempre en un universo dominado por un Dios totalmente malo y omnipotente. Es difícil imaginarse un pensamiento más aterrador. ¿Cómo podríamos incluso confiar en un Dios que pudiera cambiar? ¿Cómo podríamos entregarle nuestras vidas?

Es más, si Dios pudiera cambiar respecto a sus *propósitos*, sería posible que, aunque al escribir la Biblia prometió que Jesús volvería para gobernar sobre un nuevo cielo y nueva tierra, tal vez ya ha abandonado ese plan, y entonces nuestra esperanza en el retorno de Jesús es vana. O si Dios pudiera cambiar respecto a sus *promesas*, ¿cómo podríamos confiar en él completamente en cuanto a la vida eterna? ¿O en cualquier otra cosa que la Biblia dice? Tal vez cuando la Biblia fue escrita él prometió perdón de pecados y vida eterna para los que confían en Cristo, pero (si Dios puede cambiar) tal vez ya ha cambiado de parecer en esas promesas; ¿cómo podríamos estar seguros? O tal vez su omnipotencia va a cambiar algún día, así que aunque él quiera guardar sus promesas, no podría hacerlo.

Un poco de reflexión como esta muestra lo absolutamente importante que es la doctrina de la inmutabilidad de Dios. Si Dios no es inmutable, toda la base de nuestra fe empieza a desbaratarse, y nuestra comprensión del universo empieza a deshacerse. Esto se debe a que nuestra fe, esperanza y conocimiento dependen en última instancia de una *persona* que es *infinitamente digno de confianza*; porque él es *absoluta* y *eternamente* inmutable en su ser, perfecciones, propósitos y promesas.

3. Eternidad. La eternidad de Dios se puede definir como sigue: *Dios no tiene principio, fin, ni sucesión de momentos en su propio ser, y ve todo el tiempo con la misma lucidez, sin embargo Dios ve los hechos en el tiempo y actúa en el tiempo.*

A veces a esta doctrina se le llama la doctrina de la infinitud de Dios con respecto al tiempo. Ser «infinito» es ser ilimitado, y esta doctrina enseña que el tiempo no limita a Dios.

Esta doctrina también se relaciona con la inmutabilidad de Dios. Si es cierto que Dios no cambia, debemos decir que *el tiempo* no cambia a Dios; no altera su ser, perfecciones, propósitos o promesas. Pero eso quiere decir que el tiempo no altera el conocimiento de Dios, por ejemplo. Dios nunca aprende cosas nuevas ni se olvida de nada, porque eso significaría un cambio en su conocimiento perfecto.

Esto implica también que el paso del tiempo no aumenta ni disminuye el conocimiento de Dios; él sabe todas las cosas pasadas, presentes y futuras, y las sabe con igual lucidez.

a. Dios es eterno en su ser. El hecho de que Dios no tenga principio ni fin se ve en Salmo 90:2: «Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, *desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios*» De modo similar, en Job 36:26, Eliú dice de Dios: «¡Incontable es el número de sus años!»

La eternidad de Dios también la sugieren pasajes que hablan del hecho de que Dios siempre es o siempre existe. «Yo soy el Alfa y la Omega, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Ap 1:8; cf. 4:8).¹³

Esto también se indica en el intrépido uso de Jesús del verbo en tiempo presente que implica existencia presente continua cuando contestó a sus adversarios judíos: «Antes de que Abraham naciera, *¡yo soy!*» (Jn 8:58). Esta afirmación en sí misma es una afirmación explícita del nombre de Dios: «YO SOY EL QUE SOY», de Éxodo 3:14, nombre que también sugiere una existencia presente continua: Dios es el eterno «YO SOY», el que existe eternamente.

El hecho de que Dios nunca empezó a existir también se puede concluir del hecho de que Dios creó todas las cosas, y que él mismo es espíritu inmaterial. Antes de que Dios hiciera el universo no había materia, pero entonces él lo creó todo (Gn 1:1; Jn 1:3; 1 Co 8:6; Col 1:16; Heb 1:2). El estudio de física nos dice que la materia, y el tiempo y el espacio, deben ocurrir todos juntos; si no hay materia, no puede haber espacio ni tiempo tampoco. De este modo, antes de que Dios creara el universo, no había «tiempo», por lo menos no en el sentido de una sucesión de momentos uno tras otro. Por consiguiente, cuando Dios creó el universo, también creó el tiempo. Cuando Dios empezó a crear el universo, empezó el tiempo, y allí empezó a ser una sucesión de momentos y acontecimientos uno tras otro.¹⁴ Pero antes de que hubiera un universo, y antes de que hubiera tiempo, Dios siempre existió, sin principio, y sin ser afectado por el tiempo. El tiempo, por consiguiente, no tiene existencia en sí mismo, sino que, como el resto de la creación, depende de que el eterno ser y poder de Dios lo mantenga existiendo.

Los anteriores pasajes de la Biblia y el hecho de que Dios siempre existió antes de que existiera el tiempo se combinan para indicarnos que el ser de Dios no tiene una sucesión de momentos ni progreso de un estado de existencia a otro. Para Dios toda su existencia siempre es de alguna manera «presente»,¹⁵ aunque hay que reconocer que la idea nos es difícil de entender, porque es una clase de existencia diferente a la que nosotros experimentamos.

¹³Alfa y omega son la primera y última letras del alfabeto griego, así que cuando Dios dice que él el Alfa y la Omega implica que es antes de todo lo demás y es después de todo lo demás; es el principio de todo y siempre será el fin (o meta) de todo.

¹⁴A decir verdad, la alternativa para decir que el tiempo empezó cuando Dios creó el universo es decir que el tiempo nunca empezó, sino que *siempre* ha habido una sucesión de momentos uno tras otro, extendiéndose infinitamente hacia atrás en el pasado, sin nunca tener un punto de iniciación. Pero a muchos eso de tener tiempo sin un principio les parecerá absurdo y probablemente imposible. Bavink dice: «El tiempo eterno en el sentido de tiempo sin principio es inconcebible» (*The Doctrine of God* p. 157).

¹⁵Como veremos más abajo, esto no quiere decir que todos los eventos de la historia le parecen a Dios como si fueran presente, porque Dios ve los eventos *en tiempo* y actúa *en el tiempo*.

b. Dios siempre lo ve todo con la misma lucidez. En cierto sentido es más fácil para nosotros entender que Dios siempre lo ve todo con la misma lucidez. Leemos en Salmo 90:4: «*Mil años, para ti, son como el día de ayer, que ya pasó; son como unas cuantas horas de la noche*». A veces es difícil para nosotros recordar acontecimientos que ocurrieron hace varias semanas, o hace varios meses, o hace varios años. Recordamos más vívidamente hechos más recientes, y la claridad de nuestra memoria se desvanece con el paso del tiempo. Incluso si fuera posible para nosotros vivir «mil años», recordaríamos muy pocos hechos de cien años antes, y la claridad de ese recuerdo sería muy difusa. Pero aquí la Biblia nos dice que Dios ve mil años «como ayer». Él puede recordar todos los hechos de hace mil años por lo menos tan claramente como nosotros recordamos los eventos de «ayer». Es más, para él mil años son «una de las vigiliass de la noche» (RVR 1960), un período de tres o cuatro horas durante el cual el centinela hace guardia. Tal período corto de tiempo pasaría rápidamente y todos los acontecimientos se recordarían fácilmente. Sin embargo así es como mil años le parecen a Dios.

Cuando nos damos cuenta de que la frase «mil años» no implica que Dios se olvida después de mil cien o mil doscientos años, sino que más bien expresa el tiempo MÁS largo que podamos imaginar se hace evidente que Dios ve *toda la historia pasada* con gran claridad y en forma vívida; todo el tiempo transcurrido desde la creación es para Dios como si acabara de suceder. Siempre permanecerá igual de claro en su conciencia a través de los millones de años de la eternidad futura.

En el Nuevo Testamento, Pedro nos dice que «para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3:8). La segunda mitad de esta afirmación ya se había hecho en el Salmo 90, pero la primera parte introduce una consideración adicional: «Un día es como mil años»; es decir, cualquier día desde la perspectiva de Dios parece durar «mil años»; es como si ese día jamás terminara, sino que siempre está sucediéndose. De nuevo, puesto que «mil años» en lenguaje figurado quiere decir «un tiempo tan largo como podamos imaginar», o «toda la historia», podemos decir que según este versículo cualquier día para Dios parece ser el presente en su conciencia para siempre.

Tomando juntas estas dos consideraciones podemos decir lo siguiente: en la perspectiva de Dios, cualquier período extremadamente largo de tiempo es como si acabara de suceder; y cualquier período muy corto de tiempo (tal como un día) le parece a Dios que dura para siempre; nunca cesa de ser el «presente» en su conciencia. Así que Dios ve y conoce todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros con igual lucidez. Esto jamás debería hacernos pensar que Dios no ve los hechos *en el tiempo* y no actúa *en el tiempo* (véase abajo), sino precisamente lo opuesto: Dios es el Señor eterno y soberano sobre la historia, y la ve más claramente y actúa más decisivamente que nadie. Pero, una vez que hemos dicho eso, debemos con todo afirmar que estos versículos hablan de la relación de Dios con el tiempo de una manera que nosotros ni sabemos ni podemos experimentar. Dios experimenta el tiempo no simplemente como una persistencia paciente a través de eones de duración infinita, sino que tiene una experiencia del tiempo *cualitativamente diferente* a la nuestra. Esto encaja bien con la idea de que en su propio ser Dios es eterno; no experimenta una sucesión de momentos. Este ha sido el concepto

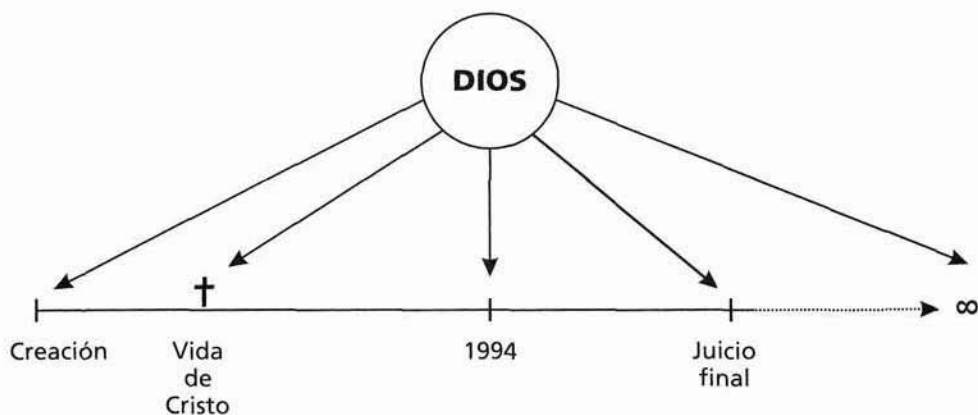
dominante en la ortodoxia cristiana a través de la historia de la iglesia, aunque ha enfrentado retos frecuentes, e incluso hoy todavía muchos teólogos lo niegan.¹⁶

Podemos ilustrar la relación de Dios con el tiempo como en la figura 11.1. Este diagrama tiene el propósito de mostrar que Dios creó el tiempo y es Señor del tiempo. Por consiguiente puede ver todos los acontecimientos en el tiempo con igual viveza, y a la vez también ve los eventos en el tiempo y actúa en el tiempo.

El diagrama también se anticipa a la siguiente consideración, puesto que indica que Dios conoce los hechos del futuro, incluso el infinitamente largo futuro eterno. Con respecto al futuro, Dios frecuentemente afirma a través de los profetas del Antiguo Testamento que *sólo él es el que sabe y puede declarar acontecimientos futuros*. «¿Quién predijo esto hace tiempo, quién lo declaró desde tiempos antiguos? ¿Acaso no lo hice yo, el Señor? Fuera de mí no hay otro Dios; Dios justo y Salvador, no hay ningún otro fuera de mí» (Is 45:21). De modo similar, leemos:

«Yo soy Dios, y no hay ningún otro,
yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí.
Yo anuncio el fin desde el principio;
desde los tiempos antiguos, lo que está por venir.
Yo digo: Mi propósito se cumplirá,
y haré todo lo que deseo». (Is 46:9-10)

Así que Dios de alguna manera está sobre el tiempo y puede verlo como presente en su conciencia. Aunque la analogía no es perfecta, podemos pensar del momento en que empezamos a leer una novela larga. Antes de devolverla al estante, podemos hojear rápidamente sus páginas una vez más, trayendo a la memoria los muchos acontecimientos ocurridos en esa novela. Por un breve momento las cosas que han ocurrido a través de un largo período de tiempo parecen estar «presentes» en nuestra mente. Tal vez esto es tenuemente análogo a la experiencia de Dios de ver toda la historia como el presente en su conciencia.



RELACIÓN DE DIOS CON EL TIEMPO

Figura 11.1

¹⁶Carl F. H. Henry argumenta a favor de la eternidad sin tiempo de Dios como posición histórica de la ortodoxia cristiana en *God, Revelation and Authority* (Word, Waco, Tex, 1982), 5:235-67, y da un análisis detallado de los retos presentes tanto de teólogos no evangélicos como evangélicos. Una defensa exhaustiva de la eternidad sin tiempo de Dios es Paul Helm, *Eternal God: A Study of God Without Time* (Clarendon, Oxford, 1988).

c. Dios ve los acontecimientos en el tiempo y actúa en el tiempo. Sin embargo, una vez que se ha dicho todo esto es necesario guardarnos contra malentendidos completando la definición de la eternidad de Dios: «*Sin embargo Dios ve los acontecimientos en el tiempo y actúa en el tiempo*», Pablo escribe: «*Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo*, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley» (Gá 4:4-5). Dios observaba claramente y sabía exactamente la consecuencia de lo que estaba sucediendo en la creación conforme ocurrían los hechos en el tiempo. Podríamos decir que Dios observaba el progreso del tiempo conforme los varios acontecimientos se producían dentro de su creación. Entonces, en el momento preciso, «cuando se cumplió el plazo», Dios envió a su Hijo al mundo.

Es evidente en toda la Biblia que Dios actúa dentro del tiempo y actúa diferente en diferentes momentos en el tiempo. Por ejemplo, Pablo dijo a los hombres de Atenas: «Dios pasó por alto aquellos tiempos de tal ignorancia, pero *ahora* manda a todos, en todas partes, que se arrepientan. *Él ha fijado un día en que juzgará al mundo* con justicia, por medio del hombre que ha designado...» (Hch 17:30-31). Esta afirmación incluye una descripción de una manera previa en la que Dios actuó, una manera presente de actuar de Dios y una actividad futura que él realizará, y todo en el tiempo.

Ciertamente, el énfasis repetido en los profetas del Antiguo Testamento en la capacidad de Dios para predecir el futuro nos obliga a darnos cuenta de que Dios predice sus acciones en un punto en el tiempo y luego las realiza en un punto posterior en el tiempo; y en una escala mayor, la Biblia entera de Génesis a Apocalipsis es el propio historial de Dios de la manera en que ha actuado en el tiempo para dar redención a su pueblo.

Debemos, por consiguiente, afirmar que Dios no tiene sucesión de momentos en su propio ser, y ve toda la historia con igual viveza, y que ve en su creación el desarrollo de los acontecimientos a través del tiempo y actúa en forma diferente en puntos diferentes en el tiempo; en breve, él es el Señor que creó el tiempo y que lo gobierna y lo usa para sus propios propósitos. Dios puede actuar en el tiempo *porque él es Señor del tiempo*.¹⁷ Lo usa para mostrar su gloria. De hecho, a menudo le place a Dios cumplir sus promesas y realizar sus obras de redención a través de

¹⁷A veces los teólogos han objetado que Dios no puede ser «eterno sin tiempo» en el sentido descrito arriba, porque el momento en que él crea algo, está actuando en el tiempo y por consiguiente él debe existir en el tiempo. (Vea, por ej., Stephen T. Davis, *Logic and the Nature of God* [Eerdmans, Grand Rapids, 1983], pp. 11–24). Pero esta objeción no distingue lo que Dios es en su propio ser (él existe sin principio, fin, ni sucesión de momentos) de lo que Dios hace fuera de sí mismo (él crea en el tiempo y actúa en el tiempo de otras maneras). Davis dice que no tenemos noción coherente de algún «causante en el que una causa eterna produzca un efecto temporal» (p. 21), sino que eso es simplemente admitir que *no entendemos* como un Dios eterno y sin tiempo pueda actuar en el tiempo; eso no prueba que Dios *no puede* ser sin tiempo y con todo actuar en el tiempo. Con certeza aquí, al hablar de la relación entre Dios y el tiempo, ¡sería necio decir que lo que no podemos entender debe ser imposible!

Davis también cae en otra forma del error de «si Dios es infinito no puede ser personal» mencionado arriba (vea p. 167). Dice: «Un ser sin tiempo no puede ser el Dios personal, cariñoso, y que interviene del que leemos en la Biblia» (p. 14). Pero para probar esto simplemente habla de las acciones de Dios en el tiempo, sin siquiera mostrar porque Dios no puede *a la vez* actuar en el tiempo (intervenir personalmente) y ser sin tiempo en su propio ser (ser infinito o ilimitado con respecto al tiempo). Finalmente, aunque menciona la posibilidad de que el tiempo fue creado pero que en algún momento dejará de existir (p. 23), no considera la alternativa que parece mucho más probable en vista de las promesas de la Biblia de vida eterna, es decir, que el tiempo fue una vez creado pero nunca dejará de existir en el futuro.

Los que, como Davis, niegan que Dios sea eterno sin tiempo, con todo dicen que Dios ha existido eternamente pero que siempre ha existido en el tiempo y siempre ha experimentado una sucesión de momentos. Pero esta posición levanta incluso más dificultades, porque exige que el tiempo nunca haya empezado, sino que lo alargan

un período de tiempo para que nosotros podamos más fácilmente ver y apreciar su gran sabiduría, su paciencia, su fidelidad, su señorío sobre todo lo que sucede, e incluso su inmutabilidad y eternidad.

d. Nosotros siempre existiremos en el tiempo. ¿Participaremos nosotros de la eternidad de Dios? Específicamente, ¿existirá todavía el tiempo en el cielo nuevo y la nueva tierra que vendrán? Algunos han pensado que no. De hecho, hay un himno conocido que en inglés dice: «Cuando suene la trompeta del Señor, y el tiempo ya no sea más ...»; y leemos en la Biblia: «La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera ... allí no habrá noche» (Ap 21:23, 25; cf. 22:5).

No obstante, no es correcto decir que el cielo será «sin tiempo», o sin la presencia del tiempo o el paso del tiempo. Más bien, por cuanto somos criaturas finitas necesariamente experimentaremos los acontecimientos uno tras otro. Incluso el pasaje que habla en cuanto a que no hay noche en el cielo también menciona el hecho de que los reyes de la tierra traerán a la ciudad celestial «todas las riquezas y el honor de las naciones» (Ap 21:26). Se nos dice respecto a la luz de la ciudad celestial que «las naciones caminarán a la luz de la ciudad» (Ap 21:24). Estas actividades de traer cosas a la ciudad celestial y andar en la luz de la ciudad celestial implican que los hechos ocurren uno tras otro. Algo está fuera de la ciudad celestial, y luego en un punto posterior en el tiempo es parte de la gloria y honor de las naciones que es traído a la ciudad celestial. Para arrojar la corona de uno ante el trono de Dios (Ap 4:10) es preciso que en un momento la persona tenga una corona y que en un momento posterior esa corona sea arrojada ante el trono. Cantar un canto nuevo de alabanza ante Dios en el cielo exige que una palabra se cante después de otra. Es más, del «árbol de la vida» en la ciudad celestial se dice que «produce doce cosechas al año, una por mes» (Ap 22:2), lo que implica el paso regular del tiempo y la sucesión de acontecimientos en el tiempo.¹⁸

Por consiguiente, en el cielo todavía habrá sucesión de momentos uno tras otro y cosas que se suceden una tras otra. Experimentaremos la vida eterna no como una duplicación exacta del atributo de Dios de eternidad, sino más bien como una duración de tiempo que nunca termina; nosotros, como pueblo de Dios experimentaremos plenitud de gozo en la presencia de Dios por toda la eternidad; no en el sentido de que ya no experimentaremos el tiempo, sino en el sentido de que nuestra vida con él durará para siempre: «Ya no habrá noche; no necesitarán luz de lámpara ni de sol, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos» (Ap 22:5).

infinitamente hacia el pasado. Sin embargo, eso no parece ser posible, porque si el pasado es infinitamente largo, nunca podríamos haber llegado a este momento. (Esta objeción es una forma de decir que un infinito real no puede existir, concepto filosófico que hábilmente explica William Lane Craig en *The Existence of God and the Beginning of the Universe* [San Bernardino, Calif.: Here's Life Publishers, 1979], pp. 35-53, y, con referencia completa a respuestas filosóficas a este argumento, J. P. Moreland, *Scaling the Secular City: A Defense of Christianity* [Grand Rapids: Baker, 1987], pp. 15-34.)

¹⁸Ap 10:6 en la NVI dice: «¡El tiempo ha terminado!», pero «demora» es una mejor traducción del término griego *kronos* en este contexto (como la LBLA). De hecho, el versículo que sigue da por sentado la continuación del tiempo, porque habla de sucesos que se cumplirán «En los días en que hable el séptimo ángel, cuando comience a tocar su trompeta» (Ap 10:7).

4. Omnipresencia. Así como Dios es ilimitado o infinito con respecto al tiempo, Dios es ilimitado con respecto al espacio. A esta característica de la naturaleza de Dios se le llama omnipresencia (el prefijo latino *omni* quiere decir «todo»). La omnipresencia de Dios se puede definir como sigue: *Dios no tiene tamaño ni dimensiones espaciales y está presente en todo punto en el espacio con todo su ser, y sin embargo Dios actúa en forma diferente en diferentes lugares.*

El hecho de que Dios es Señor del espacio y no puede estar limitado por el espacio es evidente primero del hecho que él lo creó, porque la creación del mundo material (Gn 1:1) implica también la creación del espacio. Moisés le recordó al pueblo el señorío de Dios sobre el espacio: «Al Señor tu Dios le pertenecen los cielos y lo más alto de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella» (Dt 10:14).

a. Dios está presente en todo lugar. Sin embargo hay pasajes específicos que hablan de la presencia de Dios en cada parte del espacio. Leemos en Jeremías lo siguiente: «¿Soy acaso Dios sólo de cerca? ¿No soy Dios también de lejos? —afirma el Señor—. ¿Podrá el hombre hallar un escondite donde yo no pueda encontrarlo? —afirma el Señor—. ¿Acaso no soy yo el que llena los cielos y la tierra? —afirma el Señor» (Jer 23:23-24). Aquí Dios está reprendiendo a los profetas que piensan que sus palabras o pensamientos están escondidos de Dios. Él está en todas partes y llena cielo y tierra.

David expresa hermosamente la omnipresencia de Dios:

¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu?
 ¿Adónde podría huir de tu presencia?
 Si subiera al cielo, allí estás tú;
 si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también estás allí.
 Si me elevara sobre las alas del alba,
 o me estableciera en los extremos del mar,
 aun allí tu mano me guiaría,
 ¡me sostendría tu mano derecha! (Sal 139:7-10)

No hay lugar en el universo entero, en tierra o mar, en el cielo o en el infierno, adonde uno pueda huir de la presencia de Dios.

También debemos notar que no hay ninguna indicación de que simplemente una *parte* de Dios está en un lugar y otra parte de él en otro. Es *Dios mismo* que estaba presente dondequiera que David pudiera ir. No podemos decir que algo de Dios o simplemente una parte de Dios está presente, porque eso sería pensar de su ser en términos espaciales, como si estuviera limitado de alguna manera por el espacio. Parece más apropiado decir que Dios está presente *con todo su ser* en toda parte del espacio (cf. también Hch 17:28, donde Pablo reiteraba la corrección de las palabras: «puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos», y Col 1:17, que dice de Cristo: «Por medio de él forman un todo coherente»).

b. Dios no tiene dimensiones espaciales. Aunque parece necesario que digamos que todo el ser de Dios está presente en toda parte del espacio, o en todo lugar del

espacio, es también necesario decir que *a Dios ningún espacio lo puede contener* por grande que sea. Salomón dice en su oración a Dios: «Pero ¿será posible, Dios mío, que tú habites en la tierra? Si los cielos, por altos que sean, no pueden contenerte, ¡mucho menos este templo que he construido!» (1 R 8:27). Los cielos, por altos que sean, no pueden contener a Dios; en verdad, no puede contenerlo el espacio más grande imaginable (cf. Is 66:1-2; Hch 7:48). Aunque el pensamiento de que Dios está presente en toda parte y lugar con todo su ser debe animarnos grandemente en la oración sin que importe donde estemos, el hecho de que de ningún lugar se puede decir que contiene a Dios también debe desalentarnos en cuanto a pensar que hay algún lugar especial de adoración que le da a los seres humanos un acceso especial a Dios; a Dios no lo puede contener ningún lugar.

Debemos guardarnos en contra de pensar que Dios se extiende infinitamente lejos en toda dirección de manera que él mismo existe en una especie de espacio infinito e interminable. Tampoco debemos pensar que Dios es como un «espacio más grande» o un área más grande que rodea el espacio del universo que conocemos. Todas estas ideas equivalen a pensar en el ser de Dios en términos espaciales, como si fuera simplemente un ser extremadamente grande. Más bien, debemos tratar de evitar pensar en Dios en términos de tamaño o dimensiones espaciales. Dios es un ser que existe *sin* tamaño ni dimensiones espaciales. Es más, antes de que Dios creara el universo no había materia ni material, de modo que tampoco había espacio. Sin embargo, Dios existía ya. ¿Dónde estaba Dios? No estaba en un lugar que pudiéramos llamar un «donde», porque no había «donde» ni espacio. ¡Pero Dios ya era! Este hecho nos hace darnos cuenta de que Dios se relaciona al espacio de una manera muy diferente que nosotros o que alguna otra cosa creada. Dios existe como una especie de ser que es muy diferente y mucho más grande de lo que podemos imaginar.

También debemos tener cuidado de no pensar que Dios mismo es equivalente a alguna parte de la creación o la totalidad de ella. Un panteísta cree que todo es Dios, o que Dios está en todo lo que existe. La perspectiva bíblica es más bien que Dios está *presente* en toda parte de su creación, pero también es distinto de su creación. ¿Cómo puede ser esto? La analogía de una esponja llena de agua no es perfecta, pero es útil. El agua está presente en toda parte de la esponja, pero el agua sigue siendo agua y la esponja sigue siendo esponja. Ahora bien, esta analogía se desbarata en puntos muy pequeños dentro de la esponja, en donde se pudiera decir que todavía hay esponja en cierto punto pero no agua, o agua pero no esponja. Sin embargo esto se debe a que la analogía está tratando con dos materiales que tienen características y dimensiones espaciales, en tanto que Dios no tiene ni lo uno ni lo otro.

c. Dios puede estar presente para castigar, sustentar o bendecir. La idea de la omnipresencia de Dios ha sido problema para algunos que se preguntan cómo Dios puede estar presente, por ejemplo, en el infierno. Es más, ¿no es el infierno lo opuesto de la presencia de Dios, o la ausencia de Dios? Esta dificultad se puede resolver al darnos cuenta de que *Dios está presente en diferentes maneras en diferentes lugares* y que actúa en forma diferente en lugares diferentes de su creación. A veces

Dios está *presente para castigar*. Un aterrador pasaje de Amós pinta vívidamente esta presencia de Dios para castigo:

Ni uno solo escapará,
ninguno saldrá con vida.
Aunque se escondan en lo profundo del sepulcro,
de allí los sacaré mi mano.
Aunque suban hasta el cielo,
de allí los derribaré.
Aunque se oculten en la cumbre del Carmelo,
allí los buscaré y los atraparé.
Aunque de mí se escondan en el fondo del mar,
allí ordenaré a la serpiente que los muerda.
Aunque vayan al destierro arriados por sus enemigos,
allí ordenaré que los mate la espada.
Para mal, y no para bien, fijaré en ellos mis ojos. (Am 9:1-4)

En otras ocasiones Dios está presente no para castigar ni para bendecir, sino meramente *presente para sustentar* o para mantener el universo existiendo y funcionando de la manera que él quiso que funcionara. En este sentido la naturaleza divina de Cristo está presente en toda parte y lugar: «Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente» (Col 1:17). El autor de Hebreos dice que Dios Hijo es (continuamente) «el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (Heb 1:3).¹⁹

Sin embargo, en otras ocasiones o en otros lugares Dios está *presente para bendecir*. David dice: «Me llenarás de alegría *en tu presencia*, y de dicha eterna a tu derecha» (Sal 16:11). Aquí David está hablando no de la presencia de Dios para castigar ni solo sustentar, sino de la presencia de Dios para bendecir.

A decir verdad, la mayoría de las veces que la Biblia habla de la presencia de Dios, se refiere a la presencia de Dios para bendecir. Por ejemplo, es de esta manera que debemos entender la presencia de Dios sobre el arca del pacto en el Antiguo Testamento. Leemos del «arca del pacto del Señor Todopoderoso, que *reina entre los querubines*» (1 S 4:4; cf. Éx 25:22), que es referencia al hecho de que Dios daba a conocer su presencia y actuaba de una manera especial para dar bendición y protección a su pueblo en el lugar que había designado como su trono, es decir, el lugar sobre las dos figuras de oro de seres celestiales («querubines») que estaban encima de la cubierta del arca del pacto. No es que Dios no estuviera presente en otras partes, sino que más bien allí daba a conocer de una manera especial su presencia y allí manifestaba de una manera especial su carácter y daba bendición a su pueblo.

En el nuevo pacto, no hay un lugar de la tierra que Dios haya escogido como su lugar particular de morada, porque podemos adorarle en todas partes (vea Jn 4:20).

¹⁹El participio presente *feron*, «llevar cargando», en Heb 1:3 implica que la actividad de Cristo de «llevar cargando todas las cosas» (es decir, manteniendo todas las cosas del universo existiendo y funcionando regularmente) es una actividad continuada, que nunca cesa.

Pero ahora y por toda la eternidad, Dios ha escogido el lugar que la Biblia llama «cielo» para que sea el enfoque de la manifestación de su carácter y la presencia de su bendición y gloria. Así que cuando la nueva Jerusalén desciende del cielo de Dios, Juan en su visión oye una voz fuerte del trono de Dios que dice: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos» (Ap 21:3). Puede parecer desorientador decir que Dios está «más presente» en el cielo que en otras partes, pero también no sería desorientador decir que Dios está presente de una manera especial en el cielo, presente especialmente allí para bendecir y mostrar su gloria. Podemos también decir que Dios manifiesta su presencia más plenamente en el cielo que en otros lugares.

De esta manera se puede entender también la afirmación de Pablo en cuanto a Cristo: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo» (Col 2:9). En cierto sentido, por supuesto, podemos decir que todo el ser de Dios está presente en todo punto en el espacio y por consiguiente en todo punto en toda persona, y no sólo en Cristo. Pero hay dos dificultades al hablar de esta manera: (1) la Biblia nunca habla de una manera directa de la presencia de Dios en los que no creen, probablemente para evitar cualquier conexión entre Dios y la responsabilidad o culpa por las malas obras, y probablemente también para evitar cualquier sugerencia de la presencia de Dios para bendecir, puesto que es sólo una presencia para sustentar. (2) Todavía más, este sentido de «presencia para sustentar» no es el sentido que Pablo tiene en mente en Colosenses 2:9. De hecho, allí Pablo ni siquiera parece querer decir simplemente «presente para bendecir» en el mismo sentido en que Dios está presente para bendecir en la vida de todos los creyentes. Más bien, Pablo parece querer decir que en Cristo la propia naturaleza de Dios está presente para bendecir y para manifestar su carácter de la manera más plena y más completa posible.

Nuestra dificultad para comprender cómo expresar la manera en que Dios está presente en los que no creen, por ejemplo, nos lleva a darnos cuenta de que aunque la Biblia *puede* hablar de que Dios está presente en toda parte y lugar, cuando la Biblia dice que Dios está «presente» *por lo general* quiere decir «presente para bendecir». Es decir, aunque hay unas pocas referencias a la presencia de Dios para sustentar o presencia para castigar, la vasta mayoría de las referencias bíblicas a la presencia de Dios son simplemente maneras más breves de afirmar que él está *presente para bendecir*. Cuando nos familiarizamos más con esta forma de hablar, se hace más difícil hablar de la presencia de Dios de alguna otra manera. Y tal vez es incluso desorientador hacerlo, a menos que se pueda dar una clara explicación de lo que queremos decir.

Algunos ejemplos del significado bíblico usual de la expresión son los siguientes: 2 Corintios 3:17: «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad»; Romanos 8:9-10: «Según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios vive en ustedes. ... si Cristo está en ustedes ... el Espíritu que está en ustedes es vida»; Juan 14:23: «El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra vivienda en él», y así por el estilo. Todos estos versículos hablan de la presencia de Dios y dan por sentado que entendemos que quieren decir la presencia de Dios *para bendecir*.

En una especie de expresión paralela, cuando la Biblia habla de que Dios está «lejos» por lo general quiere decir que «no está presente para bendecir». Por ejemplo, Isaías 59:2 dice: «Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios», y Proverbios 15:29 declara: «El Señor se mantiene lejos de los impíos, pero escucha las oraciones de los justos».

En resumen, Dios está presente en toda parte del espacio con todo su ser, sin embargo actúa en forma diferente en diferentes lugares. Es más, cuando la Biblia habla de la presencia de Dios, por lo general quiere decir su presencia para bendecir, y es simplemente normal que nuestra habla se ajuste a este uso bíblico.

Herman Bavinck, en *The Doctrine of God* cita un hermoso párrafo que ilustra la aplicación práctica de la doctrina de la omnipresencia de Dios:

Quando quieres hacer algo malo, te retiras del público a tu casa en donde ningún enemigo pueda verte; de los lugares de tu casa que son abiertos y visibles a los ojos de los hombres te retiras a tu cuarto; incluso en tu cuarto temes algún testigo de algún otro lugar, así que te retiras a tu corazón, y allí meditas: él está más adentro que tu corazón. Adondequiera, por consiguiente, que huyas, él está allí. De ti mismo, ¿adónde vas a huir? ¿No te seguirías tú mismo adondequiera que huyeras? Pero puesto que hay Uno más interior incluso que tú mismo, no hay lugar adonde puedas huir de un Dios colérico sino a un Dios reconciliador. No hay ningún lugar al cual puedas huir. ¿Huirás de él? Huye a él.²⁰

5. Unidad. La unidad de Dios se puede definir como sigue: *Dios no está dividido en partes, y sin embargo vemos que en diferentes ocasiones se hace énfasis en diferentes atributos de Dios.* A este atributo de Dios también se le ha llamado *la simplicidad* de Dios, usando *simple* en el sentido menos común de «no complejo» o *no compuesto de partes*. Pero siendo que la palabra *simple* hoy tiene el sentido más común de «fácil de entender» y «no inteligente o tonto», es más útil ahora hablar de la «unidad» de Dios en vez de su «simplicidad».²¹

Cuando la Biblia habla de los atributos de Dios nunca destaca alguno de los atributos de Dios como más importantes que los demás. Se da por sentado que todo atributo es completamente una verdad en cuanto a Dios y es una verdad en cuanto a todo el carácter de Dios. Por ejemplo, Juan puede decir que «Dios es luz» (1 Jn 1:5) y luego, un poco más tarde, también decir que «Dios es amor» (1 Jn 4:8). No hay ninguna sugerencia de que una parte de Dios es luz y una parte de Dios es amor, ni de que Dios es parcialmente luz y parcialmente amor. Tampoco debemos pensar que Dios es más luz que amor ni más amor que luz. Más bien *Dios mismo* es luz, y *Dios mismo* también es amor.

²⁰Herman Bavinck, *The Doctrine of God* p. 164. La cita se reproduce en el libro sin indicar la fuente.

²¹Los teólogos sistemáticos a menudo han distinguido otros aspectos de la unidad de Dios en este punto, es decir, la «unidad» que se halla en el hecho de que Dios es un Dios, y no muchos dioses. A este hecho se le ha llamado la «unidad de singularidad», en donde lo que yo llamo aquí la unidad de Dios ha sido entonces llamada la «unidad de simplicidad».

En tanto que concuerdo en que Dios es un Dios, puede ser confuso hablar de dos diferentes clases de unidad en Dios. Por consiguiente, no he usado el término «unidad de singularidad» o considerado el concepto aquí, sino que más bien he tratado la cuestión en el capítulo 14, sobre la Trinidad.

Lo mismo es cierto de toda otras descripciones del carácter de Dios, como la que tenemos en Éxodo 34:6-7:

Pasando delante de él, proclamó: —El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación.

No queríamos decir que estos atributos son sólo características de alguna parte de Dios, sino más bien que son características de Dios mismo, y por consiguiente características de todo lo que es Dios.

Estas consideraciones indican que no debemos pensar que Dios es como una colección de atributos que se juntan, como en la figura 11:2.

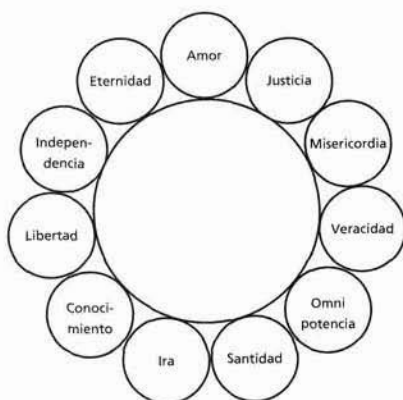


LA ESENCIA DE DIOS NO ES UNA COLECCIÓN DE ATRIBUTOS

Figura 11.2:

Tampoco debemos pensar que los atributos de Dios son algo externo al mismo ser de Dios, algo añadido a lo que Dios realmente es, como en la analogía de la figura 11.3.

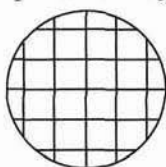
Más bien, debemos recordar que *todo el ser* de Dios incluye todos sus atributos; él es *enteramente* amor, *enteramente* misericordioso, *enteramente* justo, etcétera. Todo atributo de Dios que hallamos en la Biblia es verdad de *todo el ser* de Dios, y por consiguiente podemos decir que *todo atributo de Dios también califica a todo los demás atributos*.



LOS ATRIBUTOS DE DIOS NO SON ADICIONES SU MISMO SER

Figura 11.3

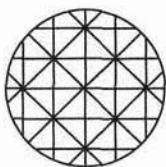
La figura 11.4 puede ser útil para comprender esta doctrina de la unidad de Dios. En el diagrama, digamos que las líneas horizontales representan el atributo amor, y que las líneas verticales representan la justicia de Dios.



EL AMOR Y LA JUSTICIA DE DIOS

Figura 11.4

Todavía más, digamos que las diagonales que van de la izquierda arriba a la derecha abajo representan la santidad de Dios, y las diagonales que van de la derecha arriba a la izquierda abajo representan la sabiduría de Dios, como en la figura 11.5.



AMOR, JUSTICIA, SANTIDAD Y SABIDURÍA DE DIOS

Figura 11.5

Podríamos, por supuesto, seguir trazando diferentes clases de líneas para cada uno de los diferentes atributos de Dios; pero debe ser claro que cada atributo es simplemente una manera de describir un aspecto del carácter o ser total de Dios. Dios mismo es una *unidad*, una persona unificada y completamente integrada, que es infinitamente perfecta en *todos* estos atributos.

¿Por qué, entonces, la Biblia habla de estos diferentes atributos de Dios? Probablemente se debe a que no podemos captar todo el carácter de Dios a la vez, y

necesitamos aprender al respecto desde diferentes perspectivas en un período de tiempo. Sin embargo estas perspectivas nunca deben ponerse en oposición una a otra, porque son simplemente diferentes maneras de mirar a la totalidad del carácter de Dios.

En términos de aplicación práctica, esto significa que nunca debemos pensar, por ejemplo, que Dios es un Dios de amor en un punto de la historia y un Dios justiciero y colérico en otro punto de la historia. Él es el mismo Dios siempre, y todo lo que dice o hace es plenamente consistente con todos sus atributos. No es correcto decir, como algunos han dicho, que Dios es un Dios justiciero en el Antiguo Testamento y un Dios de amor en el Nuevo Testamento. Dios es y siempre ha sido infinitamente justo e infinitamente amor por igual, y todo lo que hace en el Antiguo Testamento así como en el Nuevo Testamento es completamente coherente con ambos de esos atributos.

Es cierto que algunas acciones de Dios muestran algunos de esos atributos más prominentemente. La creación demuestra su poder y sabiduría, la expiación demuestra su amor y justicia, y el resplandor del cielo demuestra su gloria y belleza. Pero todos estos de una manera u otra *también* demuestran su conocimiento y santidad, misericordia y veracidad, paciencia y soberanía y todo lo demás. Sería difícil en verdad hallar algún atributo de Dios que no esté reflejado por lo menos en algún grado en alguno de sus actos de redención. Esto se debe al hecho mencionado arriba: Dios es una unidad y todo lo que hace es un acto de la persona total de Dios.

Todavía más, la doctrina de la unidad de Dios debe servirnos de advertencia para que no intentemos señalar algunos de los atributos de Dios como más importantes que todos los demás. En varias ocasiones algunos han intentado de ver la santidad de Dios, su amor, su existencia propia, su justicia o algún otro atributo como el atributo más importante de su ser. Pero tales intentos parecen concebir erróneamente a Dios como una combinación de varias partes, y que algunas partes son en cierto sentido más grandes o más influyentes que otras. Todavía más, es difícil entender exactamente qué pudiera significar «más importante». ¿Quiere decir que hay algunas acciones de Dios que no son plenamente congruentes con alguno de sus otros atributos? ¿Hay algunos atributos que Dios de alguna manera deja a un lado a veces a fin de actuar de maneras ligeramente contrarias a esos atributos? Ciertamente no podemos sostener ninguno de estos puntos de vista, porque eso significaría que Dios no es coherente con su propio carácter, o que cambia y se convierte en algo diferente de lo que fue previamente. Más bien, cuando vemos todos los atributos solo como varios aspectos del carácter total de Dios, tal pregunta se vuelve innecesaria y descubrimos que no hay atributo que se pueda señalar como más importante. Es *Dios mismo en su ser total* lo que es supremamente importante, y es *Dios mismo en todo su ser* a quien debemos procurar, conocer y amar.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. Al pensar en la independencia, inmutabilidad, eternidad, omnipresencia y unidad de Dios, ¿puede usted ver algún pálido reflejo de estos cinco atributos incommunicables en usted según lo creó Dios a usted para que fuera?

¿Qué significaría procurar llegar a ser más semejante a Dios en estos aspectos? ¿En qué punto sería errado incluso querer ser como Dios en cada uno de estos aspectos porque sería querer usurpar su exclusivo papel como Creador y Señor?

2. Usando cada uno de estos cinco atributos incommunicables, explique cómo seremos en el cielo más semejantes a Dios de lo que somos ahora, y también cómo por toda la eternidad seremos diferentes a Dios en cada uno de estos cinco aspectos.
3. Explique cómo le hace sentirse emocionalmente cada uno de los aspectos de la doctrina de la independencia de Dios. ¿Ejerce esta doctrina un efecto positivo o negativo en su vida espiritual? Explique por qué.
4. Explique cómo la doctrina de la inmutabilidad o invariabilidad de Dios le ayuda a contestar las siguientes preguntas: ¿Podremos hacer un buen trabajo en la crianza de nuestros hijos en un mundo tan malo como el que tenemos hoy? ¿Es posible tener la misma íntima comunión con Dios que tuvieron algunos en los tiempos bíblicos? ¿Qué podemos pensar o hacer para que las historias bíblicas sean más reales y menos alejadas de nuestra vida presente? ¿Piensa usted que Dios está menos dispuesto a contestar la oración hoy de lo que lo estaba en tiempos bíblicos?
5. Si usted peca contra Dios hoy, ¿cuándo empezaría eso a entristecer el corazón de Dios? ¿Cuándo dejaría de entristecer el corazón de Dios? ¿Le ayuda esta reflexión a entender por qué el carácter de Dios exige que castigue el pecado? ¿Por qué tuvo Dios que enviar a su Hijo para que sufriera el castigo del pecado en lugar de simplemente olvidarse del pecado y recibir con brazos abiertos a los pecadores en el cielo sin tener que aplicar a nadie el castigo por el pecado? ¿Piensa ahora Dios que sus pecados están perdonados o que no lo están?
6. Si usted entona alabanzas a Dios hoy, ¿cuándo dejaría el sonido de esa alabanza de estar presente en la conciencia de Dios y deleitar su corazón? ¿Tienen algún significado último los cantos de alabanza a Dios? ¿Qué en cuanto a confiar en él hora tras hora y obedecerle cada día?
7. ¿Es el control de su tiempo una lucha para usted en su vida? Conforme crecemos a la madurez en la vida cristiana y hacia conformarnos a la imagen de Cristo, ¿seremos más semejantes a Dios en nuestro dominio del tiempo? ¿De qué manera?
8. Explique cómo cada uno de los cinco atributos incommunicables de Dios que se consideran en este capítulo puede ayudarle en su vida de oración.

TÉRMINOS ESPECIALES

aseidad
 atributos comunicables
 atributos incommunicables
 eternidad
 existencia propia

infinito con respecto a tiempo
 inmutabilidad
 invariabilidad
 nombres de Dios
 omnipresencia

independencia	simplicidad
infinito	unidad
infinito con respecto a espacio	

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1298-1307.)

Nota: En este capítulo sobre los atributos incommunicables de Dios se debe notar que algunas teologías sistemáticas clasifican y consideran los atributos de Dios en categorías diferentes a comunicables o incommunicables, así que no siempre es posible una referencia cruzada exacta a secciones paralelas. Una lista más completa de las secciones de textos de teología sistemática que consideran los atributos de Dios en general se hallará en la bibliografía al final del capítulo 13.

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 58-67
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1847 Finney, 49-65
 - 1875-76 Pope, 1:248-55, 287-325
 - 1892-94 Miley, 1:159-80, 214-22
 - 1940 Wiley, 1:241-393
 - 1960 Purkiser, 127-44
3. Bautista
 - 1767 Gill, 25-31, 33-50, 119-22
 - 1887 Boyce, 1:125-35, 183-90
 - 1907 Strong, 243-303
 - 1917 Mullins, 214-50
 - 1983-85 Erickson, 1:263-78
 - 1987-94 Lewis/Demarest, 1:175-248
4. Dispensational
 - 1947 Chafer, 1:179-191, 212-24, 260-71
 - 1949 Thiessen, 118-28
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 1:427-47
 - 1934 Mueller, 160-67
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 1:96-120
 - 1861 Heppe, 57-104
 - 1871-73 Hodge, 1:366-93
 - 1878 Dabney, ST 38-45, 144-54
 - 1887-1921 Warfield, SSW 1:69-87; ST 109-14
 - 1889 Shedd, 1:151-94, 334-92

1909 Bavinck, DG 113-72

1938 Berkhof, 47-63

1962 Buswell, 1:36-57

7. Renovada (o carismática o pentecostal)

1988-92 Williams, 55-59, 77-79

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica romana: tradicional

1955 Ott, 24-38

2. Católica romana: Post Vaticano II

1980 McBrien, 1:238-341

Otras obras

Bromiley, G. W. «God». En *ISBE* 2:493-503.

Charnock, Stephen. *The Existence and Attributes of God*. Reimp. ed. Sovereign Grace Book Club, Evansville, Ind., n.d., pp. 69-180 (primero publicada 1655-1680).

Diehl, D. W. «Process Theology». En *EDTpp*. 880-85.

Helm, Paul. *Eternal God: A Study of God Without Time*. Clarendon, Oxford, 1988.

Kaiser, Christopher B. *The Doctrine of God*. Good News, Westchester, Ill. 1982.

Lewis, Gordon R. «God, Attributes of». En *EDT* pp. 451-59.

McComiskey, Thomas E. «God, Names of». En *EDT* pp. 464-68.

Packer, J. I. *Knowing God*. SCM, Hodder and Stoughton, Londres, 1973, pp. 67-79.

Saucy, R. H. «God, Doctrine of». En *EDT* pp. 459-64.

Tozer, A. W. *The Knowledge of the Holy*. Harper and Row, Nueva York, 1961.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Salmo 102:25-27:

En el principio tú afirmaste la tierra,

y los cielos son la obra de tus manos.

Ellos perecerán, pero tú permaneces.

Todos ellos se desgastarán como un vestido.

Y como ropa los cambiarás,

y los dejarás de lado.

Pero tú eres siempre el mismo,

y tus años no tienen fin.

HIMNO

«Himno al Padre»

Cantadle a una voz, omnipotente Dios,

Su nombre es Elohim, y el trino Creador;

Jehová es el gran «YO SOY», y eterno es El Olam,

Postrados todos a sus pies, es nuestro Redentor.

Cantadle con amor, altísimo Señor,
Su nombre es Adonai, del mundo dueño y rey;
El Dios de bendición, nos cuida El Shaddai,
Oh, alabadle sin temor, ovejas de su grey.

Cantadle con fervor, supremo y fiel pastor,
Su nombre es El Elyon, el gran gobernador;
El sempiterno Ser, nos guía con amor,
Load a Jehová Jireh, de Sion sustentador.

Dar cánticos a Dios el Padre, en alta voz,
Y al Hijo el Salvador mil salmos entonad;
Con himnos ensalza al Santo Espíritu;
Tres veces santo, el trino Dios, servidle con lealtad.

BASADA EN LOS NOMBRES BÍBLICO DE DIOS EN GÉNESIS, FELIPE BLYCKER
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA, # 28)

El carácter de Dios: Atributos «comunicables» (Primera Parte)

*¿Cómo es Dios semejante a nosotros en su ser y
en sus atributos mentales y morales?*

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

En este capítulo consideraremos los atributos de Dios que son «comunicables», o de los que nosotros participamos más que de los mencionados en el capítulo previo. Hay que recordar que esta división en «incomunicables» y «comunicables» no es una división absoluta, y hay campo para diferencia de opinión respecto a cuáles atributos encajan en cual categoría.¹ La lista de atributos que se pone en la categoría de «comunicables» es común, pero entender la definición de cada atributo es más importante que poder catalogarlos exactamente de la manera que se presenta en este libro.

Es más, cualquier lista de los atributos de Dios se debe basar en alguna comprensión de cuán detalladamente quiere uno hacer distinciones entre los varios aspectos del carácter de Dios. ¿Son el amor y la bondad de Dios dos atributos o uno? ¿Qué en cuanto a conocimiento y sabiduría, o espiritualidad e invisibilidad? En este capítulo cada uno de estos atributos se trata separadamente, y el resultado es una lista más bien larga de varios atributos. Sin embargo, en varios casos no hará gran diferencia si alguien tratara estos pares como varios aspectos del mismo atributo. Si recordamos que es la persona total y completamente integrada de Dios de quien estamos hablando, será evidente que la división en varios atributos no es cuestión de gran significación doctrinal, sino que es algo que se debe basar en el juicio de uno respecto a la manera más eficaz de presentar el material bíblico.

Este capítulo divide los atributos «comunicables» de Dios en cinco categorías principales, y menciona cada atributo individual bajo cada categoría como sigue:

- A. Atributos que describen el ser de Dios
 - 1. Espiritualidad
 - 2. Invisibilidad
- B. Atributos mentales
 - 3. Conocimiento (u omnisciencia)
 - 4. Sabiduría
 - 5. Veracidad (y fidelidad)

¹Vea la explicación de atributos comunicables e incommunicables en el capítulo 11, pp. 156-57.

- C. Atributos morales
 - 6. Bondad
 - 7. Amor
 - 8. Misericordia (gracia, paciencia)
 - 9. Santidad
 - 10. Paz (u orden)
 - 11. Justicia (o rectitud)
 - 12. Celo
 - 13. Ira
- D. Atributos de propósito
 - 14. Voluntad
 - 15. Libertad
 - 16. Omnipotencia (o poder y soberanía)
- E. Atributos «sumarios»
 - 17. Perfección
 - 18. Bienaventuranza
 - 19. Belleza
 - 20. Gloria

Debido a que debemos imitar en la vida los atributos comunicables de Dios,² cada una de estas secciones incluirá una breve explicación de la manera en que debemos imitar el atributo en cuestión.

A. Atributos que describen el ser de Dios

1. Espiritualidad. Los seres humanos a menudo se han preguntado de qué está hecho Dios. ¿Está hecho de carne y sangre como nosotros? Ciertamente que no. ¿Cuál es, entonces, el material que forma su ser? ¿Está Dios hecho de alguna materia? ¿Acaso es Dios pura energía? ¿Acaso es en algún sentido puro pensamiento?

La respuesta de la Biblia es que Dios no es nada de esto. Más bien, leemos que «Dios es espíritu» (Jn 4:24). Esta afirmación la hizo Jesús en el contexto de un diálogo con la mujer junto al pozo de Samaria. La conversación giraba en cuanto al lugar donde la gente debía adorar a Dios, y Jesús le dijo que la verdadera adoración a Dios no exige que uno esté *presente* ni en Jerusalén ni en Samaria (Jn 4:21), porque la verdadera adoración no tiene que ver con un lugar físico sino con la condición espiritual interior de uno. Esto se debe a que «Dios es espíritu» y esto evidentemente significa que Dios no está limitado de ninguna manera a un lugar espacial.

De este modo, *no* debemos pensar que Dios tiene *tamaño* o *dimensiones* aunque sean infinitas (vea la explicación de la omnipresencia de Dios en el capítulo anterior). *No* debemos pensar que la existencia de Dios como espíritu significa que Dios es infinitamente grande, por ejemplo, porque no es *una parte* de Dios sino *el todo* de Dios lo que está en todo punto del espacio (vea Sal 139:7-10). Tampoco debemos pensar que la existencia de Dios como espíritu quiere decir que Dios es infinitamente pequeño, porque ningún lugar del universo puede rodearlo

²Note que Ef 5:1 nos dice: «imiten a Dios, como hijos muy amados». Vea también la explicación del hecho de que Dios nos creó para que reflejemos su carácter en nuestras vidas, en el capítulo 21, pp. 440-50.

ni contenerlo (vea 1 R 8:27). Así que no se puede pensar correctamente del ser de Dios en términos de espacio, como quiera que sea que entendamos su existencia como «espíritu».

También hallamos que Dios le prohíbe a su pueblo que piense que *su existencia misma* es similar a *alguna otra cosa* en la creación física. Leemos en los Diez Mandamientos:

No te hagas ningún ídolo, *ni nada que guarde semejanza* con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores. *Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso*. Cuando los padres son malvados y me odian, yo castigo a sus hijos hasta la tercera y cuarta generación. Por el contrario, cuando me aman y cumplen mis mandamientos, les muestro mi amor por mil generaciones (Éx 20:4-6).

El lenguaje de la creación en este mandamiento («arriba en el cielo o ... abajo en la tierra, o ... en las aguas debajo de la tierra») es un recordatorio de que el *ser* de Dios, su modo esencial de existencia, es diferente de todo lo que él ha creado. Concebir su ser en términos de alguna otra cosa en el universo creado es representarlo erróneamente, limitarlo, pensar que es menos de lo que realmente es. Hacer un ídolo (o «imagen tallada» o «esculpida») de Dios tal como un becerro de oro, por ejemplo, puede haber sido un esfuerzo de pintar a Dios como un Dios fuerte y lleno de vida (como un becerro), pero decir que Dios es como un becerro era una afirmación horriblemente falsa en cuanto al conocimiento, sabiduría, amor, misericordia, omnipresencia, eternidad, independencia, santidad, justicia, rectitud de Dios, y cosas por el estilo. En verdad, en tanto que podemos decir que Dios ha hecho toda la creación para que cada parte de ella refleje algo del mismo carácter de Dios, ahora debemos afirmar que pintar a Dios como *si existiera* en una forma o *modo de ser* que se parezca a alguna otra cosa en la creación es pensar de Dios de una manera horriblemente desorientadora y deshonrosa.

Por eso se menciona el celo de Dios como el porqué de la prohibición de hacer imágenes de él: «Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso» (Éx 20:5). Dios es celoso para proteger su honor. Anhelantemente busca que los seres humanos piensen que él es como es y lo adoren por toda su excelencia, y se enoja cuando se disminuye su gloria o se representa falsamente su carácter (cf. Dt 4:23-24, en donde el intenso celo de Dios por su honor de nuevo se da como el porqué de la prohibición de hacer imágenes de él).

Así que Dios no tiene un cuerpo físico, ni tampoco está hecho de materia como el resto de la creación. Todavía más, Dios no es meramente energía, pensamiento ni ningún otro elemento de la creación. Él no es como vapor, neblina, aire ni espacio, todos los cuales son cosas creadas; *el ser de Dios* no se parece a nada de esto. El ser de Dios ni siquiera es exactamente como nuestro espíritu, porque este es algo creado que evidentemente puede existir sólo en un lugar a la vez.

En lugar de todos estos conceptos acerca de Dios, debemos decir que Dios es *espíritu*. Signifique lo que signifique, es una clase de existencia diferente a todo lo demás de la creación. Es una clase de existencia muy superior a toda nuestra

existencia material. Podemos decir que Dios es «puro ser» o «la plenitud o esencia de su ser». Además, esta clase de existencia no es menos real ni menos deseable que nuestra propia existencia. Más bien, es más real y más deseable que la existencia material e inmaterial de toda la creación. Antes de que hubiera alguna creación, Dios ya existía como espíritu. Su propio ser es tan real ¡que puede hacer que todo lo demás cobre existencia!

En este punto podemos definir la espiritualidad de Dios: *La espiritualidad de Dios quiere decir que Dios existe como un ser que no está hecho de materia alguna, no tiene ni partes ni dimensiones, nuestros sentidos corporales no lo pueden percibir, y es más excelente que cualquier otra clase de existencia.*

Podemos preguntar por qué el ser de Dios es así. ¿Por qué Dios es espíritu? Todo lo que podemos decir es que ¡esta es la manera mejor y más excelente forma de existencia! Es una existencia muy superior a todo lo que conocemos. Es fascinante meditar en este hecho.

Estas consideraciones nos hacen preguntarnos si la espiritualidad de Dios no debiera considerarse un atributo «incomunicable». Hacerlo así sería en verdad apropiado en ciertas maneras, puesto que el ser de Dios es tan diferente del nuestro. No obstante, permanece el hecho de que Dios nos ha dado un espíritu en el cual le adoramos (Jn 4:24; 1 Co 14:14; Flp. 3:3), en el cual nos unimos con el espíritu del Señor (1 Co 6:17), al cual el Espíritu Santo da testimonio de nuestra adopción en la familia de Dios (Ro 8:16), y en el cual pasamos a la presencia del Señor cuando morimos (Lc 23:46; Ec 12:7; Heb 12:23; cf. Flp 1:23-24). Por consiguiente, se ve que hay cierta comunicación de Dios con nosotros de naturaleza espiritual que es semejante a su propia naturaleza, aunque ciertamente no en todo respecto. Por esto parece apropiado pensar que la espiritualidad de Dios es un atributo comunicable.

2. Invisibilidad. Relativo a la espiritualidad de Dios es el hecho de que Dios es invisible; sin embargo podemos también hablar de las maneras visibles en que Dios se manifiesta. La invisibilidad de Dios se puede definir como sigue: *La invisibilidad de Dios quiere decir que nosotros jamás podremos ver la esencia total de Dios, todo su ser espiritual, y sin embargo Dios se nos muestra mediante cosas visibles y creadas.*

Muchos pasajes hablan del hecho de que no se puede ver a Dios. «A Dios nadie lo ha visto nunca» (Jn 1:18). Jesús dice: «Al Padre nadie lo ha visto, excepto el que viene de Dios; sólo él ha visto al Padre» (Jn 6:46). Pablo da las siguientes palabras de alabanza: «Al Rey eterno, inmortal, invisible, al único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén» (1 Ti 1:17). Dice de Dios que es el «único inmortal, que vive en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver» (1 Ti 6:16). Juan dice: «Nadie ha visto jamás a Dios» (1 Jn 4:12).

Debemos recordar que estos pasajes se escribieron después de ocasiones en la Biblia en que algunos vieron alguna manifestación visible de Dios. Por ejemplo, muy temprano en la Biblia leemos: «Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo» (Éx 33:11). Sin embargo Dios le dijo a Moisés: «Nadie puede verme y seguir con vida» (Éx 33:20). No obstante, Dios hizo que su gloria pasara frente a Moisés mientras escondía a Moisés en una grieta de la peña, y

Dios le permitió a Moisés que le viera la espalda después de haber pasado, pero dijo: «Mi rostro no lo verás» (Éx 33:21-23). Esta secuencia de versículos y otros parecidos del Antiguo Testamento indican que en cierto sentido no se podía ver a Dios, pero también hubo alguna forma o manifestación de Dios que por lo menos en parte era posible que el hombre viera.

Es correcto, por consiguiente, decir que aunque nosotros jamás podremos ver la *esencia total* de Dios, Dios nos mostrará algo de sí mismo mediante cosas visibles y creadas. Esto sucede de diferentes maneras.

Para *pensar* en Dios, es necesario concebirlo de alguna manera. Dios entiende esto y nos da cientos de analogías diferentes tomadas de nuestra vida humana y del mundo creado.³ Esta gigantesca diversidad de analogías de todas partes de la creación nos recuerda que no debemos enfocarnos demasiado en alguna de esas analogías. Sin embargo, si no nos enfocamos exclusivamente en alguna de estas analogías, todas en conjuntos nos ayudan a ver a Dios de alguna manera en cierto sentido «visible» (cf. Gn 1:27; Sal 19:1; Ro 1:20).

El Antiguo Testamento también registra varias teofanías. Una *teofanía* es «una aparición de Dios». En estas teofanías Dios tomó varias formas visibles para mostrarse a algunos individuos. Dios se apareció a Abraham (Gn 18:1-33), Jacob (Gn 32:28-30), al pueblo de Israel (como columna de nube de día y de fuego de noche; Éx 13:21-22), a los ancianos de Israel (Éx 24:9-11), Manoa y su esposa (Jue 13:21-22), Isaías (Is 6:1) y a otros.

Una manifestación visible de Dios mucho más grande que estas teofanías del Antiguo Testamento fue en la persona de Jesucristo mismo. Él pudo decir: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9). Y Juan contrasta el hecho de que nadie ha visto jamás a Dios con el hecho de que el unigénito Hijo de Dios nos lo ha dado a conocer: «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Dios unigénito,⁴ que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1:18, traducción del autor). Es más, Jesús es «la imagen del Dios invisible» (Col 1:15), y es «el brillante resplandor de la gloria de Dios» y también «la exacta representación de su naturaleza» (Heb 1:3, traducción del autor). Así que en la persona de Jesús tenemos una manifestación visible única de Dios en el Nuevo Testamento que no estaba disponible para los creyentes que vieron teofanías en el Antiguo Testamento.

Pero ¿cómo veremos a Dios en el cielo? Nunca podremos ver o conocer todo de Dios, porque «su grandeza es insondable» (Sal 145:3; cf. Jn 6:46; 1 Ti 1:17; 6:16; 1 Jn 4:12, que se mencionó arriba). Y no podremos ver, por lo menos con nuestros ojos físicos, el ser espiritual de Dios. No obstante, la Biblia dice que veremos a Dios mismo. Jesús dijo: «Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (Mt 5:8). Podremos ver la naturaleza humana de Jesús, por supuesto (Ap 1:7); pero no es claro exactamente en que sentido podremos «ver» al Padre y al Espíritu Santo, o la naturaleza divina de Dios Hijo (cf. Ap 1:4; 4:2-3, 5; 5:6). Tal vez no sabremos la naturaleza de este «ver» sino cuando lleguemos al cielo.

Aunque lo que veamos no será una visión exhaustiva de Dios, será una visión completamente verdadera, clara y real de Dios. Veremos «cara a cara» (1 Co 13:12)

³ Vea la consideración de los nombres de Dios tomados de la creación, en el capítulo 11, p. 158.

⁴ Hay una variante textual en este punto, pero «el unigénito Dios» (*monogenés Teos* tiene más testigos que «el Hijo unigénito», y esta lectura no es foránea al contexto; vea Leon Morris, *The Gospel According to John* (Eerdmans, Grand Rapids, 1971), pp. 113-14.

y «lo veremos tal como él es» (1 Jn 3:2). La descripción más asombrosa de la comunión abierta e íntima con Dios que experimentaremos se ve en el hecho de que en la ciudad celestial «El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad. Sus siervos lo adorarán; *lo verán cara a cara*, y llevarán su nombre en la frente» (Ap 22:3-4).

Cuando nos damos cuenta de que Dios es la perfección de todo lo que anhelamos o deseamos, que él es la suma de todo lo hermoso o deseable, nos damos cuenta de que el más grande gozo de la vida venidera será que «le veremos cara a cara». A este ver a Dios «cara a cara» se le ha llamado *visión beatífica*, lo que quiere decir «visión que nos hace bienaventurados o felices» («beatífica» tiene dos palabras latinas, *beatus* «bienaventurado», y *facere* «hacer»). Mirar a Dios nos cambia y nos hace como él: «seremos semejantes a él, porque *lo veremos tal como él es*» (1 Jn 3:2; cf. 2 Co 3:18). Esta visión de Dios será la consumación de nuestro conocer a Dios y nos dará pleno deleite y gozo por toda la eternidad: «Me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha» (Sal 16:11).

B. Atributos mentales

3. Conocimiento (u omnisciencia). El conocimiento de Dios se puede definir como sigue: *Dios se conoce plenamente a sí mismo y todas las cosas reales y posibles en un solo acto sencillo y eterno.*

Eliú dijo que Dios es «*conocimiento perfecto*» (Job 37:16), y Juan dice que Dios «*lo sabe todo*» (1 Jn 3:20). A la cualidad de saberlo todo se llama omnisciencia, y debido a que Dios lo sabe todo, se dice que es omnisciente (es decir: «lo sabe todo»).

La definición dada arriba explica la omnisciencia con más detalle. Dice primero que Dios se conoce completamente a sí mismo. Este es un hecho asombroso puesto que el propio ser de Dios es infinito e ilimitado. Por supuesto, sólo el que es infinito puede conocerse a sí mismo completamente en todo detalle. Este hecho lo implica Pablo cuando dice: «El Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Co 2:10-11).

Esta idea también la sugieren la afirmación de Juan de que «Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad» (1 Jn 1:5). En este contexto «luz» parece sugerir pureza moral y pleno conocimiento o conciencia. Si «no hay ninguna oscuridad» en Dios, sino que él es enteramente «luz», entonces Dios en sí mismo es a la vez santo y también enteramente lleno de conocimiento propio.

La definición también dice que Dios sabe «todas las cosas presentes». Esto quiere decir todas las cosas que existen y todo lo que sucede. Esto se aplica a la creación, porque Dios es el único de quien se dice: «Ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (Heb 4:13; cf. 2 Cr 16:9; Job 28:24; Mt 10:29-30). Dios conoce también el futuro, porque él es el que puede decir: «Yo soy Dios, y no hay ningún otro, yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir» (Is 46:9-10; cf. 42:8-9 y frecuentes pasajes en los profetas del Antiguo Testamento). Él sabe los detalles más diminutos de

cada uno de nosotros, porque Jesús nos dice: «su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6:8), y, «él les tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza» (Mt 10:30).

En el Salmo 139 David reflexiona sobre el asombroso detalle con que Dios conoce nuestras vidas. Él conoce nuestras acciones y pensamientos: «Señor, tú me examinas, tú me conoces. Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto; aun a la distancia me lees el pensamiento» (Sal 139:1-2). Él sabe las palabras que hemos de hablar antes de que las digamos: «No me llega aún la palabra a la lengua cuando tú, Señor, ya la sabes toda» (Sal 139:4). Él conoce los días de nuestra vida incluso antes de que nazcamos: «Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos» (Sal 139:16).

La definición de conocimiento de Dios que se da arriba especifica que Dios sabe «todas las cosas posibles». Esto es porque hay algunas ocasiones en la Biblia en las que Dios da información sobre acontecimientos que pudieran suceder pero que en realidad no tuvieron lugar. Por ejemplo, cuando David huía de Saúl rescató a la ciudad de Queilá de los filisteos y se quedó por un tiempo allí. Decidió preguntarle a Dios si Saúl iría a Queilá para atacarlo y, si Saúl iba, si los hombres de Queilá lo entregarían en manos de Saúl. David dijo:

¿Es verdad que Saúl vendrá, según me han dicho? Yo te ruego, Señor, Dios de Israel, que me lo hagas saber.

—Sí, vendrá —le respondió el Señor.

David volvió a preguntarle:

—¿Nos entregarán los habitantes de Queilá a mí y a mis hombres en manos de Saúl?

Y el Señor le contestó:

—Sí, los entregarán.

Entonces David y sus hombres, que eran como seiscientos, se fueron de Queilá y anduvieron de un lugar a otro. Cuando le contaron a Saúl que David se había ido de Queilá, decidió suspender la campaña (1 S 23:11-13).

De modo similar, Jesús pudo decir que Tiro y Sidón *se hubieran* arrepentido si los milagros que había estado haciendo los hubiera realizado allí: «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Si se hubieran hecho en Tiro y en Sidón los milagros que se hicieron en medio de ustedes, ya hace tiempo que se habrían arrepentido con muchos lamentos» (Mt 11:21). De modo similar dijo: «Y tú, Capernaum, ¿acaso serás levantada hasta el cielo? No, sino que descenderás hasta el abismo. Si los milagros que se hicieron en ti se hubieran hecho en Sodoma, ésta habría permanecido hasta el día de hoy» (Mt 11:23; cf. 2 R 13:19, en donde Eliseo dice lo que habría sucedido si el rey Joás hubiera golpeado la tierra cinco o seis veces con las flechas).

El hecho de que Dios conoce todas las cosas posibles también se puede deducir del pleno conocimiento de Dios de sí mismo. Si Dios se conoce plenamente a sí mismo, también sabe todo lo que puede hacer, lo que incluye todas las cosas que son posibles. Este hecho es en verdad asombroso. Dios ha hecho un universo increíblemente complejo y variado. Pero hay miles sobre miles de otras variaciones

o clases de cosas que Dios podría haber creado, pero que no creó. El conocimiento infinito de Dios incluye conocimiento detallado de lo que cada una de esas otras posibles creaciones pudiera haber sido ¡y lo que podría haber sucedido a cada una de ellas! «Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo» (Sal 139:6). «Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!» (Is 55:9).

Nuestra definición del conocimiento de Dios afirma que Dios conoce todo en un «acto sencillo». Aquí de nuevo la palabra *sencillo* se usa en el sentido de «no dividido en partes». Esto quiere decir que Dios siempre está plenamente consciente de todo. Si él quisiera decirnos el número de granos de arena en la orilla del mar o el número de estrellas del cielo, no tendría que contarlas rápidamente como una especie de computadora gigantesca, y tampoco tendría que recordar su número porque fue algo en lo que no había pensado por un tiempo. Más bien, Él sabe todas las cosas al mismo tiempo. Todos estos hechos y todas las otras cosas que Él sabe siempre están presentes en su conciencia. Él no tiene que razonar y llegar a conclusiones ni meditar cuidadosamente antes de responder, porque sabe el fin desde el principio, y nunca aprendió ni ha olvidado nada (cf. Sal 90:4; 2 P 3:8; y los versículos citados arriba sobre el conocimiento perfecto de Dios). Todo ápice del conocimiento de Dios siempre está plenamente presente en su conciencia; nunca se opaca ni desvanece en su memoria inconsciente. Finalmente, la definición habla del conocimiento de Dios no sólo como un acto sencillo sino también como un «acto eterno». Esto quiere decir que el conocimiento de Dios nunca cambia o crece. Si él jamás hubiera tenido que aprender algo nuevo, no habría sido omnisciente de antemano. Así que desde toda la eternidad Dios ha sabido todas las cosas que sucederían y todas las cosas que él haría.

Alguien podría objetar que Dios promete olvidar nuestros pecados. Por ejemplo, Él dice que «no se acuerda más de tus pecados» (Is 43:25). Sin embargo, pasajes como este ciertamente se pueden entender como que quieren decir que Dios nunca más permitirá que el conocimiento de estos pecados jueguen alguna parte en la manera en que se relaciona con nosotros: Él los «olvidará» en su relación con nosotros. Otra objeción a la enseñanza bíblica en cuanto a la omnisciencia de Dios se ha derivado de Jeremías 7:31; 19:5; y 31:35, en donde Dios se refiere a las horribles prácticas de los padres que ofrecen a sus hijos en sacrificio al dios pagano Baal, y dice: «cosa que jamás ordené ni me pasó siquiera por la mente» (Jer 7:31). ¿Quiere decir esto que antes del tiempo de Jeremías Dios nunca había *pensado* en la posibilidad de que los padres sacrificarían a sus hijos? Claro que no, porque esa práctica había ocurrido un siglo antes en los reinados de Acáz (2 R 16:3) y Oseas (2 R 17:17), y Dios mismo había prohibido la práctica ochocientos años antes bajo Moisés (Lv 18:21). Los versículos de Jeremías probablemente se entienden mejor traduciendo muy literalmente: «Ni subió en mi corazón» (así dice Jer 7:31 en la RV-60 y la traducción literal de la LBLA al margen; la palabra hebrea es *leb*, que más frecuentemente se traduce «corazón»), dando el sentido de «yo no lo quise, ni lo deseé, ni pensé en eso de una manera positiva».⁵

⁵La misma frase («tener un pensamiento que entra al corazón») parece tener el sentido de «desear, querer, anhelar», en todas las cinco ocasiones que aparece en el Antiguo Testamento: Is 65:17; Jer 3:16 (en donde no puede

Otra dificultad que surge en conexión con esto es la cuestión de la relación entre el conocimiento de Dios de todo lo que sucederá en el futuro y la realidad y el grado de libertad que tenemos en nuestras acciones. Si Dios sabe todo lo que sucederá, ¿cómo pueden nuestras decisiones ser «libres»? De hecho, esta dificultad es tan importante que algunos teólogos han concluido que Dios no conoce todo el futuro. Han dicho que Dios no sabe cosas que no pueden (en opinión de ellos) ser conocidas, tales como los actos libres de personas que todavía no han tenido lugar (a veces la frase que se usa es «actos contingentes de agentes morales libres», en donde «contingentes» quiere decir «posibles pero no ciertos»). Pero tal posición es insatisfactoria porque esencialmente niega el conocimiento de Dios del futuro de la historia humana en algún punto en el tiempo y por lo tanto no concuerda con los pasajes mencionados arriba en cuanto al conocimiento de Dios del futuro y con docenas de otros pasajes proféticos del Antiguo Testamento en donde Dios predice el futuro con mucha antelación y con gran detalle.⁶

¿Cómo, entonces, resolvemos esta dificultad? Aunque esta cuestión se tratará con mucho más detalle en el capítulo 16 sobre la providencia de Dios, puede ser útil en este punto notar la sugerencia de Agustín, que dijo que Dios nos ha dado «autodeterminación razonable». Su declaración no incluye los términos *libre* o *libertad*, porque estos términos son excepcionalmente difíciles de definir de manera que satisfactoriamente tome en cuenta el conocimiento completo de Dios de acontecimientos futuros. Pero esta declaración sí afirma lo que es importante para nosotros y lo que percibimos ser cierto en nuestra experiencia, que nuestras decisiones son «razonables». Es decir, pensamos lo que hacemos, conscientemente decidimos lo que hacemos, y después seguimos el curso de acción que hemos escogido.

La declaración de Agustín también dice que tenemos «autodeterminación». Esto es simplemente que nuestras decisiones en realidad determinan lo que sucederá. No es que los acontecimientos tuvieran lugar *independientemente* de lo que decidamos o hagamos, sino más bien que tienen lugar *debido a* lo que en efecto decidimos y hacemos. Esta afirmación no intenta definir el sentido en el que somos «libres» o «no libres», pero ese no es el asunto realmente importante. Para nosotros, es importante que pensamos, escogemos y actuamos, y que estos pensamientos, decisiones y acciones son reales y en verdad tienen significación eterna. Si Dios conoce todos nuestros pensamientos, palabras y acciones mucho antes de que ocurran, debe haber algún sentido en el cual nuestras decisiones no son absolutamente libres. Pero es mejor dejar una definición ulterior de este asunto hasta que podamos tratarlo más completamente en el capítulo 16.

4. Sabiduría. La sabiduría de Dios quiere decir que Dios siempre escoge las mejores metas y los mejores medios para alcanzar esas metas. Esta definición va más allá de la idea de que Dios sabe todas las cosas y especifica que las decisiones de Dios sobre lo que él hará siempre son decisiones sabias; es decir, siempre producen los mejores

significar sencillamente «tener conocimiento factual de»); 7:31; 19:5; 32:35; así como en la frase griega equivalente *anēbē eptē ten kardian* en Hch 7:23.

⁶Vea consideración adicional de esta pregunta en capítulo 16; pp. 347-49.

resultados (desde la perspectiva suprema de Dios), y producirán esos resultados mediante los mejores medios posibles.

La Biblia afirma la sabiduría de Dios en general en varios lugares. Se le llama el «único sabio Dios» (Ro 16:27). Job dice que Dios «es sabio de corazón» (Job 9:4, RV-60), y «Con Dios están la sabiduría y el poder; suyos son el consejo y el entendimiento» (Job 12:13). La sabiduría de Dios se ve específicamente en la creación. El salmista exclama: «¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!» (Sal 104:24). Al crear Dios el universo, fue perfectamente adecuado para que le diera gloria, tanto en el proceso día tras día y en las metas para los cuales lo creó. Incluso ahora, aunque todavía vemos los efectos del pecado y la maldición sobre el mundo natural, deberíamos asombrarnos lo armoniosa e intrincada que es la creación divina.

La sabiduría de Dios también se ve en su gran plan de redención. Cristo es «sabiduría de Dios» para los llamados (1 Co 1:24, 30), aunque la palabra de la cruz es «locura» para los que la rechazan y se creen sabios en este mundo (1 Co 1:18-20). Sin embargo, incluso esto es una reflexión del sabio plan de Dios: «Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen. ... Pero Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios ... a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse» (1 Co 1:21, 27, 29).

Pablo sabe que lo que ahora pensamos que es el mensaje «sencillo» del evangelio, entendible incluso para los más pequeños, refleja un asombroso plan de Dios, que en su profunda sabiduría supera cualquier cosa que el hombre jamás podría haber imaginado. Al fin de once capítulos de reflexión sobre la sabiduría del plan divino de redención, Pablo irrumpe en alabanza espontánea: «¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!» (Ro 11:33).

Cuando Pablo predica el evangelio lo mismo a judíos que a gentiles y estos se convierten en uno en un solo cuerpo, el de Cristo (Ef 3:6), el increíble «misterio» que «desde los tiempos eternos se mantuvo oculto en Dios, creador de todas las cosas» (Ef 3:9) es claro para que todos lo vean, es decir, que en Cristo personas tan totalmente diversas llegan a unirse. Cuando grupos tan diferentes racial y culturalmente llegan a ser miembros de un solo cuerpo, el de Cristo, se cumple el propósito de Dios, de que «que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales» (Ef 3:10).

Hoy esto quiere decir que la sabiduría de Dios se muestra incluso a los ángeles y demonios («poderes y autoridades») cuando individuos de diferentes trasfondos raciales y culturales se unen en Cristo en la iglesia. Si la iglesia cristiana es fiel al sabio plan de Dios, siempre estará en el mismo frente para derribar barreras raciales y sociales en las sociedades en todo el mundo, y de este modo será una manifestación visible del asombrosamente sabio plan de Dios de producir unidad de nuestra gran diversidad y por ello hacer que toda la creación le honre.

La sabiduría de Dios también se muestra en nuestra vida como individuos. «Sabemos que Dios hace que todo contribuya para el bien de los que le aman, los que son llamados de acuerdo a su propósito» (Ro 8:28, traducción del autor). Aquí

Pablo afirma que Dios en efecto obra sabiamente en todo lo que sucede en nuestra vida, y que mediante todas estas cosas él nos hace avanzar hacia la meta de conformarnos a la imagen de Cristo (Ro 8:29). Debería ser nuestra gran confianza y fuente de paz día tras día saber que Dios hace que todo nos haga avanzar hacia la meta suprema que él tiene para nuestra vida, es decir, que podamos ser como Cristo y que por ello le demos gloria. Tal confianza capacitó a Pablo para que aceptara su «espinas en el cuerpo» (2 Co 12:7) como algo que, aunque doloroso, Dios en su sabiduría había decidido no quitarle (2 Co 12:8-10).

Todos los días de nuestra vida podemos acallar nuestro desaliento con el consuelo que viene del conocimiento de la infinita sabiduría de Dios; si somos sus hijos, podemos saber que él está obrando sabiamente en nuestra vida, incluso hoy mismo, para llevarnos a una mayor conformidad a la imagen de Cristo.

La sabiduría de Dios es, por supuesto, en parte comunicable a nosotros. Con confianza podemos pedirle a Dios sabiduría cuando la necesitamos, porque él promete en su palabra: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie» (Stg 1:5). Esta sabiduría, o capacidad para vivir una vida que agrada a Dios, viene primordialmente al leer y obedecer su palabra: «La ley del Señor es perfecta: infunde nuevo aliento. El mandato del Señor es digno de confianza: da sabiduría al sencillo» (Sal 19:7; cf. Dt 4:6-8).

«El principio de la sabiduría es el temor del Señor» (Sal 111:10; Pr 9:10; cf. Pr 1:7), porque si tememos deshonrar a Dios o desagradarle, si tememos su disciplina paternal, tendremos la motivación que nos hace querer seguir sus caminos y vivir de acuerdo a sus sabios mandamientos. Es más, la posesión de sabiduría de Dios no resultará en orgullo sino en humildad (Pr 11:2; Stg 3:13), no en arrogancia sino en un espíritu manso y pacífico (Stg 3:14-18). Él que es sabio según las normas de Dios continuamente andará en dependencia del Señor y con deseo de exaltarle.

Sin embargo, también debemos recordar que la sabiduría de Dios no es enteramente comunicable; nunca podremos participar por completo de la sabiduría de Dios (Ro 11:33). En términos prácticos, esto quiere decir que frecuentemente habrá ocasiones en la vida cuando no podremos entender por qué Dios permite que algo suceda. Entonces simplemente tenemos que confiar en él y seguir obedeciendo sus sabios mandamientos para nuestras vidas: «Así pues, los que sufren según la voluntad de Dios, entréguense a su fiel Creador y sigan practicando el bien» (1 P 4:19; cf. Dt 29:29; Pr 3:5-6). Dios que es infinitamente sabio y nosotros no, y le agrada cuando tenemos fe para confiar en su sabiduría aun cuando no entendamos lo que él está haciendo.

5. Veracidad (y fidelidad). *La veracidad de Dios quiere decir que él es el Dios verdadero, y que todo su conocimiento y palabras son a la vez verdad y la norma suprema de la verdad.*

A veces se ha usado el término *confiabilidad* o también *verdad* como sinónimo de la veracidad de Dios.

La primera parte de esta definición indica que el Dios revelado en la Biblia es el Dios verdadero y real, y que todos los demás que se llaman dioses son ídolos. «El Señor es el Dios verdadero, el Dios viviente, el Rey eterno. ... “Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparecerán de la tierra y de debajo del cielo”»

(Jer 10:10-11). Jesús le dijo a su Padre: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado» (Jn 17:3; cf. 1 Jn 5:20).

Podríamos preguntar qué significa ser el Dios verdadero a diferencia de otros seres que no son Dios. Debe querer decir que Dios en su propio ser o carácter es el único que plenamente se ajusta a la idea de lo que Dios tiene que ser; es decir, un ser que es infinitamente perfecto en poder, en sabiduría, en bondad, en señorío sobre el tiempo y el espacio, y cosas por el estilo. Pero podríamos preguntar también, ¿idea de quien es esta idea de Dios? ¿A qué idea de Dios debe uno ajustarse a fin de que sea el Dios verdadero?

En este punto el curso de nuestro pensamiento se vuelve en cierto sentido circular, porque no debemos decir que un ser debe ajustarse a *nuestro* concepto de lo que Dios debería ser a fin de que sea el Dios verdadero. ¡Nosotros no somos más que criaturas! ¡Nosotros no podemos definir cómo debe ser el verdadero Dios! Así que debemos decir que es *Dios mismo* quien tiene la única idea perfecta de cómo debe ser el verdadero Dios. Y él mismo es el verdadero Dios porque en su ser y carácter perfectamente se ajusta a su propio concepto de lo que debe ser el verdadero Dios. Además, él ha implantado en nuestras mentes un reflejo de su propia idea de lo que debe ser el verdadero Dios, y nos capacita para reconocerlo como Dios.

La definición dada arriba también afirma que todo el *conocimiento* de Dios es verdadero y es la norma final de la verdad. Job nos dice que Dios es «perfecto en conocimiento» (Job 37:16; vea también los versículos citados anteriormente bajo la explicación de la omnisciencia de Dios). Decir que Dios sabe todas las cosas y que su conocimiento es perfecto es decir que él nunca se equivoca en su percepción o comprensión del mundo; todo lo que él sabe y piensa es verdadero y es una percepción correcta de la naturaleza de la realidad. Es más, puesto que Dios sabe todas las cosas infinitamente bien, podemos decir que la norma del verdadero conocimiento es la conformidad al conocimiento de Dios. Si pensamos lo mismo que Dios piensa en cuanto a algo en el universo, estamos pensando lo que es cierto al respecto.

Nuestra definición también afirma que las palabras de Dios son a la vez *verdad* y la *norma suprema de la verdad*. Esto quiere decir que Dios es confiable y fiel en sus palabras. Con respecto a sus promesas Dios siempre hace lo que promete hacer, y podemos depender que nunca será infiel a sus promesas. Por tanto, «Dios es fiel» (Dt 32:4). De hecho, este aspecto específico de la veracidad de Dios a veces se considera un atributo distinto: *La fidelidad de Dios quiere decir que Dios siempre hará lo que ha dicho y cumplirá lo que ha prometido* (Nm 23:19; cf. 2 S 7:28; Sal 141:6, et al.). Se puede confiar en él, y él nunca será infiel a los que confían en lo que él ha dicho. Ciertamente, la esencia de la verdadera fe es tomarle la palabra a Dios y confiar en que hará lo que ha prometido.

Además del hecho de que Dios es fiel a sus promesas, también debemos afirmar que todas las *palabras* de Dios en cuanto a sí mismo y en cuanto a su creación corresponden completamente a la realidad. Es decir, Dios siempre dice la verdad cuando habla. Él es «el Dios que no miente» (Tit 1:2; traducción del autor), el Dios para quién es imposible mentir (Heb 6:18), el Dios cuyas palabras todas son perfectamente «puras» (Sal 12:6), el único de quien se puede decir: «Toda palabra de Dios

es digna de crédito» (Pr 30:5). Las palabras de Dios no son simplemente verdad en el sentido de que se ajustan a alguna norma de veracidad fuera de Dios. Más bien, son la verdad misma; son la norma y definición final de la verdad. Por eso Jesús puede decirle al Padre: «Tu palabra es la *verdad*» (Jn 17:17). Lo que se dice de la veracidad del conocimiento de Dios también se puede decir de las palabras de Dios, porque se basan en su conocimiento perfecto y reflejan exactamente ese conocimiento perfecto; las palabras de Dios son «verdad» en el sentido de que son la norma final por la cual se debe juzgar la veracidad; cualquier cosa que se ajusta a las palabras de Dios también es verdad, y lo que no se ajusta a sus palabras no es verdad.

La veracidad de Dios también es comunicable porque nosotros podemos en parte imitarlo al procurar tener conocimiento verdadero en cuanto a Dios y en cuanto a su mundo. Es más, al empezar a pensar pensamientos verdaderos en cuanto a Dios y la creación, pensamientos que aprendemos en la Biblia y al permitir que la Biblia nos guíe en nuestra observación e interpretación del mundo natural, ¡empezamos a pensar pensamientos de Dios como él! Podemos exclamar con el salmista: «¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus pensamientos! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos!» (Sal 139:17).

El darnos cuenta de esto debe animarnos en la búsqueda del conocimiento en todas las ramas de las ciencias naturales, sociales y las humanidades. Cualquiera que sea el campo de nuestra investigación, cuando descubrimos más verdad en cuanto a la naturaleza de la realidad descubrimos más de la verdad que Dios ya sabe. En este sentido podemos afirmar que «toda verdad es verdad de Dios»⁷ y regocijarnos cada vez que el aprendizaje o descubrimiento de esta verdad se usa de maneras que agradan a Dios. Crecer en conocimiento es parte del proceso de llegar a ser más semejantes a Dios o de llegar a ser las criaturas que se ajustan más completamente a la imagen de Dios. Pablo nos dice que cuando nos vestimos de la «nueva naturaleza», esta «se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10).

En una sociedad que es extremadamente descuidada respecto a la veracidad de las palabras habladas, nosotros como hijos de Dios debemos imitar a nuestro Creador y tener gran cuidado de que nuestras palabras sean siempre veraces. «Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza con sus vicios, y se han puesto el de la nueva naturaleza» (Col 3:9-10). En otro lugar Pablo amonesta: «Por lo tanto, dejando la mentira, hable cada uno a su prójimo *con la verdad*» (Ef 4:25). Pablo dice que en su propio ministerio procuraba practicar la absoluta verdad: «Más bien, hemos renunciado a todo lo vergonzoso que se hace a escondidas; no actuamos con engaño ni torcemos la palabra de Dios. Al contrario, mediante la clara exposición de la verdad, nos recomendamos a toda conciencia humana en la presencia de Dios» (2 Co 4:2). Dios se agrada cuando su pueblo aleja de sí «la perversidad» (Pr 4:24) y habla con palabras que son aceptables no sólo a la vista de la gente sino también a la vista del Señor mismo (Sal 19:14).

Todavía más, debemos imitar la veracidad de Dios en nuestra reacción a la verdad y a la falsedad. Como Dios, debemos *amar* la verdad y *aborrecer* la falsedad. El

⁷Vea *All Truth Is God's Truth* por Arthur Holmes (Eerdmans, Grand Rapids, 1977).

mandamiento de no dar falso testimonio contra nuestro prójimo (Éx 20:16), como los demás mandamientos, requiere no meramente conformidad externa sino también conformidad en actitud de corazón. El que agrada a Dios «de corazón dice la verdad» (Sal 15:2), y procura ser como el justo que «aborrece la mentira» (Pr 13:5). Dios ordena a su pueblo por medio de Zacarías: «No maquinen el mal contra su prójimo, ni sean dados al falso testimonio, porque yo aborrezco todo eso, afirma el Señor.» » (Zac 8:17).

Estos mandamientos se nos dan porque Dios mismo ama la verdad y aborrece la falsedad: «El Señor aborrece a los de labios mentirosos, pero se complace en los que actúan con lealtad» (Pr 12:22; cf. Is 59:3-4). La falsedad y la mentira no proceden de Dios sino de Satanás, el cual se deleita en la falsedad: «Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!» (Jn 8:44). Es apropiado, entonces, que con «los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los que cometen inmoralidades sexuales, los que practican artes mágicas, [y] los idólatras» que se hallan en «el lago de fuego y azufre» lejos de la ciudad celestial, también se hallen «todos los mentirosos» (Ap 21:8).

Así que la Biblia nos enseña que mentir es malo no sólo debido al gran daño que produce (y a menudo mucho más daño viene debido a la mentira de lo que nos damos cuenta), sino también por una razón incluso más honda y más profunda: cuando mentimos deshonramos a Dios y rebajamos su gloria, porque nosotros, como creados a imagen de Dios y creados con el propósito de reflejar la gloria de Dios en nuestras vidas, estamos actuando de una manera que es contraria al carácter de Dios.

C. Atributos morales

6. Bondad. *La bondad de Dios quiere decir que Dios es la norma suprema del bien, y que todo lo que Dios es y hace es digno de aprobación.*

En esta definición hallamos una situación similar a la que enfrentamos al definir a Dios como el Dios verdadero. Aquí «bien» se puede entender que es «digno de aprobación», pero no hemos contestado a la pregunta: ¿aprobación de quién? En cierto sentido, podemos decir que cualquier cosa que es verdaderamente buena debe ser digna de nuestra aprobación. Pero al final nosotros no somos libres para decidir por nosotros mismos lo que es digno de aprobación y lo que no lo es. En última instancia, por consiguiente, el ser y las acciones de Dios son perfectamente dignos de su propia aprobación. Él es, por consiguiente, la norma suprema del bien. Jesús implica esto cuando dice: «Nadie es bueno sino solo Dios» (Lc 18:19). Los Salmos muchas veces afirman que «el Señor es bueno» (Sal 100:5) o exclaman: «Den gracias al Señor, porque él es bueno» (Sal 106:1; 107:1; et al.). David nos anima: «Prueben y vean que el Señor es bueno» (Sal 34:8).

Pero si Dios es bueno en sí mismo y por consiguiente es la suprema norma del bien, tenemos una definición del significado de «bueno» que nos ayudará grandemente en el estudio de ética y estética. ¿Qué es «bueno»? «Bueno» es lo que Dios aprueba. Entonces podemos preguntar: ¿Por qué es bueno lo que Dios aprueba? Debemos contestar: «Porque él lo aprueba». Esto quiere decir que no hay norma más alta de bondad que el propio carácter de Dios y su aprobación de lo que

concuerta con ese carácter. Con todo, Dios nos ha dado algún reflejo de su sentido de bondad, de modo que cuando evaluamos las cosas de la manera que Dios nos creó para que las evaluáramos, también aprobamos lo que Dios aprueba y nos deleitamos en lo que él se deleita.

Nuestra definición también expresa que todo lo que Dios *hace* es digno de aprobación. Vemos evidencia de esto en el relato de la creación: «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era *muy bueno*» (Gn 1:31). El salmista conecta la bondad de Dios con la bondad de lo que hace: «Tú eres bueno, y haces *el bien*; enséñame tus decretos» (Sal 119:68). El Salmo 104 es un ejemplo excelente de alabanza a Dios por su bondad en la creación, en tanto que muchos salmos, como el Salmo 106 y 107, alaban a Dios por su bondad en todas sus acciones hacia su pueblo. Pablo nos anima a descubrir en la práctica cómo la voluntad de Dios en cuanto a nosotros es «buena, agradable y perfecta» (Ro 12:2).

La Biblia también nos dice que Dios es la fuente de todo bien en el mundo. «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Stg 1:17; cf. Sal 145:9; Hch 14:17). Es más, Dios hace sólo cosas buenas por sus hijos. Leemos: «El Señor brinda generosamente su bondad a los que se conducen sin tacha» (Sal 84:11). En el mismo contexto en el que Pablo nos asegura que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman» (Ro 8:28), también dice: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?» (Ro 8:32). Mucho más que un padre terrenal, nuestro Padre celestial «dará cosas buenas a los que le pidan» (Mt 7:11), e incluso su disciplina es una manifestación de su amor y es para nuestro bien (Heb 12:10). Este conocimiento de la gran bondad de Dios debería impulsarnos a dar «gracias a Dios en toda situación» (1 Ts 5:18).

En imitación de este atributo comunicable debemos nosotros mismos hacer lo bueno (es decir, debemos hacer lo que Dios aprueba) y con eso imitar la bondad de nuestro Padre celestial. Pablo escribe: «Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe» (Gá 6:10; cf. Lc 6:27, 33-35; 2 Ti 3:17). Es más, cuando nos damos cuenta de que Dios es la definición y fuente de todo lo bueno, nos daremos cuenta de que Dios mismo es el bien supremo que buscamos. Diremos con el salmista: «¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra. Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna» (Sal 73:25-26; cf. 16:11; 42:1-2).

La bondad de Dios se relaciona estrechamente con varias otras características de su naturaleza, entre ellas amor, misericordia, paciencia y gracia. A veces estas se consideran atributos separados y se tratan individualmente. En otras ocasiones se consideran parte de la bondad de Dios y se tratan como varios aspectos de la bondad de Dios. En este capítulo trataremos el amor como un atributo separado puesto que es tan prominente en la Biblia. Las otras tres características (misericordia, paciencia y gracia), aunque también prominentes en la Biblia, las trataremos juntas como aspectos de la bondad de Dios hacia personas en situaciones específicas.

Así que la misericordia de Dios es su bondad hacia los afligidos, su gracia es su bondad hacia los que merecen sólo castigo, y su paciencia es su bondad hacia los que continúan pecando en un período de tiempo (vea más adelante, en la sección C.8, lo que decimos sobre la misericordia, paciencia y gracia).

7. Amor. El amor de Dios quiere decir que eternamente Dios se da a otros.

Esta definición entiende el amor como entrega de sí mismo para beneficio de otros. Este atributo de Dios muestra que es parte de su naturaleza dar de sí mismo a fin de dar bendición o bien a otros.

Juan nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4:8). Vemos evidencia de que este atributo de Dios estaba activo incluso antes de la creación, entre los miembros de la Trinidad. Jesús le habla a su Padre de «la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo» (Jn 17:24), indicando así que había amor y honra recíproca entre Padre e Hijo desde toda la eternidad. Eso continúa en el presente, porque leemos: «El Padre ama al Hijo, y ha puesto todo en sus manos» (Jn 3:35).

Este amor es también recíproco, porque Jesús dice: «el mundo tiene que saber que amo al Padre, y que hago exactamente lo que él me ha ordenado que haga» (Jn 14:31). El amor entre el Padre y el Hijo también presumiblemente caracteriza su relación con el Espíritu Santo, aunque no se menciona esto en forma explícita. Este amor eterno del Padre por el Hijo, del Hijo por el Padre y de ambos por el Espíritu Santo hace del cielo un mundo de amor y gozo porque cada persona de la Trinidad procura dar gozo y felicidad a las otras dos.

Esta entrega de sí misma que caracteriza a la Trinidad halla clara expresión en las relaciones de Dios con la humanidad, especialmente con los pecadores. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para que sea propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4:10, traducción del autor). Pablo escribe: «Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5:8). Juan también escribe: «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Pablo también habla de «el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gá 2:20), con lo que muestra que se da cuenta de la aplicación personal directa del amor de Cristo a los pecadores como individuos. Debe ser motivo de gran gozo saber que es el propósito de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo darse a sí mismos a nosotros para darnos verdadero gozo y felicidad. Es la naturaleza de Dios actuar de esa manera hacia los que ha decidido amar, y continuará actuando de esa manera hacia nosotros por toda la eternidad.

Nosotros imitamos este atributo comunicable de Dios primero amando a Dios en reciprocidad, y segundo, al amar a otros imitando la manera en que Dios los ama. Todas nuestras obligaciones a Dios se pueden resumir en esto: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente. ... Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22:37-38). Si amamos a Dios obedeceremos sus mandamientos (1 Jn 5:3) y de esa manera haremos lo que le agrada. Amaremos a Dios, y no al mundo (1 Jn 2:15), y haremos esto porque él nos amó primero (1 Jn 4:19).

Uno de los más asombrosos hechos de toda la Biblia es que así como el amor de Dios incluye el darse a sí mismo para hacernos felices, nosotros podemos en reciprocidad darnos nosotros mismos y alegrar el corazón de Dios. Isaías le promete al pueblo de Dios: «Como un novio que se regocija por su novia, así *tu Dios se regocijará por ti*» (Is 62:5), y Sofonías le dice al pueblo de Dios: «el Señor tu Dios está en medio de ti ... Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta» (Sof 3:17-18).

Nuestra imitación del amor de Dios también se ve en nuestro amor a otros. Juan lo dice explícitamente: «Queridos hermanos, ya que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros» (1 Jn 4:11). Es más, nuestro amor a otros dentro de la comunión de los creyentes es tan evidentemente una imitación de Cristo que por ella el mundo nos reconocerá como de Cristo: «De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros» (Jn 13:35; cf. 15:13; Ro 13:10; 1 Co 13:4-7; Heb 10:24). Dios mismo nos da su amor para capacitarnos para que nos amemos unos a otros (Jn 17:26; Ro 5:5). Es más, nuestro amor por nuestros enemigos refleja de una manera especial el amor de Dios (Mt 35:46-48).

8. Misericordia , gracia, paciencia. La misericordia, paciencia y gracia de Dios se pueden ver como tres atributos separados, o como aspectos específicos de la bondad de Dios. Las definiciones que se dan aquí muestran estos atributos como ejemplos especiales de la bondad de Dios cuando los usa para beneficio de clases específicas de personas.

La *misericordia* de Dios es la bondad de Dios hacia los que están afligidos y angustiados.

La *gracia* de Dios es la bondad de Dios hacia los que merecen sólo castigo.

La *paciencia* de Dios es la bondad de Dios al retener el castigo de los que pecan por un período de tiempo.

Estas tres características de la naturaleza de Dios a menudo se mencionan juntas, especialmente en el Antiguo Testamento. Cuando Dios le declara a Moisés su nombre, proclama: «El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad» (Éx 34:6). David dice en el Salmo 103:8: «El Señor es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor».

Debido a que estas características de Dios a menudo se mencionan juntas, puede parecer difícil distinguirlas. Sin embargo la característica de misericordia a menudo se recalca en donde las personas están afligidas y sufriendo. David dice, por ejemplo: «En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus *misericordias* son muchas ...» (2 S 24:14, RVR 1960). Los dos ciegos que querían que Jesús viera su aflicción y los sanara clamaron: «¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!» (Mt 9:27). Cuando Pablo habla del hecho de que Dios nos consuela en la aflicción, llama a Dios «Padre *misericordioso* y Dios de toda consolación» (2 Co 1:3).⁸ En tiempo de necesidad debemos acercarnos al trono de Dios para recibir misericordia y gracia (Heb 4:16; cf. 2:17; Stg 5:11). Debemos imitar la misericordia de

⁸Este versículo usa *oiktirmós* «compasión, misericordia» antes que *éleos* «misericordia», pero los términos están estrechamente relacionados en significado y ambos se refieren a compasión o bondad hacia los afligidos.

Dios en nuestra conducta hacia otros: «Dichosos los compasivos, porque serán tratados con compasión» (Mt 5:7; cf. 2 Co 1:3-4).

Con respecto al atributo de *gracia*, hallamos que la Biblia recalca que la gracia de Dios, o su favor hacia los que no merecen favor sino sólo castigo, nunca es una obligación sino que Dios siempre la da voluntariamente. Dios dice: «Tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo» (Éx 33:19; citado en Ro 9:15). Sin embargo Dios regularmente obra con gracia hacia su pueblo: «Vuélvete a mí, y tenme *compasión como haces* siempre con los que aman tu nombre» (Sal 119:132). Es más, Pedro llama a Dios «el Dios de toda gracia» (1 P 5:10).

La gracia de Dios como bondad especialmente demostrada a los que no la merecen se ve frecuentemente en los escritos de Pablo. Pablo recalca que la salvación por gracia es lo opuesto a la salvación por esfuerzo humano, porque la gracia es algo que se da de gratis. «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (Ro 3:23-24). La distinción entre gracia y salvación ganada por obras que merecen una recompensa también se ve en Romanos 11:6: «Y si es por gracia, ya no es por obras; porque en tal caso la gracia ya no sería gracia». La gracia, entonces, es el favor que Dios concede gratuitamente a los que no merecen ese favor.

Pablo también ve que si la gracia es inmerecida, hay sólo una actitud humana apropiada para recibir esa gracia; esto es, la fe: «Por eso la promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada ...» (Ro 4:16). La fe es la única actitud humana que es opuesta a depender de uno mismo, porque incluye confianza o dependencia en otro. Por tanto, está desprovista de confianza propia o intentos de ganar justicia por esfuerzo humano. Si el favor de Dios va a venirnos sin nuestro propio mérito, debe venir cuando dependemos no de nuestro propio mérito sino de los méritos de otro, y allí es precisamente cuando tenemos fe.

En el Nuevo Testamento, y especialmente en Pablo, se puede ver, no sólo el perdón de pecados, sino también *toda la vida cristiana* como resultado de la continua concesión divina de su gracia. Pablo puede decir: «por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Co 15:10). Lucas habla de Antioquía como el lugar en donde a Pablo y Bernabé «los había encomendado a la gracia de Dios para la obra que ya habían realizado» (Hch 14:26), indicando que la iglesia allí, al enviar a Pablo y a Bernabé, comprendieron que el éxito de su ministerio dependía de la continua gracia de Dios. Todavía más, las bendiciones de «gracia» en los lectores de Pablo es la bendición apostólica más frecuente en sus cartas (vea, por ej., Ro 1:7; 16:20; 1 Co 1:3; 16:23; 2 Co 1:2; 13:14; Gá 1:3; 6:18).

De modo similar, la *paciencia* de Dios se menciona en algunos de los pasajes citados arriba en conexión con la misericordia de Dios. El Antiguo Testamento frecuentemente habla de Dios como «lento para la ira» (Éx. 34:6; Nm 14:18; Sal 86:15; 103:8; 145:8; Jon 4:2; Nah 1:3; et al.). En el Nuevo Testamento Pablo habla «de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia» (Ro 2:4), y dice que Jesucristo mostró su «perfecta paciencia» hacia Pablo mismo como ejemplo para otros (1 Ti 1:16; cf. Ro 9:22; 1 P 3:20).

Nosotros también debemos imitar la paciencia de Dios y ser lentos para enojarnos (Stg 1:19), y ser pacientes en el sufrimiento como lo fue Cristo (1 P 2:20).

Debemos llevar la vida «con paciencia» (Ef 4:2), y en Gálatas 5:22 se incluye la «paciencia» en la lista de los frutos del Espíritu (vea también Ro 8:25; 1 Co 13:4; Col 1:11; 3:12; 2 Ti 3:10; 4:2; Stg 5:7-8; Ap 2:2-3; et al.). Como con la mayoría de los atributos de Dios que debemos imitar en la vida, la paciencia exige confianza momento tras momento en que Dios cumplirá sus promesas y propósitos en nuestras vidas en el tiempo que él ha escogido. Nuestra confianza que el Señor pronto cumplirá sus propósitos para nuestro bien y su gloria nos permitirá ser pacientes. Santiago hace esta conexión cuando dice: «Así también ustedes, manténganse firmes y aguarden con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca» (Stg 5:8).

9. Santidad. *La santidad de Dios quiere decir que él está separado del pecado y dedicado a mantener en alto su honor.* Esta definición contiene tanto una cualidad relacional (separación) y una cualidad moral (la separación es del pecado o mal, y la devoción es al bien del honor o gloria de Dios). La idea de santidad que incluye la separación del mal y devoción a la gloria de Dios se halla en varios pasajes del Antiguo Testamento. La palabra *santo* se usa para describir ambas partes del tabernáculo, por ejemplo. El tabernáculo mismo era un lugar separado del mal y del pecado del mundo, y el primer aposento en él se llamaba «Lugar Santo». Estaba dedicado al servicio de Dios. Pero luego Dios ordenó que hubiera un velo que separara el Lugar Santo del Lugar Santísimo (Éx 26:33). El Lugar Santísimo, en donde se guardaba el arca del pacto, era el lugar más separado del pecado y del mal, y más plenamente dedicado al servicio de Dios.

El lugar en donde Dios mismo moraba era en sí mismo santo: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en su lugar santo?» (Sal 24:3). El elemento de dedicación al servicio de Dios se ve en la santidad del sabbat: «El Señor bendijo y consagró el día de reposo» (o «lo santificó»; el verbo es una forma de *qadash* y quiere decir «santificar») (Éx. 20:11; cf. Gn 2:3). El sabbat fue santificado porque fue separado de las actividades ordinarias del mundo y dedicado al servicio de Dios. De la misma manera el tabernáculo y el altar, así como también Aarón y sus hijos, debían ser «santificados» (Éx 29:44), es decir, apartados de las tareas ordinarias y de la maldad y pecados del mundo y dedicados al servicio de Dios (cf. Éx 30:25-33).

Dios mismo es el Santísimo. Se le llama «el Santo de Israel» (Sal 71:22; 78:41; 89:18; Is 1:4; 5:19, 24; et al.). Los serafines alrededor del trono de Dios claman: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3). «¡Santo es el Señor nuestro Dios!» exclama el salmista (Sal 99:9; cf. 99:3, 5; 22:3).

La santidad de Dios provee el patrón para que su pueblo imite. Él les ordena: «Sean santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo» (Lv 19:2; cf. 11:44-45; 20:26; 1 P 1:16). Cuando Dios sacó a su pueblo de Egipto, los atrajo a sí mismo y les ordenó que obedecieran su voz, les dijo: «Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19:4-6). En este caso el concepto de la separación del mal y del pecado (que aquí incluyó de una manera muy contundente la separación de la vida en Egipto) y el concepto de la devoción a Dios (al servirle y obedecer sus estatutos) se ven en el ejemplo de una «nación santa».

Los creyentes del nuevo pacto también deben buscar «la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Heb 12:14) y saber que Dios nos aplica disciplina «a fin de que participemos de su santidad» (Heb 12:10). Pablo anima a los creyentes a separarse de la influencia dominante que produce la asociación estrecha con los que no creen (2 Co 6:14-18) y después los anima diciéndoles: «Purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, *para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación*» (2 Co 7:1; cf. Ro 12:1). Dios quiere que la iglesia crezca hasta «llegar a ser un templo santo en el Señor» (Ef 2:21), y la obra presente de Cristo por la iglesia es «para hacerla santa. ... para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, ... santa e intachable» (Ef 5:26-27). ¡No sólo los individuos, sino también la iglesia misma debe crecer en santidad!

Zacarías profetiza el día cuando todo lo de la tierra será «consagrado al Señor.». Dice:

En aquel día los cascabeles de los caballos llevarán esta inscripción: consagrado al Señor. Las ollas de cocina del templo del Señor serán como los tazones sagrados que están frente al altar del sacrificio. Toda olla de Jerusalén y de Judá será consagrada al Señor Todopoderoso» (Zac 14:20-21).

Cuando llegue ese tiempo, todo en la tierra será separado del mal, purificado del pecado, y dedicado al servicio de Dios en verdadera pureza moral.

10. Paz (u orden). En 1 Corintios 14:33 Pablo dice: «Dios no es Dios de confusión, sino de *paz*». Aunque tradicionalmente no se ha clasificado la «paz» y el «orden» como atributos de Dios, aquí Pablo indica otra cualidad que pudiéramos pensar como atributo particular de Dios. Pablo dice que las acciones que se caracterizan por «paz» y no por «confusión» (griego *akatastasia* palabra que significa «desorden, confusión, intranquilidad». Dios mismo es «el Dios de paz» ((Ro 15:33; 16:20; Flp 4:9; 1 Ts 5:23; Heb 13:20; cf. Ef 2:14; 2 Ts 3:16). Pero los que andan en maldad no tienen paz: «No hay paz para el malvado», dice el Señor» (Is 48:22; 57:21; cf. 59:8).

Sin embargo, cuando Dios mira con compasión a la gente que ama, la ve como «afligida, atormentada (LXX, *akatástatos*, «en desorden, en confusión»), y sin consuelo» (Is 54:11), y promete establecer sus cimientos con piedras preciosas (Is 54:11-12) y conducirlos en «paz» (Is 55:12). La proclamación del plan divino de redención contiene la promesa de paz para el pueblo de Dios (Sal 29:11; 85:8; 119:165; Pr 3:17; Is 9:6-7; 26:3; 57:19; Jn 14:27; Ro 8:6; 2 Ts 3:16; et al.). Es más, el tercer elemento que Pablo da en la lista como parte del fruto del Espíritu es «paz» (Gá 5:22).

La paz ciertamente no implica inactividad, porque fue en un tiempo de tan intenso crecimiento y actividad que Lucas pudo decir que «la iglesia disfrutaba de paz a la vez que se consolidaba en toda Judea, Galilea y Samaria, pues vivía en el temor del Señor. E iba creciendo» (Hch 9:31). Todavía más, aunque Dios es un Dios de paz también es el que «jamás duerme ni se adormece» (Sal 121:4). Es el Dios que está obrando continuamente (Jn 5:17); y aunque el cielo es un lugar de paz, es un lugar también de alabanza continua a Dios y de servicio a él.

Así que la paz de Dios se puede definir como sigue: *La paz de Dios quiere decir que en su ser y en sus acciones Dios está separado de toda confusión y desorden, y sin embargo está continuamente activo en innumerables acciones bien ordenadas, plenamente controladas y simultáneas.*

Esta definición indica que la paz de Dios no tiene que ver con inactividad, sino con actividad ordenada y controlada. Intervenir en actividad infinita de esta suerte, por supuesto, requiere la infinita sabiduría, conocimiento y poder de Dios.

Cuando entendemos de esta manera la paz de Dios, podemos ver una imitación de este atributo de Dios no sólo en «paz» como parte del fruto del Espíritu, según Gálatas 5:22-23, sino también en el último elemento mencionado en el fruto del Espíritu, es decir, «dominio propio» (Gá 5:23). Cuando nosotros, como pueblo de Dios, andamos en sus caminos, llegamos a conocer por experiencia mejor y más completamente que el reino de Dios en verdad es «justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (Ro 14:17), y podemos decir del camino de sabiduría de Dios: «Sus caminos son placenteros y en sus senderos hay paz» (Pr 3:17).

11. Justicia (o rectitud). En español los términos *rectitud* y *justicia* son palabras diferentes, pero en el Antiguo Testamento hebreo y en el Nuevo Testamento griego hay sólo una palabra detrás de estos dos términos castellanos. (En el Antiguo Testamento los términos traducen primordialmente formas del grupo de palabras *tse-dec*, y los del Nuevo Testamento del grupo de palabras *dikaíos*). Por consiguiente, estos dos términos se considerarán juntos al hablar de este atributo de Dios.

La justicia de Dios quiere decir que Dios siempre actúa de acuerdo con lo que es recto y él mismo es la norma final de lo que es recto.

Hablando de Dios, Moisés dice: «todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4). Abraham apela con éxito al propio carácter de justicia de Dios cuando dice: «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?» (Gn 18:25). Dios también habla y ordena lo que es recto: «Los preceptos del Señor son rectos: traen alegría al corazón» (Sal 19:8). Y Dios dice de sí mismo: «Yo, el Señor, digo lo que es justo, y declaro lo que es recto» (Is 45:19). Debido a la justicia de Dios, es necesario que trate a las personas conforme a lo que se merecen. Así que es necesario que Dios castigue el pecado, porque el pecado no merece recompensa; es malo y merece castigo.

Cuando Dios no castiga el pecado, parece indicar que es injusto, a menos que se puedan ver otros medios de castigar el pecado. Por eso Pablo dice que cuando Dios envió a Cristo como sacrificio para llevar el castigo del pecado, lo hizo «para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús» (Ro 3:25-26). Cuando Cristo murió para pagar la pena de nuestros pecados mostró que Dios era realmente justo, porque en efecto aplicó castigo apropiado al pecado, aunque perdonó a su pueblo sus pecados.

Con respecto a la definición de justicia dada arriba, podemos preguntar: ¿qué es «justo»? En otras palabras, ¿qué debe suceder en y qué debe ser? Aquí debemos responder que *lo que se conforma al carácter moral de Dios es justo*. Pero ¿por qué es que

todo lo que se conforma al carácter moral de Dios es justo? ¡Es justo porque se conforma a su carácter moral! Si Dios es la norma final de justicia, no puede haber norma fuera de Dios para medir la rectitud o la justicia. Él mismo es la norma final. (Esto es similar a la situación que encontramos respecto a la verdad y respecto a que Dios es la norma suprema de la verdad). Siempre que la Biblia enfrenta la pregunta de si Dios mismo es justo o no, la respuesta definitiva siempre es que las criaturas de Dios no tienen derecho de decir que Dios es injusto. La criatura no puede decir eso del Creador. Pablo responde a una pregunta muy difícil en cuanto a la justicia de Dios diciendo: «¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: “¿Por qué me hiciste así?” ¿No tiene derecho el alfarero de hacer del mismo barro unas vasijas para usos especiales y otras para fines ordinarios?» (Ro 9:20-21).

En respuesta a la pregunta de Job en cuanto a si Dios ha sido justo en sus tratos con él, Dios le responde: «¿Corregirá al Todopoderoso quien contra él contiene? ... ¿Vas acaso a invalidar mi justicia? ¿Me harás quedar mal para que tú quedes bien?» (Job 40:2, 8). Así que Dios responde *no* en términos de una explicación que le permitiría a Job *entender* por qué las acciones de Dios fueron justas, ¡sino más bien en términos de una declaración de la majestad y poder de Dios! Dios no necesita explicarle a Job la justicia de sus acciones, porque Dios es el Creador y Job es la criatura. «¿Tienes acaso un brazo como el mío? ¿Puede tu voz tronar como la mía?» (Job 40:9). «¿Alguna vez en tu vida le has dado órdenes a la mañana, o le has hecho saber a la aurora su lugar ...» (Job 38:12). «¿Puedes elevar tu voz hasta las nubes para que te cubran aguas torrenciales? ¿Eres tú quien señala el curso de los rayos? ¿Acaso te responden: “Estamos a tus órdenes”?» (Job 38:34-35). «¿Le has dado al caballo su fuerza?» (Job 39:19). «¿Es tu sabiduría la que hace que el halcón vuele y que hacia el sur extienda sus alas?» (Job 39:26). Job responde: «¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? ¡Me tapo la boca con la mano!» (Job 40:4).

No obstante, debe ser motivo de agradecimiento y gratitud darnos cuenta de que Dios posee tanto justicia como omnipotencia. Si fuera un Dios de perfecta justicia sin poder para poner en práctica esa justicia, no sería digno de adoración y no tendríamos ninguna garantía de que la justicia a la larga prevalecerá en el universo. Pero si fuera un Dios de poder ilimitado, y no hubiera justicia en su carácter, ¡qué inconcebiblemente horrible sería el universo! Habría injusticia en el centro de toda existencia y nada podría hacerse para cambiarlo. La existencia no tendría sentido, y nos veríamos lanzados a la más absoluta desesperanza. Por consiguiente, debemos continuamente agradecer y alabar a Dios por lo que él es, porque «*todos sus caminos son justos*. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4).

12. Celo. Aunque la palabra *celo* frecuentemente se usa en sentido negativo en castellano, también a veces tiene un sentido positivo. Por ejemplo, Pablo les dice a los corintios: «El celo que siento por ustedes proviene de Dios» (2 Co 11:2). Aquí el sentido es «fervientemente protector o vigilante». Tiene el significado de estar profundamente comprometido a procurar el honor o bienestar de alguien, sea de uno mismo o de otro.

La Biblia presenta a Dios como celoso de esta manera. Continúa y fervientemente procura proteger su honor. Le ordena a su pueblo que no se postre ante ídolos ni les sirva: «Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso» (Éx 20:5). Dios desea que se tribute adoración solamente a él y no a dioses falsos. Por consiguiente, le ordena al pueblo de Israel que derribe los altares de los dioses paganos de la tierra de Canaán por la siguiente razón: «No adores a otros dioses, porque el Señor es muy celoso. Su nombre es Dios celoso» (Éx 34:14; cf. Dt 4:24; 5:9).

Así que el celo de Dios se puede definir como sigue: *El celo de Dios quiere decir que Dios continuamente procura proteger su honor.*

Hay a quienes a veces no les gusta pensar que el celo sea un atributo de Dios. Esto se debe a que el celo por nuestro propio honor como seres humanos casi siempre es errado. No debemos ser orgullosos, sino humildes. Sin embargo debemos darnos cuenta de que el orgullo es malo por una razón teológica: no merecemos el honor que le pertenece sólo a Dios (cf. 1 Co 4:7; Ap 4:11).

No es errado que Dios proteja su honor, sin embargo, porque él se lo merece por completo. Dios reconoce que sus acciones en la creación y redención son hechas para honor suyo. Hablando de su decisión de retener el castigo de su pueblo, Dios dice: «Y lo he hecho por mí, por mí mismo. ¿Cómo puedo permitir que se me profane? ¡No cederé mi gloria a ningún otro!» (Is 48:11). Es saludable espiritualmente para nosotros cuando aceptamos de una vez el hecho de que Dios merece recibir de su creación todo honor y gloria, y que es justo que él busque su propio honor. Sólo él es infinitamente digno de ser alabado. Darse cuenta de este hecho y deleitarse en eso es haber hallado el secreto de la verdadera adoración.

13. Ira. Tal vez le sorprenda hallar cuán frecuentemente la Biblia habla de la ira de Dios. Sin embargo, si Dios ama todo lo que es justo y bueno, y todo lo que se conforma a su carácter moral, no debería sorprendernos que deteste todo lo que vaya contra su carácter moral. La ira de Dios dirigida contra el pecado está, por consiguiente, estrechamente relacionada con la santidad y justicia de Dios. La ira de Dios se puede definir como sigue: *La ira de Dios quiere decir que él detesta intensamente todo pecado.*

En los pasajes narrativos de la Biblia se encuentra frecuentemente descripciones de la ira de Dios, especialmente cuando el pueblo de Dios peca grandemente contra él. Dios ve la idolatría del pueblo de Israel y le dice a Moisés: «Ya me he dado cuenta de que éste es un pueblo terco ... Tú no te metas. Yo voy a descargar mi ira sobre ellos, y los voy a destruir» (Éx 32:9-10). Más adelante Moisés le dice al pueblo: «Recuerda esto, y nunca olvides cómo provocaste la ira del Señor tu Dios en el desierto. ... A tal grado provocaste su enojo en Horeb, que estuvo a punto de destruirte» (Dt 9:7-8; cf. 29:23; 2 R 22:13).

La doctrina de la ira de Dios en la Biblia, sin embargo, no está limitada al Antiguo Testamento como algunos han imaginado equivocadamente. Leemos en Juan 3:36: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que permanecerá bajo el castigo de Dios». Pablo dice: «Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos» (Ro 1:18; cf. 2:5, 8; 5:9; 9:22; Col 3:6; 1 Ts 1:10;

2:16; 5:9; Heb 3:11; Ap 6:16-17; 19:15). Muchos otros versículos del Nuevo Testamento también indican la ira de Dios contra el pecado.

Como con los demás atributos de Dios, éste es un atributo por el cual debemos agradecer y alabar a Dios. Tal vez no nos parezca de inmediato cómo se puede hacer esto, puesto que la ira parece ser un concepto tan negativo. Vista sola, despertaría sólo temor y pavor. Sin embargo es útil que preguntemos lo que sería Dios si fuera un Dios que no detesta el pecado. Sería un Dios que o bien se deleitaría en el pecado, o por lo menos no le molestaría. Tal Dios no sería digno de nuestra adoración, porque el pecado es aborrecible y *merece* que se le deteste. El pecado no debería ser. En verdad es una virtud detestar el mal y el pecado (cf. Heb 1:9; Zac 8:17; et al.), y nosotros correctamente imitamos este atributo de Dios cuando sentimos aborrecimiento contra la perversidad, la injusticia y el pecado.⁹

Todavía más, como creyentes no debemos temer la ira de Dios, porque aunque «como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios» (Ef 2:3), hemos confiado en Jesús, quien «nos libra del castigo venidero» (1 Ts 1:10; cf. Ro 5:10). Cuando meditamos en la ira de Dios, nos sobrecoge pensar que nuestro Señor Jesucristo llevó sobre sí la ira de Dios que merecía nuestro pecado, para que nosotros podamos ser salvos (Ro 3:25-26).¹⁰

Es más, al pensar en la ira de Dios también debemos tener presente su paciencia. En el Salmo 103 se mencionan juntas la paciencia y la ira: «El Señor es ... lento para la ira y grande en amor. No sostiene para siempre su querella ni guarda rencor eternamente» (Sal 103:8-9). De hecho, la demora de la ejecución de la ira de Dios sobre el mal es con el propósito de conducir a los seres humanos al arrepentimiento (véase Ro 2:4).

Así que cuando pensamos en la ira de Dios que vendrá, debemos simultáneamente estar agradecidos por su paciencia al esperar para ejecutar esa ira a fin de que más personas puedan salvarse: «El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan. Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En aquel día los cielos desaparecerán con un estruendo espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada» (2 P 3:9-10). La ira de Dios debería motivarnos a la evangelización y debería hacernos estar agradecidos de que Dios finalmente castigará toda maldad y reinará sobre nuevos cielos y una nueva tierra en los cuales no habrá ninguna injusticia.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

Espiritualidad

1. ¿Por qué a Dios le desagradan tanto los ídolos tallados, incluso los que tienen la intención de representarlo a él? ¿Cómo, entonces, debemos imaginarnos mentalmente a Dios o pensar de Dios cuando oramos?

⁹Es apropiado que respecto a esto consideremos «detestar el pecado pero amar al pecador», como lo dice un refrán popular.

¹⁰Vea en el capítulo 27, pp. 574-77 la explicación de cómo Cristo lleva la ira de Dios.

2. ¿Qué tiene nuestra cultura o nuestra manera de pensar hoy que nos hace pensar que el mundo físico es más real o más permanente que el mundo espiritual? ¿Qué podemos hacer para cambiar nuestra perspectiva intuitiva de la realidad del mundo espiritual?

Conocimiento

3. ¿Cuándo debemos tratar de esconder de Dios nuestros pensamientos y obras? ¿De qué modo es una bendición para su vida la respuesta a esta pregunta?
4. Respecto a las circunstancias de su vida, ¿cometerá Dios alguna vez un error, o se olvidará de planear de antemano, o no tomará en cuenta todas las contingencias que puedan suceder? ¿De qué modo es su respuesta a esta pregunta una bendición para su vida?
5. ¿Cuándo supo Dios que usted estaría en el lugar en que está ahora, leyendo esta oración, en este momento del día? ¿De qué modo es su respuesta a esta pregunta una bendición para su vida?

Sabiduría

6. ¿Realmente cree usted que Dios está obrando sabiamente hoy en su vida? ¿Y en el mundo? Si usted halla difícil creer esto a veces, ¿qué podría hacer usted para cambiar de actitud?

Veracidad

7. ¿Por qué algunos de nuestra sociedad, a veces incluso creyentes, son tan descuidados respecto a decir siempre la verdad? ¿Por qué a menudo no nos damos cuenta de que el mayor daño de todo lo que resulta al mentir es el hecho de que se deshonor a Dios? ¿Necesita usted pedirle a Dios ayuda para reflejar mejor la veracidad de Dios al expresarse en cosas como las siguientes: prometer pagarle a alguien; decir que estará en algún lugar a cierta hora; exagerar las cosas para hacer el relato más emocionante; ocuparse de recordar y ser fiel a lo que ha dicho en un compromiso de negocios; informar lo que otros han dicho o lo que usted piensa que alguna otra persona está pensando; expresar equitativamente el punto de vista de su opositor en una discusión?

Bondad

8. Recordando que todo bien y todo don perfecto viene de Dios (Stg 1:17), vea cuántos buenos dones de Dios puede anotar en un papel en cinco minutos. Cuando haya terminado, pregúntese cuán a menudo tiene una actitud de agradecimiento a Dios por la mayoría de esos dones. A su modo de pensar ¿por qué tendemos a olvidarnos que estas bendiciones vienen de Dios? ¿Qué podemos hacer para recordarlo más frecuentemente?

Amor

9. ¿Es apropiado definir el amor como «darse uno mismo» con respecto a nuestras relaciones interpersonales? ¿De qué maneras podría usted imitar el amor de Dios hoy?
10. ¿Es posible decidirse uno a amar alguien y luego llevar a la práctica esa decisión, o acaso el amor entre seres humanos depende de sentimientos emocionales espontáneos?

Misericordia

11. Para reflejar la misericordia de Dios más completamente, ¿a quién de entre sus conocidos pudiera mostrarle usted atención especial durante la semana entrante?

Santidad

12. ¿Hay actividades o relaciones en su patrón presente de vida que están estorbando su crecimiento en santidad porque le dificultan separarse del pecado y honrar a Dios?

Paz

13. Al pensar en reflejar la paz de Dios en su vida, piense primero en su estado emocional, mental y espiritual. ¿Puede usted decir que en general usted tiene la paz de Dios en el sentido de que su vida interior está libre de confusión y desorden, y está frecuente y continuamente activa en acciones bien ordenadas y bien controladas para promover la gloria de Dios? Después pregúntese lo mismo respecto a lo que pudiéramos llamar las «circunstancias externas» de su vida, es decir, sus relaciones en familia, sus relaciones con sus vecinos, sus actividades en sus estudios o su trabajo, o sus relaciones en las actividades de la iglesia. ¿Qué del cuadro general de su vida, visto como un todo? ¿Refleja su vida la paz de Dios? ¿Qué podría hacer usted para reflejar más completamente la paz de Dios?

Justicia

14. ¿Desea algunas veces que las leyes de Dios fueran diferentes de lo que son? Si es así, ¿refleja tal deseo un desagrado de algún aspecto del carácter moral de Dios? ¿Qué pasajes de la Biblia podría usted leer para convencerse más plenamente de que el carácter de Dios y sus leyes son justas en todo esto?

Celo

15. ¿Refleja usted instintivamente el celo de Dios por su honor cuando oye que se deshonra al Señor en la conversación, o en la televisión, o en otro contexto? ¿Qué podríamos hacer para profundizar nuestro celo por el honor de Dios?

Ira

16. ¿Debería encantarnos el hecho de que Dios es un Dios de ira que aborrece el pecado? ¿De qué maneras está bien que imitemos su ira, y de qué maneras está mal que lo hagamos?

TÉRMINOS ESPECIALES

amor	espiritualidad	paciencia
atributos comunicables	fidelidad	paz
atributos de ser	gracia	rectitud
atributos mentales	impasible	sabiduría
atributos morales	invisibilidad	santidad
autodeterminación	ira	teofanía
razonable	justicia	un solo acto sencillo y
bien	misericordia	eterno
bueno	omnisciencia	veracidad
celo	orden	visión beatífica
conocimiento		

BIBLIOGRAFÍA

Puesto que los capítulos 12 y 13 se relacionan tan estrechamente en el asunto de materia, el material bibliográfico para ambos se encuentra al final del capítulo 13.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Éxodo 34:6-7: *Pasando delante de él, el [Señor] proclamó: —El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación.*

Nota: la última sección de este pasaje habla de que Dios «castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos». Algunos tal vez querrían dejar fuera esta parte al memorizar el pasaje, pero debemos recordar que esto, también, es parte de la Biblia, y se escribió para nuestra edificación. Esta afirmación muestra la naturaleza horrible del pecado en la manera en que tiene efectos mucho más allá del pecador individual, pues daña también a los que rodean al pecador y también a generaciones futuras. Vemos esto de maneras trágicas en la vida ordinaria, en donde los hijos de los alcohólicos a menudo se vuelven alcohólicos, y los hijos de padres abusivos a menudo llegan también a ser padres abusivos.

Los creyentes que han recibido el perdón de Cristo no deben pensar que esta frase se les aplica a ellos, sin embargo, porque están en la otra categoría de personas mencionadas justo antes de esta sección como «culpables»; ellos están entre los «miles» a quienes Dios continuamente muestra «misericordia», y continuamente está «perdonando la iniquidad, la rebelión y el pecado» (v. 7). Cuando alguien viene a Cristo, la cadena del pecado queda rota. Estas son palabras importantes de Pedro que hay que recordar: «Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su

rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo» (1 P 1:18-19).

HIMNO

«Al Rey adorad»

Casi todo el himnario se podría usar para cantar sobre un aspecto u otro del carácter de Dios. Literalmente cientos de himnos serían apropiados. Sin embargo este himno contiene una lista de muchos de los atributos de Dios y los combina de tal manera que el himno merece que se cante muchas veces. La primera estrofa habla de la grandeza, amor, y gloria de Dios; la segunda estrofa habla de su amor y su gracia; y así sucesivamente. El himno está escrito como estímulo de unos a otros para que los creyentes canten, exhortándose mutuamente a adorar al grandioso Señor. Sin embargo, en el proceso de tal exhortación el canto en sí mismo contiene mucha alabanza elevada.

Al Rey adorad, grandioso Señor,
Y con gratitud cantad de su amor.
Anciano de días, nuestro Defensor
De gloria vestido, te damos loor.

Decid de su amor, su gracia cantad,
Vestido de luz y de majestad,
Su carro de fuego en las nubes mirad.
Son negras sus huellas en la tempestad.

¿Quién puede tu providencia contar
Pues tu aire me das para respirar?
En valles y en montes alumbra tu luz,
Y con gran dulzura me cuida Jesús.

Muy frágiles son los hombres aquí,
Mas por tu bondad confiamos en ti.
Tu misericordia ¡cuan firme!, ¡cuan fiel!
Creador nuestro, Amigo y Redentor es Él.

AUTOR: ROBERT GRANT, TRAD. S. L. HERNÁNDEZ
(COPIADO DE HIMNOS DE FE Y ALABANZA, #39)

El carácter de Dios: Atributos «comunicables» (Segunda Parte)

¿En qué forma es Dios como nosotros en atributos de voluntad y en atributos que resumen su excelencia?

En el capítulo previo consideramos los atributos de Dios que describen su *ser* (espiritualidad, invisibilidad) sus atributos *mentales* (conocimiento, sabiduría y veracidad), y sus atributos *morales* (bondad, amor, misericordia, santidad, paz, justicia, celo e ira). En este examinaremos los atributos de Dios de *propósito*, atributos que tienen que ver con la toma y ejecución de decisiones (voluntad, libertad y omnipotencia) y sus atributos *sumarios* (perfección, bienaventuranza, belleza y gloria).

D. Atributos de propósito

En esta categoría de atributos consideraremos primero la voluntad de Dios en general, luego la libertad de la voluntad de Dios, y finalmente la omnipotencia (o poder infinito) de la voluntad de Dios.

14. Voluntad. *La voluntad de Dios es el atributo de Dios por el cual él aprueba y determina realizar toda acción necesaria para la existencia y actividad de sí mismo y toda la creación.*

Esta definición indica que la voluntad de Dios tiene que ver con decidir y aprobar las cosas que Dios es y hace. Tiene que ver con las decisiones de Dios de qué hacer y qué no hacer.

a. La voluntad de Dios en general. La Biblia frecuentemente habla de la voluntad de Dios como la razón definitiva y suprema de todo lo que sucede. Pablo se refiere a Dios como el que «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). La frase que se traduce «todas las cosas» (*ta panta*) Pablo la usa frecuentemente para referirse a todo lo que existe y todo lo que hay en la creación (vea, por ejemplo, Ef 1:10, 23; 3:9; 4:10; Col 1:16 [dos veces], 17; Ro 11:36; 1 Co 8:6 [dos veces]; 15:27–28 [dos veces]).¹ La palabra que se traduce «hace» (*energeo* «obrar, llevar a la práctica, realizar, producir») es un participio presente y sugiere actividad continua. La frase se podría traducir más explícitamente: «que continuamente hace que se realice todo en el universo conforme al consejo de su voluntad».

¹La frase no siempre lleva ese significado (cf. Ro 11:32; 1Co 12:6; 2Co 12:19), pero en contexto en los que el alcance del pensamiento de Pablo es cósmico o universal por naturaleza (como en este pasaje), la frase no parece referirse muy claramente a todo en toda la creación.

Más específicamente, todo fue creado por la voluntad de Dios: «Tú creaste todas las cosas; *por tu voluntad existen y fueron creadas*» (Ap 4:11). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamentos hablan del gobierno humano como resultado de la voluntad de Dios: la voz del cielo le dice a Nabucodonosor que debe aprender «que el Altísimo es el soberano de todos los reinos del mundo, y que se los entrega a quien él quiere» (Dn 4:32), y Pablo dice que «no hay autoridad que Dios no haya dispuesto, así que las que existen fueron establecidas por él» (Ro 13:1).

La iglesia de Jerusalén creía que todos los acontecimientos conectados con la muerte de Cristo fueron conforme a la voluntad de Dios, porque en su oración dijeron: «En efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera» (Hch 4:27-28). La mención específica de varias partes involucradas en diferentes etapas de la crucifixión, juntos con la calidad indefinida del pronombre relativo plural «lo que» (griego *osa*, de *osos* «las cosas que») implican que no solo la muerte de Jesús sino todos los acontecimientos detallados en conexión con ella están incluidos en la siguiente declaración: la mano y la voluntad de Dios habían predestinado que sucedieran todas esas cosas.

A veces es la voluntad de Dios que los creyentes sufran, como se ve en 1 Pedro 3:17, por ejemplo: «*Si es la voluntad de Dios*, es preferible sufrir por hacer el bien que por hacer el mal». Luego, en el siguiente capítulo, Pedro dice: «Así pues, los que sufren *según la voluntad de Dios*, entréguense a su fiel Creador y sigan practicando el bien» (1 P 4:19). En este versículo la frase «según la voluntad de Dios» no puede referirse a la manera en que los creyentes soportan el sufrimiento, porque eso haría que el versículo esencialmente dijera: «Que los que sufren *mientras hacen el bien, hagan el bien* entréguense a su fiel Creador ...». Eso haría la frase «según la voluntad de Dios» redundante. Más bien, la frase «según la voluntad de Dios debe referirse al hecho de que los creyentes están sufriendo, de la misma manera que la «voluntad de Dios» se refería al sufrimiento en el capítulo previo (1 P 3:17).

Santiago nos anima a pensar que todos los acontecimientos de nuestras vidas están sujetos a la voluntad de Dios. A los que dicen: «Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero» Santiago les dice: «¡Ni siquiera saben qué sucederá mañana! ... Más bien, debieran decir: «*Si el Señor quiere*, viviremos y haremos esto o aquello» (Stg 4:13-15). Atribuir tantos acontecimientos, incluso acontecimientos malos, a la voluntad de Dios a menudo produce malos entendidos y dificultades para los cristianos. Algunas de las dificultades conectadas con este tema se considerarán aquí y otras en el capítulo 16, sobre la providencia de Dios.

b. Distinciones en los aspectos de la voluntad de Dios: (1) Voluntad obligada y voluntad libre. Algunas distinciones hechas en el pasado pueden ayudarnos a entender varios aspectos de la voluntad de Dios. Así como nosotros podemos decidir o escoger algo de buen grado o a regañadientes, con gusto o lamentando, en secreto o públicamente, Dios en la infinita grandeza de su personalidad puede querer diferentes cosas de diferentes maneras.

Una distinción útil que se aplica a los aspectos de la voluntad de Dios es la distinción entre la *voluntad necesaria* de Dios y la *voluntad libre* de Dios. La voluntad obligada de Dios incluye todo lo que él debe determinar conforme a su naturaleza. ¿Qué es lo que Dios determina obligatoriamente? Él se determina a sí mismo. Dios quiere eternamente ser, o desea ser, quien es y lo que es. Él dice: «YO SOY EL QUE SOY», o «YO SERÉ LO QUE SERÉ» (Éx 3:14). Dios *no puede* decidir ser diferente de lo que es ni dejar de existir.

La *voluntad libre* de Dios incluye todo lo que Dios determinó pero no tenía necesidad de determinar conforme a su naturaleza. Aquí debemos poner la decisión de Dios de crear el universo, y todas las decisiones relativas a los detalles de esa creación. Aquí debemos colocar también todos los actos redentores de Dios. No hay nada en la naturaleza de Dios que le exigiera crear el universo o redimir de la humanidad pecadora un pueblo para sí mismo (vea la lo que se dijo anteriormente respecto a la independencia de Dios). Sin embargo, Dios decidió crear y redimir, y estas fueron decisiones totalmente libres que tomó. Aunque entre los miembros de la Trinidad el amor, la comunión y gloria han existido de una medida infinita por toda la eternidad (vea Jn 17:5, 24), Dios decidió crear el universo y redimírnos para su gloria (cf. Is 43:7; 48:9-11; Ro 11:36; 1 Co 8:6; Ef. 1:12; Ap 4:11). Sería un error tratar de hallar en el mismo ser de Dios una causa que lo obligara a crear o redimir, porque eso sería negar la independencia total Dios. Sería decir que sin nosotros Dios no podría ser verdaderamente Dios. Las decisiones de Dios de crear y redimir fueron decisiones totalmente libres.

(2) Voluntad secreta y voluntad revelada. Otra distinción útil que se aplica a los diferentes aspectos de la voluntad de Dios es la distinción entre la *voluntad secreta* de Dios y su *voluntad revelada*. Incluso en nuestra propia experiencia sabemos que podemos querer algunas cosas en secreto y esperar antes de dar a conocer a otros que la deseamos. A veces les decimos a otros antes de que tenga lugar lo que hemos deseado, y en otras ocasiones no revelamos nuestra voluntad secreta sino hasta después de que lo que queríamos tuvo lugar.

Es cierto que una distinción entre diferentes aspectos de la voluntad de Dios es evidente en muchos pasajes bíblicos. Según Moisés: «*Lo secreto* le pertenece al Señor nuestro Dios, pero *lo revelado* nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que obedezcamos todas las palabras de esta ley» (Dt. 29:29). Lo que Dios ha revelado nos es dado con el propósito de que hagamos la voluntad de Dios, «para que obedezcamos todas las palabras de esta ley». Hubo muchos otros aspectos de su plan, sin embargo, que él no nos ha revelado; muchos detalles de eventos futuros, detalles específicos de adversidad o bendición en la vida, y cosas por el estilo. Respecto a estos asuntos, simplemente debemos confiar en él.

Debido a que la voluntad revelada de Dios por lo general contiene sus mandamientos o «preceptos» para nuestra conducta moral, a la voluntad revelada de Dios a veces se le llama la *voluntad de precepto* o voluntad de mandamiento de Dios. Esta voluntad revelada de Dios es la voluntad declarada de Dios respecto a lo que nosotros debemos hacer o lo que Dios nos ordena hacer.

Por otro lado, la voluntad secreta de Dios por lo general incluye sus decretos ocultos por los que él gobierna el universo y determina todo lo que sucederá. Ordinariamente no nos revela esos decretos (excepto en las profecías que han de cumplirse), así que estos decretos realmente son la voluntad «secreta» de Dios. Halamos lo que Dios ha decretado cuando los acontecimientos tienen lugar en la realidad. Debido a que esta voluntad secreta de Dios tiene que ver con sus decretos de acontecimientos en el mundo, a este aspecto de la voluntad de Dios a veces se le llama *la voluntad de decreto* de Dios.²

Hay varias instancias en las que la Biblia menciona la voluntad revelada de Dios. En el Padre Nuestro la petición «*hágase tu voluntad* en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10) es una oración en que se pide que los seres humanos obedezcan en la tierra la voluntad *revelada* de Dios, sus mandamientos, tal como se obedecen en el cielo (es decir, total y completamente). Esto no podría ser una oración pidiendo que se cumpla la voluntad secreta de Dios (es decir, sus decretos en cuanto a acontecimientos que ha planeado), porque lo que Dios ha decretado en su voluntad secreta de todos modos sucederá. Pedir que Dios haga suceder lo que ya ha decretado que suceda sería como orar: «Que lo que va a suceder suceda». Sería una oración verdaderamente hueca, porque en realidad no se estaría pidiendo nada. Es más, puesto que no sabemos la voluntad secreta de Dios respecto al futuro, quien eleve una oración pidiendo que se cumpla la voluntad secreta de Dios no sabría lo que está pidiendo. Sería una oración sin contenido comprensible y sin efecto. Más bien, la oración «*hágase tu voluntad*» se debe entender como una apelación a que se cumpla en la tierra la voluntad *revelada* de Dios.

Si se entiende de esta manera esta frase, eso provee un patrón para que oremos según los mandamientos de Dios en la Biblia. En este sentido, Jesús nos provee una guía para una amplitud de peticiones de oración supremamente amplia. Cristo nos anima aquí a orar que los seres humanos obedezcan las leyes de Dios, que sigan sus principios para la vida, que obedezcan sus mandamientos de arrepentirse del pecado y confiar en Cristo como Salvador. Orar estas cosas es orar que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.

Un poco más adelante Jesús dice: «No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que hace la *voluntad* de mi Padre que está en el cielo» (Mt 7:21). De nuevo, la referencia no puede ser a la voluntad secreta de Dios ni a la voluntad de decreto (porque toda la humanidad sigue esto, aunque no lo sepa), sino la voluntad *revelada* de Dios, es decir, la ley moral de Dios que los seguidores de Cristo deben obedecer (cf. Mt 12:50; probablemente también 18:14). Cuando Pablo manda a los efesios que «entiendan *cuál es la voluntad del Señor*» (Ef 5:17; cf. Ro 2:18), de nuevo está hablando de la voluntad revelada de Dios. También Juan cuando dice: «Si pedimos *conforme a su voluntad*, él nos oye» (1 Jn 5:14).

Probablemente es mejor poner 1 Timoteo 2:4 y 2 Pedro 3:9 en esta categoría también. Pablo dice que Dios «*quiere* [o «desea, anhela», gr. *tzelo*] que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad» (1 Ti 2:4). Pedro dice que «el Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se

²Vea la consideración de los decretos de Dios en el capítulo 16, pp. 346-47.

arrepientan» (2 P 3:9). En ninguno de estos versículos se puede entender la voluntad de Dios como su voluntad secreta, su decreto respecto a lo que con certeza va a suceder. Esto se debe a que el Nuevo Testamento dice claramente que habrá un juicio final y no todos serán salvos. Es mejor, por consiguiente, decir que estas son referencias a la *voluntad revelada* de Dios, sus mandamientos que la humanidad debe obedecer y su declaración a nosotros de lo que es agradable a su vista.

Por otro lado, muchos pasajes hablan de la voluntad secreta de Dios. Cuando Santiago nos dice que digamos: «*Si el Señor quiere*, viviremos y haremos esto o aquello» (Stg 4:15), no puede estar hablando de la voluntad revelada de Dios o su voluntad de precepto, porque respecto a muchas de nuestras acciones nosotros *sabemos* que están de acuerdo al mandamiento de Dios que hagamos una u otra actividad que hemos planeado. Más bien, confiar en la voluntad secreta de Dios vence el orgullo y expresa dependencia humilde en el control soberano de Dios sobre lo que nos sucede en la vida.

Otro ejemplo se halla en Génesis 50:20. José le dice a sus hermanos: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente». Aquí la voluntad *revelada* de Dios a los hermanos de José era que ellos debían amarlo y no privarle de los suyo ni venderlo como esclavo o planear asesinarlo. Pero la voluntad *secreta* de Dios fue que la desobediencia de los hermanos de José resultara en un mayor bien cuando José, habiendo sido vendido como esclavo y llevado a Egipto, adquirió autoridad sobre la tierra y pudo salvar a su familia.

Cuando Pablo les dice a los corintios: «*Si Dios quiere*, iré a visitarlos muy pronto» (1 Co 4:19), no está hablando de la voluntad revelada de Dios, porque Pablo ya había determinado, en obediencia a Dios y en cumplimiento de su oficio apostólico, ir a visitar a los corintios. Está hablando más bien de la voluntad secreta de Dios, su plan oculto para el futuro, que Pablo desconocía y que se conocería sólo cuando se sucediera (cf. Hch 21:14; Ro 1:10; 15:32; Ef 1:11; 1 P 3:17; 4:19).³

Se dice que tanto el revelar las buenas noticias del evangelio a algunos y ocultarlas de otros es conforme a la voluntad de Dios. Jesús dice: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, *porque esa fue tu buena voluntad*» (Mt 11:25-26). Esto de nuevo debe referirse a la voluntad secreta de Dios, porque su voluntad revelada es que todos alcancen la salvación. En efecto, apenas dos versículos más adelante, Jesús le ordena a todos: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mt 11:28). Tanto Pablo como Pedro nos dicen que Dios quiere que todos sean salvos (vea 1 Ti 2:4; 2 P 3:9). Así que el hecho de que algunos no son salvos y que para algunos el evangelio está oculto se debe entender se debe tomar como que está de acuerdo con la voluntad secreta de Dios, desconocida para nosotros e inapropiado que nosotros hurguemos en ella. De la misma manera, debemos entender la mención de la voluntad de Dios en Romanos 9:18 («Así que Dios tiene misericordia de quien él

³En Ef 1:9-10 Pablo dice que Dios «nos hizo conocer el misterio de su voluntad ... reunir en él todas las cosas». Aquí nos dice que parte de la voluntad secreta de Dios se convirtió en la voluntad revelada de Dios porque Dios la dio a conocer a los apóstoles y luego a la iglesia.

quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer») y Hechos 4:28 («para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera») como referencias a la voluntad secreta de Dios.

Hay un peligro al decir que hay acontecimientos que se producen conforme a la voluntad de Dios, aunque vemos que la Biblia habla de ellos de esa manera. Un peligro es que podemos empezar a pensar que Dios se deleita en el mal, lo que no es cierto (vea Ez 33:11), aunque él puede usarlo para sus propósitos buenos (vea capítulo 16 para mayor consideración). Otro peligro es que podemos empezar a echarle a Dios la culpa del pecado, en lugar de a nosotros mismos, o pensar que no somos responsables de nuestras acciones de maldad. La Biblia, sin embargo, no vacila en unir afirmaciones de la voluntad soberana de Dios con afirmaciones de la culpabilidad del hombre que hace el mal. Pedro pudo decir en la misma oración que Jesús «fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios, y también decir que *«por medio de gente malvada, ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz»* (Hch 2:23). La misma declaración afirma la oculta voluntad de decreto de Dios y la culpabilidad de la «gente malvada» al realizarla. Comoquiera que entendamos el teje y maneje secreto de la voluntad oculta de Dios, nunca debemos pensar que implica que somos libres de culpa en cuanto a maldad, ni que se le puede echar a Dios la culpa del pecado. La Biblia nunca habla de esa manera, y nosotros tampoco podemos hacer ni lo uno ni lo otro, aunque cómo puede ser así siga siendo un misterio para nosotros en esta edad.⁴

15. Libertad. *La libertad de Dios es el atributo de Dios que le permite hacer lo que quiere.* Esta definición implica que nada en toda la creación puede estorbar que Dios haga su voluntad. Este atributo de Dios está, por consiguiente, estrechamente relacionado con su voluntad y su poder. Sin embargo este aspecto de libertad enfoca el hecho de que a Dios no lo restringe nada externo a sí mismo y que es libre de hacer lo que quiera hacer. No hay ni persona ni fuerza que jamás pueda dictarle a Dios lo que debe hacer. Él no está bajo ninguna autoridad ni restricción externa.

La libertad de Dios se menciona en el Salmo 115, en donde su gran poder se contrasta con la debilidad de los ídolos: «Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca» (Sal 115:3). Los gobernantes humanos no pueden levantarse contra Dios y oponerse en efecto a su voluntad, porque «En las manos del Señor el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el Señor le ha trazado» (Pr 21:1). De modo similar, Nabucodonosor aprende en su arrepentimiento que es verdad decir de Dios: «Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos» (Dn 4:35).

Debido a que Dios es libre no debemos tratar de buscar alguna otra respuesta mejor a las acciones de Dios en la creación que el hecho de que él quiso hacer algo y que su voluntad tiene perfecta libertad (siempre y cuanto las acciones que realiza vayan de acuerdo con su carácter moral). A veces algunos tratan de descubrir por

⁴Vea capítulo 16, pp. 322-30, 343 para mayor consideración de la relación entre la voluntad de Dios y el mal. Vea también el excelente ensayo de John Piper, «Are There Two Wills in God? Divine Election and God's Desire for All to Be Saved», in *The Grace of God, the Bondage of the Will* vol. 2, ed. por Tom Schreiner y Bruce Ware (por publicarse: Baker, Grand Rapids, 1995).

qué Dios tiene que hacer una u otra cosas (tal como crear el mundo o salvarnos). Es mejor simplemente decir que fue la totalmente libre voluntad de Dios (obrando de una manera que está de acuerdo con su carácter) la razón final por la que escogió crear el mundo y salvar a los pecadores.

16. Omnipotencia (poder, soberanía). *La omnipotencia de Dios quiere decir que Dios puede hacer toda su santa voluntad.* La palabra *omnipotencia* se deriva de dos palabras latinas: *omni*, «todo» y *potens*, «poderoso», y quiere decir «todopoderoso». En tanto que la libertad de Dios se refiere al hecho de que no hay ninguna restricción externa a las decisiones de Dios, la omnipotencia de Dios se refiere al poder que tiene para hacer todo lo que decida hacer.

En la Biblia se menciona frecuentemente este poder. Dios es «El Señor, el fuerte y valiente, el Señor, el valiente guerrero» (Sal 24:8). La pregunta retórica «¿Acaso hay algo imposible para el Señor?» (Gn 18:14; Jer 32:27) ciertamente implica (en el contexto en que aparece) que nada es demasiado difícil para el Señor. Por cierto, Jeremías dice de Dios: «Para ti *no hay nada imposible*» (Jer 32:17).

Pablo dice que Dios «puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir» (Ef 3:20), y que a Dios se le llama el «todopoderoso» (2 Co 6:18; Ap 1:8), término (gr. *pantokrátor*), *que sugiere la posesión de todo poder y autoridad.* Es más, el ángel Gabriel le dice a María que «para Dios *no hay nada imposible*» (Lc. 1:37), y Jesús dice: «para Dios *todo es posible*» (Mt 19:26).

Estos pasajes indican que el poder de Dios es infinito, y que por consiguiente no está limitado a hacer sólo lo que ya ha hecho. Es más, Dios puede hacer mucho más de lo que hace. Por ejemplo, Juan el Bautista dice en Mateo 3:9: «Aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham». Dios es el que «puede hacer lo que le parezca» (Sal 115:3); pudo haber destruido a Israel y haber levantado de Moisés una gran nación (cf. Éx 32:10), pero no lo hizo.

Sin embargo, hay algunas cosas que Dios no puede hacer. Dios no deseará ni hará nada contrario a su carácter. Por eso la definición de omnipotencia se indica en términos de la capacidad de Dios para hacer «toda su santa voluntad». No es absolutamente cualquier cosa lo que Dios sea capaz de hacer, sino todo lo que esté de acuerdo con su carácter. Por ejemplo, Dios no puede mentir. En Tito 1:2 se le llama (literalmente) «el Dios que no miente», o el «Dios que jamás miente». El autor de Hebreos dice que en el juramento y la promesa «es imposible que Dios mienta» (Heb 6:18, traducción del autor). 2 Timoteo 2:13 dice que Cristo «no puede negarse a sí mismo». Es más, Santiago dice: «Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie» (Stg 1:13). Así que Dios no puede mentir, ni pecar, ni negarse a sí mismo, ni ser tentado por el mal. No puede dejar de existir ni dejar de ser Dios, ni actuar de alguna manera que no esté de acuerdo con alguno de sus atributos.

Esto quiere decir que no es enteramente exacto decir que Dios puede hacer cualquier cosa. Incluso los pasajes bíblicos citados arriba que usan frases similares a esta se deben entender en sus contextos, como que quieren decir que Dios puede hacer todo lo que quiera hacer o cualquier cosa que vaya de acuerdo con su carácter. Aunque el poder de Dios es infinito, su uso de ese poder queda determinado por sus otros atributos (tal como todos los atributos de Dios determinan todas sus

acciones). Esto es, por consiguiente, otro ejemplo en donde habría un malentendido si se aísla un atributo del resto del carácter de Dios, o si se recalca de una manera desproporcionada.

Al ejercicio de Dios de poder sobre su creación también se le llama la *soberanía* de Dios. Dios es soberano en el ejercicio de su gobierno (como «soberano» o «rey») sobre su creación. Este tema se considerará con más detalle en el capítulo 16, sobre la providencia de Dios.

Al concluir nuestra consideración de los atributos de propósito de Dios, es apropiado darnos cuenta de que él nos ha hecho de tal manera que mostramos en nuestras vidas un pálido reflejo de cada uno de ellos. Dios nos ha hecho criaturas con *voluntad*. Optamos por alternativas y tomamos decisiones reales respecto a los acontecimientos de la vida. Aunque nuestra voluntad no es absolutamente libre de la manera en que la de Dios es, Dios con todo nos ha dado una *libertad relativa* dentro de nuestras esferas de actividad en el universo que él ha creado.

Es más, tenemos un sentido intuitivo que es nuestra capacidad de ejercer nuestra voluntad y tomar decisiones, y hacerlo de una manera relativamente libre, que es una de las marcas más significativas de la semejanza de Dios en nuestra existencia. Por supuesto, nuestro deseo de ejercer nuestra voluntad y nuestro deseo de ser libres de restricciones puede mostrarse de maneras pecaminosas. Los seres humanos pueden volverse arrogantes y pueden desear una clase de libertad que incluye rebelión contra la autoridad de Dios y una negativa a obedecer su voluntad. Con todo, cuando usamos nuestra voluntad y nuestra libertad para tomar decisiones que agradan a Dios, reflejamos su carácter y lo glorificamos. Cuando gobiernos perversos u otras circunstancias privan a los seres humanos de su capacidad para tomar decisiones libres, se suprime una parte significativa de su semejanza a Dios. No es sorprendente que pagarían casi cualquier precio para recuperar su libertad. El grito del revolucionario estadounidense Patrick Henry: «¡Denme libertad o denme muerte!» halla eco muy dentro de toda alma creada a imagen de Dios.

Por supuesto, no tenemos poder infinito ni omnipotencia, como tampoco tenemos libertad infinita ni ninguno de los otros atributos de Dios en un grado infinito. Pero aunque no tengamos omnipotencia, Dios nos ha dado *poder* para producir resultados, poder físico y otras clases de poderes: poder mental, poder espiritual, poder de persuasión, y poder en varias clases de estructuras de autoridad (familia, iglesia, gobierno civil y cosas por el estilo). En todos estos aspectos, el uso del poder de maneras que agradan a Dios y en consistencia con su voluntad de nuevo es algo que le da gloria porque refleja su propio carácter.

E. Atributos «sumarios»

17. Perfección. *La perfección de Dios quiere decir que Dios posee completamente todas las cualidades excelentes y no carece de ninguna parte de ninguna calidad que sea deseable para él.*

Es difícil decidir si esto se debería mencionar como un atributo separado o simplemente incluirlo en la descripción de otros atributos. Algunos pasajes dicen que Dios es «perfecto» o «completo». Jesús nos dice: «Por tanto, sean perfectos, *así como*

su Padre celestial es perfecto» (Mt 5:48). David dice de Dios: «El camino de Dios es *perfecto*» (Sal 18:30; cf. Dt 32:4). Hay algún precedente bíblico, por consiguiente, para indicar explícitamente que a Dios no le falta nada en su excelencia; él posee por completo todos sus atributos y no le falta nada de ninguno de esos atributos. Es más, no hay ninguna calidad de excelencia que sería deseable que Dios tuviera y que no tenga; él es «completo» o «perfecto» en toda manera.

Este atributo es el primero de los que se clasifican como atributos «sumarios» porque no encajan bien con ninguna de las otras categorías que hemos mencionado. Aunque todos los atributos de Dios modifican a todos los demás en algún sentido, los que encajan en esta categoría parecen aplicarse más directamente a todos los atributos o describir algún aspecto de todos los atributos de modo que vale la pena declararlo explícitamente.

18. Bienaventuranza. Ser «bendito» [*bienaventurado*], RVR 1960] es ser feliz en un sentido muy pleno y rico. A menudo la Biblia habla de la bendición de los que andan en los caminos de Dios. En 1 Timoteo Pablo llama a Dios «único y *bendito* Soberano» (1 Ti 6:15) y habla del «glorioso evangelio que el Dios *bendito* me ha confiado» (1 Ti 1:11). En ambos casos la palabra no es *eulogetós* (que a menudo se traduce «bendito»), sino *macarios* (que quiere decir «feliz»).

Entonces, la bendición o dicha de Dios se puede definir como sigue: *La bienaventuranza o dicha de Dios significa que Dios se deleita plenamente en sí mismo y en todo lo que refleja su carácter.* En esta definición la idea de la felicidad o bienaventuranza de Dios se conecta directamente a su propia persona como el foco de todo lo que es digno de gozo o deleite. Esta definición indica que Dios es perfectamente feliz, y que tiene plenitud del gozo en sí mismo.

La definición refleja el hecho de que Dios se complace en todo lo de la creación que refleja su excelencia. Cuando terminó su obra de creación miró a todo lo que había hecho y dijo que era «muy bueno» (Gn 1:31). Esto indica el deleite de Dios y su aprobación de su creación. Después, en Isaías leemos una promesa del gozo futuro de Dios sobre su pueblo: «Como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Is 62:5; cf. Pr 8:30-31; Sof 3:17).

Al principio puede parecer extraño, e incluso de alguna manera desencantador que cuando Dios se regocija en su creación, o incluso cuando se regocija en nosotros, en realidad es un reflejo de sus cualidades excelentes en las cuales está regocijándose. Pero cuando recordamos que la suma de todo lo que es deseable o excelente se halla en medida infinita en Dios mismo, nos damos cuenta de que no podía ser de otra manera; *Todo lo que sea excelente en el universo, todo lo que es deseable, debe en última instancia proceder de él, porque él es el Creador de todo y es la fuente de todo bien.* «*Toda buena dádiva y todo don perfecto* descenden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Stg 1:17).

Debemos, por consiguiente, decirnos a nosotros, como Pablo les dijo a los corintios: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?» (1 Co 4:7). «Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén» (Ro 11:36).

Nosotros imitamos la dicha o bienaventuranza de Dios cuando hallamos deleite y felicidad en todo lo que es agradable a Dios, tanto en esos aspectos de la vida que agradan a Dios como en las obras de otros. De hecho, cuando somos agradecidos y nos deleitamos en destrezas específicas, preferencias y otras características con las que Dios nos ha creado como individuos, también imitamos su atributo de bienaventuranza. Es más, imitamos la bienaventuranza o dicha de Dios al regocijarnos en la creación conforme refleja varios aspectos de su carácter excelente. Y hallamos nuestra mayor bienaventuranza, nuestra mayor felicidad, al deleitarnos en la fuente de toda buena cualidad: Dios mismo.

19. Belleza. *La belleza de Dios es ese atributo por el que él es la suma de todas las cualidades deseables.* Este atributo de Dios ha estado implícito en varios de los atributos precedentes, y se relaciona especialmente con la perfección de Dios. Sin embargo, la perfección de Dios se definió de tal manera que muestra que a él no le falta nada que sería deseable en él. Este atributo, belleza, se define de una manera positiva para mostrar que Dios en efecto posee toda cualidad deseable: «perfección» quiere decir que a Dios no le falta nada deseable; «belleza» quiere decir que Dios tiene todo lo deseable. Son dos maneras de expresar la misma verdad.

No obstante, hay valor en afirmar este aspecto positivo de que Dios posee todo lo que sea deseable. Nos recuerda que todos nuestros deseos buenos y justos, todos los deseos que deberían estar en nosotros o en cualquier otra criatura, hallan su satisfacción suprema en Dios y en nadie más.

David habla de la belleza del Señor en Salmo 27:4: «Una sola cosa le pido al Señor, y es lo único que persigo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar *la hermosura del Señor* y recrearme en su templo». Una idea similar se expresa en otro salmo: «¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra» (Salmo 73:25). En ambos casos, el salmista reconoce que su deseo de Dios, que es la suma de todo lo deseable, supera con mucho todos los demás deseos. Este deseo culmina en anhelo de estar cerca de Dios y disfrutar de su presencia para siempre. Así que la más grande bendición de la ciudad celestial será ésta: «Lo verán cara a cara» (Ap 22:4).

Anne R. Cousin ciertamente tuvo una correcta perspectiva apropiada, porque en la última estrofa de su himno «The Sands of Time Are Sinking» (Las arenas del tiempo se están hundiendo) ella escribió:

Los ojos de la novia y no su vestido,
Sino la cara de su amado novio.
No contemplaré en la gloria,
Sino la gracia de mi Rey;
No en la corona que él da,
Sino en su mano perforada;
El Cordero es toda la gloria
De la tierra de Emanuel.

Nosotros reflejamos la belleza de Dios en la vida cuando exhibimos conducta que le agrada. Por eso Pedro les dice a las esposas en las iglesias a las cuales les

escribe que su «belleza» (es decir, su fuente de belleza) debería ser «la que procede de lo íntimo del corazón y consiste en un espíritu suave y apacible. Ésta sí que tiene mucho valor delante de Dios» (1 P 3:4). De modo similar, Pablo instruye a los criados que por su conducta «hagan honor a la enseñanza de Dios nuestro Salvador» (Tit 2:10).

La belleza en nuestras vidas es tan importante para Cristo que su propósito ahora es santificar a toda la iglesia «para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable» (Ef 5:27). Así que individualmente y en conjunto reflejamos la belleza de Dios en toda manera en que exhibimos su carácter. Cuando reflejamos su carácter, él se deleita en nosotros y halla esto hermoso.

Pero también nos deleitamos en la excelencia de Dios al verla manifestada en la vida de nuestros hermanos y hermanas en el Señor. Por consiguiente, es correcto sentir gozo y deleite en la comunión de unos con otros, y este gozo se ahonda conforme aumenta nuestra conformidad a la vida de Cristo. Es correcto que anhelemos estar en comunión con el pueblo de Dios en el cual se manifiesta el carácter de Dios, porque cuando nos deleitamos en la santidad del pueblo de Dios, en última instancia nos deleitamos en Dios mismo al ver su carácter evidenciado en la vida de su pueblo.

20. Gloria. En cierto sentido la palabra *gloria* sencillamente significa «honor» o «reputación excelente». Este es el significado del término en Isaías 43:7, donde Dios habla de sus hijos «al que yo he creado para mi *gloria*», o Romanos 3:23, que dice que «todos han pecado y están privados de la *gloria* de Dios». También tiene ese significado en Juan 17:5, en donde Jesús habla al Padre de «la *gloria* que tuve contigo antes de que el mundo existiera», y en Hebreos 1:3, que dice que el Hijo «es el resplandor de la *gloria* de Dios». En este sentido, la gloria de Dios no es exactamente un atributo de su ser sino que más bien describe el honor superlativo que debe darle a Dios todo en el universo (incluyendo, en Heb 1:3 y Jn 17:5, el honor que comparten los miembros de la Trinidad). Pero no es ese el sentido de la palabra *gloria* que nos concierne en esta sección.

En otro sentido la «gloria» de Dios quiere decir la luz brillante que rodea la presencia de Dios. Puesto que Dios es espíritu, y no energía o materia, esta luz visible no es parte del ser de Dios sino algo que fue creado. Podemos definirla como sigue: *La gloria de Dios es el resplandor creado que rodea la revelación de Dios de sí mismo.*

Este «atributo» de Dios en realidad no es un atributo de Dios en el sentido que los demás lo fueron, porque aquí estamos hablando no del propio carácter de Dios sino de la luz *creada* o brillo que rodea a Dios al manifestarse a sí mismo en su creación. Así que la gloria de Dios en este sentido no es en realidad un atributo de Dios en sí mismo. No obstante, la gloria de Dios es algo que le pertenece sólo a él y es la apropiada expresión externa de su excelencia. Parece apropiado, por consiguiente, tratarla aquí inmediatamente después de los atributos de Dios.

La Biblia a menudo habla de la gloria de Dios. David pregunta: «¿Quién es este Rey de la gloria? Es el Señor Todopoderoso; ¡él es el Rey de la gloria!» (Sal 24:10). Leemos en Salmo 104:1-2: «Señor mi Dios, tú eres grandioso; te has revestido de

gloria y majestad. Te cubres de luz como con un manto ...» En el Antiguo Testamento frecuentemente se menciona esta gloria de Dios.

Se la menciona nuevamente en el Nuevo Testamento en conexión con la anunciación del nacimiento de Jesús a los pastores: «Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. *La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor*» (Lc 2:9). La gloria de Dios también fue evidente en la transfiguración de Cristo (cf. Mt 17:2), y hallamos en la ciudad celestial venidera que «La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque *la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera*» (Ap 21:23).

Es muy apropiado que la revelación de Dios de sí mismo vaya acompañada de tal esplendor y resplandor, porque esta gloria de Dios es la manifestación visible de la excelencia del carácter de Dios. La grandeza del ser de Dios, la perfección de todos sus atributos, es algo que nunca podremos captar plenamente, pero ante lo cual podemos sólo quedarnos pasmados de asombro y en adoración. De este modo, es apropiado en verdad que la manifestación visible de Dios sea tal que nosotros no podamos contemplarla por completo, y que sea tan brillante que recaba gran deleite y profundo asombro de nosotros cuando la contemplamos sólo en parte.

Es asombroso, pero Dios nos hizo para que reflejemos su gloria. Pablo nos dice que incluso ahora en la vida cristiana estamos siendo «transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu» (2 Co 3:18; cf. Mt 5:16; Flp 2:15). Aunque no nos hallamos ahora rodeados de una luz visible, hay un resplandor, un esplendor o una belleza en la forma de vivir del que ama profundamente a Dios, y esto a menudo es evidente a los que nos rodean. En la vida venidera, tal resplandor se intensificará, de modo que cuando reinemos con Cristo parece que también recibiremos una apariencia externa que será apropiada para ese reino y a nuestra situación como portadores de la imagen de Dios y siervos del Señor Jesucristo (cf. Pr 4:18; Dn 12:3; Mt 13:43; 1 Co 15:43).⁵

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

Voluntad, Libertad

1. Conforme los hijos crecen hacia la edad adulta, ¿cuáles son las maneras apropiadas e inapropiadas de que ellos muestren en sus vidas un ejercicio cada vez mayor de la voluntad y libertad individual del control paternal? ¿Se debe esperar esto como evidencia de nuestra creación a imagen de Dios?

Poder

2. Si el poder de Dios es la capacidad de hacer lo que quiere hacer, ¿es poder para nosotros la facultad de obedecer la voluntad de Dios y producir en el mundo resultados que le agradan? Mencione varias maneras en las cuales podemos aumentar tal poder en nuestras vidas.

⁵Vea la explicación de la glorificación, en el capítulo 42, pp. 828-39.

Perfección

3. ¿De qué manera el atributo de perfección de Dios nos recuerda que nunca podremos estar satisfechos con reflejar sólo algo del carácter de Dios en nuestras vidas? ¿Puede usted describir algunos aspectos de lo que sería «ser perfecto» como nuestro Padre celestial es perfecto, respecto a su propia vida?

Bienaventuranza

4. ¿Está usted feliz por la manera en que Dios lo creó, con los rasgos físicos, emocionales, mentales y relacionales que le dio? ¿Con el sexo que Dios le dio (masculino o femenino)? ¿Con los dones espirituales que le ha dado? ¿De qué maneras es correcto sentirnos felices o contentos con nuestras personalidades, características físicas, destrezas, posición, etc.? ¿De qué maneras sería errado complacernos o estar felices por esas cosas? ¿Seremos alguna vez completamente «benditos» o felices? ¿Cuándo tendrá lugar eso y por qué?
5. Piense en las cualidades que usted admira en otros, tanto creyentes como no creyentes. ¿Cuáles está bien admirar y cuáles no? ¿Cómo puede decidir? ¿Cómo podemos deleitarnos más frecuente y más completamente en Dios mismo?

Belleza

6. Si rehusamos aceptar la definición de belleza que da nuestra sociedad, e incluso las definiciones que nosotros mismos podamos haber elaborado previamente, y decidir que lo que es verdaderamente bello es el carácter de Dios mismo, ¿cómo sería diferente nuestro concepto de hermosura del que teníamos antes? ¿Podríamos con todo aplicar apropiadamente nuestra nueva idea de belleza a algunas de las cosas que previamente pensábamos que eran hermosas? ¿Por qué sí o por qué no?
7. ¿Puede entender por qué el deseo de David sobre todo lo demás en la vida era «habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y recrearme en su templo» (Sal 27:4)?

Gloria

8. Cuando los pastores cerca de Belén experimentaron la gloria del Señor que brillaba a su alrededor, «se llenaron de temor» (Lc 2:9). Sin embargo, cuando lleguemos a vivir para siempre en la ciudad celestial continuamente estaremos rodeando por la luz de la gloria del Señor (Ap 21:23). ¿Sentiremos continuamente ese mismo temor que sintieron los pastores? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Le gustaría a usted vivir en presencia de esta gloria? ¿Podemos experimentar algo de ella en esta vida?

TÉRMINOS ESPECIALES

atributos de propósito	perfección
atributos sumarios	poder
autodeterminación razonable	soberanía
belleza	voluntad
bendición	voluntad libre
gloria	voluntad necesaria
libertad	voluntad revelada
omnipotencia	voluntad secreta

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1298-1307.)

Debido a que las teologías sistemáticas tienen diferentes maneras de clasificar los atributos de Dios, algunas de las secciones que se mencionan abajo consideran sólo los atributos comunicables de Dios, y algunas consideran todos los atributos de Dios.

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

- 1882-92 Litton, 58-74
- 1930 Thomas, 14-20, 495-500

2. Arminiana (wesleyana o metodista)

- 1847 Finney, 49-65, 135-80, 524-44
- 1875-76 Pope, 1:248-55, 287-360
- 1892-94 Miley, 1:159-222
- 1940 Wiley, 1:241-393
- 1960 Purkiser, 127-42
- 1983 Carter, 1:111-27
- 1983- Cottrell, 1:192-305, 388-468; 3:175-400, 461-528
- 1987-90 Oden, 1:15-130

3. Bautista

- 1767 Gill, 1:37-187, 359-65
- 1887 Boyce, 54-115
- 1907 Strong, 243-303
- 1917 Mullins, 214-50
- 1976-83 Henry, 2:151-246; 5:9-164, 214-375; 6:35-89, 251-417
- 1983-85 Erickson, 263-320
- 1987-94 Lewis/Demarest, 1:175-248

4. Dispensacional

- 1947 Chafer, 1:179-224, 260-71
- 1949 Thiessen, 75-88
- 1986 Ryrie, 35-50

5. Luterana

1917-24 Pieper, 1:405-66

1934 Mueller, 160-75

6. Reformada (o presbiteriana)

1559 Calvin, 1:96-120 (1.10-12)

1861 Heppe, 57-104

1871-73 Hodge, 1:366-441

1878 Dabney, 38-54, 144-74

1887-1921 Warfield, *BTS* 505-22; *SSW* 1:69-81; *ST* 109-14

1889 Shedd, 1:151-94, 334-92; 3:89-248

1909 Bavinck, *DG* 175-251 (esta es una consideración excepcionalmente valiosa de los atributos de Dios)

1938 Berkhof, 41-81

1962 Buswell, 1:29-71

7. Renovada (o carismática o pentecostal)

1988-92 Williams, 1:47-82

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional

1955 Ott, 24-49

2. Católica Romana: Post Vaticano II

1980 McBrien, 1:283-342

Otras obrasBray, Gerald L. *The Doctrine of God*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., 1993.Bromiley, G. W. «God». En *ISBE* 2:493-503.Charnock, Stephen. *The Existence and Attributes of God*. Reimp. ed. Sovereign Grace Book Club, Evansville, Ind., pp. 181-802, n.d., (primero publicada en 1655-1680).Kaiser, Christopher B. *The Doctrine of God*. Good News, Westchester, Ill., 1982.Lewis, Gordon R. «God, Attributes of». En *EDT* pp. 451-59._____. «Impassibility of God». En *EDT* pp. 553-54.Packer, J. I. «God». En *NDT* pp. 274-77._____. *Knowing God*. SCM, Inter-Varsity Press, Londres, 1973, pp. 80-254.Piper, John. *Desiring God*. Multnomah, Portland, Ore., 1986._____. *The Pleasures of God*. Multnomah, Portland, Ore., 1991.Saucy, R. L. «God, Doctrine of». En *EDT* pp. 459-64.Tozer, A. W. *The Knowledge of the Holy*. Harper and Row, Nueva York, 1961.Van Til, Cornelius. In *Defense of the Faith* vol. 5: *An Introduction to Systematic Theology*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N.J., 1976, pp. 200-252.Wenham, John W. *The Goodness of God*. Inter-Varsity Press, Londres, 1974.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Salmo 73:25-26: *¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra. Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna*

HIMNO

«Si dejas tú que Dios te guíe»

Este es indudablemente uno de los himnos más hermosos jamás compuestos que expresan confianza en Dios por su soberanía.

Si dejas tú que Dios te guíe,
confiando solamente en él,
En tus angustias y conflictos
tendrás su ayuda grande y fiel.
El inmutable amor de Dios
roca firme es.

Espera en Dios pacientemente,
con gozo en tu corazón;
Con gratitud acepta siempre
del cielo toda bendición.
Dios quiere siempre lo mejor
para los hijos de su amor.

En la oración fiel permanece;
sé obediente a su ley;
Su protección Dios te ofrece,
en sus promesas pon tu fe.
Jehová no olvida nunca al fiel,
ni al justo que confía en él.

AUTOR: GEORGE NEUMARK, 1641, TRAD. ADOLFO ROBLETO
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA, # 406)

Dios en tres personas: La Trinidad

*¿Cómo puede Dios ser tres personas
y sin embargo un solo Dios?*

Los capítulos precedentes han considerado muchos atributos de Dios; pero si entendemos sólo esos atributos, no comprenderemos apropiadamente a Dios, porque no entenderíamos que Dios, en su mismo ser, siempre ha existido como más de una persona. De hecho, Dios existe como tres personas, y sin embargo es un solo Dios.

Es importante recordar la doctrina de la Trinidad en conexión con el estudio de los atributos de Dios. Cuando pensamos de Dios como eterno, omnipresente, omnipotente, etcétera, podemos tener la tendencia a pensar sólo en Dios Padre en conexión con esos atributos. Pero la enseñanza bíblica sobre la Trinidad nos dice que todos los atributos de Dios son verdad de las tres personas, porque cada una es plenamente Dios. Por tanto, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son también eternos, omnipresentes, omnipotentes, infinitamente sabios, infinitamente santos, infinitamente amor, omniscientes, y todo lo demás.

La doctrina de la Trinidad es una de las doctrinas más importantes de la fe cristiana. El estudio de las enseñanzas bíblicas sobre la Trinidad nos da una noción más profunda del asunto que es el centro de toda nuestra búsqueda de Dios: ¿cómo es Dios en sí mismo? Aquí aprendemos que en sí mismo, en su propio ser, Dios existe en las personas de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y sin embargo es un solo Dios.

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Podemos definir la doctrina de la Trinidad como sigue: *Dios existe eternamente como tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y cada persona es plenamente Dios, y hay sólo un Dios.*

A. La doctrina de la Trinidad se revela progresivamente en la Biblia

1. Revelación parcial en el Antiguo Testamento. La palabra *Trinidad* nunca se halla en la Biblia, aunque la idea que denota la palabra se enseña en muchos lugares. La palabra *Trinidad* quiere decir «tri-unidad» o «tres en uno». Se usa para resumir la enseñanza bíblica de que Dios es tres personas y sin embargo un solo Dios.

A veces algunos piensan que la doctrina de la Trinidad se halla sólo en el Nuevo Testamento, y no en el Antiguo. Si Dios ha existido eternamente como tres personas, sería sorprendente no hallar indicaciones de eso en el Antiguo Testamento.

Aunque la doctrina de la Trinidad no se halla explícitamente en el Antiguo Testamento, varios pasajes sugieren o incluso implican que Dios existe como más de una persona.

Por ejemplo, según Génesis 1:26, Dios dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza». ¿Qué significa el verbo en plural («hagamos») y el pronombre plural («nuestra»)? Algunos han sugerido que son plurales de majestad, una forma de hablar que el rey solía usar para decir, por ejemplo: «Nos complace concederte tu petición».¹ Sin embargo, en el hebreo del Antiguo Testamento no hay otros ejemplos de que un monarca use verbos plurales o pronombres plurales para referirse a sí mismo con un «plural de majestad», así que esta opinión no tiene evidencia que la respalde.² Otra opinión es que Dios aquí está hablándole a los ángeles. Pero los ángeles no participaron la creación del hombre, ni tampoco el hombre fue creado a imagen y semejanza de los ángeles, así que esta idea no es convincente. La mejor explicación es que ya en el primer capítulo de Génesis tenemos una indicación de una pluralidad de personas en Dios mismo.³ No se nos dice cuántas personas, y no tenemos nada que se acerque a una doctrina completa de la Trinidad, pero se implica que interviene más de una persona. Lo mismo se puede decir de Génesis 3:22 («El ser humano ha llegado a ser como uno de *nosotros*, pues tiene conocimiento del bien y del mal»), Génesis 11:7 («Será mejor que *bajemos* a confundir su idioma, para que ya no se entiendan entre ellos mismos»), e Isaías 6:8 («¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?»). (Note la combinación de singular y plural en la misma oración del último pasaje).

Es más, hay pasajes en donde a una persona se le llama «Dios» o «el Señor», y se distingue de otra persona de quien también se dice que es Dios. En Salmo 45:6-7 el salmista dice: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; ... Tú amas la justicia y odias la maldad; por eso Dios te escogió a ti y no a tus compañeros, ¡tu Dios te ungió con perfume de alegría!» Aquí el Salmo va más allá de describir algo que pudiera ser cierto de un rey terrenal y llama al rey «Dios» (v. 6), cuyo trono durará «para siempre». Pero luego, hablando a la persona que llama «Dios», el autor dice que «por eso Dios te escogió a ti y no a tus compañeros» (v. 7). Así que a dos personas separadas se les llama «Dios» (heb. *Elojim*). En el Nuevo Testamento, el autor de Hebreos cita este pasaje y lo aplica a Cristo: «Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos» (Heb 1:8).⁴

¹Tanto Alejandro Magno (en 152 a.C.) y el rey Demetrio (alrededor de 145 a.C.) se refieren a sí mismos de esta manera, por ejemplo, en el texto de Mac 10:19 y 11:31 en la Septuaginta, pero esto es griego, no hebreo, y fue escrito mucho después de Génesis 1.

²Vea E. Kautzsch, ed., Gesenius' Hebrew Grammar 2d ed. (Clarendon Press, Oxford, 1910), Sección 124g, n. 2, con referencia a la sugerencia del plural de majestad: «El plural que usa Dios en Génesis 1:26; 11:7, Isaías 6:8 se ha explicado incorrectamente de esta manera». Ellos entienden Gn 1:26 como «un plural de auto deliberación». Mi propia investigación extensa de interpretación judía subsecuente en el Talmud de Babilonia, los targúmenes y la midrash mostraron sólo que los intérpretes rabínicos posteriores no lograron llegar a algún acuerdo de ninguna interpretación satisfactoria de este pasaje, aunque las interpretaciones del «plural de majestad» y de «Dios hablándole a los ángeles» se sugirieron comúnmente.

³El plural «nosotros» fue considerado por los padres y primeros teólogos casi unánimemente como indicativo de la Trinidad [Keil and Delitzsch, Old Testament Commentaries (Associated Publishers and Authors, Grand Rapids, n.f.), 1:48, con objeciones a otras posiciones y una afirmación de que Gn 1:26 contiene «la verdad que yace en el cimiento de la noción trinitaria».

⁴La RSV (en inglés) traduce Sal 45:6: «Tu trono divino permanece para siempre y siempre», pero esta es una traducción altamente improbable porque exige que se entienda el sustantivo hebreo para «trono» en estado

De modo similar en el Salmo 110:1 David dice: «Así dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». Jesús apropiadamente entiende que David se refiere a dos personas separadas como «Señor» (Mt 22:41-46), pero ¿quién es el «Señor» de David si no Dios mismo? ¿Y quién podría decirle a Dios: «Siéntate a mi derecha» excepto alguien que sea también completamente Dios? Desde la perspectiva del Nuevo Testamento podemos parafrasear este versículo: «Dios Padre le dijo a Dios Hijo: “Siéntate a mi derecha”». Pero incluso sin la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Trinidad, parece claro que David estaba consciente de una pluralidad de personas en un solo Dios. Jesús, por supuesto, entendía esto, pero cuando les pidió a los fariseos una explicación de este pasaje, «nadie pudo responderle ni una sola palabra, y desde ese día ninguno se atrevía a hacerle más preguntas» (Mt 22:46). A menos que estén dispuestos a reconocer una pluralidad de personas en un solo Dios, los intérpretes judíos de la Biblia hasta este día no tienen una explicación más satisfactoria del Salmo 110:1 (o de Gn 1:26, o de los demás pasajes que acabamos de considerar) que la que tuvieron en el día de Jesús.

Isaías 63:10 dice del pueblo de Dios que «se rebelaron y afligieron a su santo Espíritu», al parecer sugiriendo que el Espíritu Santo es otra persona distinta de Dios mismo (es «su santo Espíritu»), y que a este Espíritu santo lo «afligieron», lo que sugiere característica de capacidades emocionales de una persona distinta. (Is 61:1 también distingue «El Espíritu del Señor omnipotente» de «del Señor», aunque en ese versículo no se le atribuye ninguna cualidad personal al Espíritu del Señor).

Evidencia similar se halla en Malaquías, en donde el Señor dice: «El Señor Todopoderoso responde: «Yo estoy por enviar a mi mensajero para que prepare el camino delante de mí. De pronto vendrá a su templo el Señor a quien ustedes buscan; vendrá el mensajero del pacto, en quien ustedes se complacen» (Mal 3:1-2). Aquí, de nuevo, el que habla («el Señor Todopoderoso») se distingue a sí mismo del «Señor a quien ustedes buscan», lo que sugiere dos personas separadas, a ambas de las cuales se les llama «Señor».

En Oseas 1:7 el Señor está hablando, y dice de la casa de Judá: «la salvaré ... por medio del Señor su Dios», de nuevo sugiriendo que a más de una persona se le puede llamar «Señor» (heb. *Yahvé* y «Dios» (*Elojim*)).

constructo, algo extremadamente inusual cuando un sustantivo tiene un sufijo pronominal, como lo tiene este. La traducción de la RSV se aceptaría sólo debido a una presuposición teológica (que el salmista del Antiguo Testamento no podía predecir un rey mesiánico plenamente divino), pero no en base al lenguaje o la gramática. La RVR, NVI y VP toman todas el versículo en su sentido llano, directo, como también las traducciones antiguas en Heb 1:8. Derek Kidner, *Psalms 1-72 TOTC* (Inter-Varsity Press, Londres, 1973), p. 172, dice que este versículo es «un ejemplo del lenguaje del Antiguo Testamento desbordándose de sus orillas, para exigir más que un cumplimiento humano», y «esta paradoja es consistente con la encarnación, pero mistificante en todo otro contexto».

Aunque a algunos reyes antiguos, tales como los faraones egipcios, a veces se les trataba como «dioses», esto era parte de la falsedad conectada con la idolatría pagana, y no se debería confundir con Sal 45, que es parte de la Biblia y por consiguiente verdad.

La traducción sugerida de Heb 1:8 en el margen de la RSV (en inglés): «Dios es tu trono para siempre jamás», aunque posible gramaticalmente, es completamente inconsistente con el pensamiento tanto del Antiguo como del Nuevo Testamentos; el Dios poderoso que creó todo y gobierna supremo sobre el universo jamás sería meramente un «trono» para algún otro. El pensamiento en sí mismos es deshonesto para Dios, y por cierto ni siquiera se lo debería considerar como una traducción posiblemente apropiada.

Y en Isaías 48:16 el que habla (evidentemente el siervo del Señor) dice: «Y ahora el Señor omnipotente me ha enviado con su Espíritu».⁵ Aquí el Espíritu del Señor, como el siervo del Señor, ha sido «enviado» por el Señor Dios en una misión en particular. El paralelo entre los dos objetos del envío («a mí» y «a su espíritu») encajaría con el concepto de ver a ambos como personas distintas; parece significar más que simplemente «el Señor me ha enviado a mí y a su poder».⁶ De hecho, desde una perspectiva completa del Nuevo Testamento (que reconoce a Jesús el Mesías como el verdadero siervo del Señor que predicen las profecías de Isaías), Isaías 48:16 tiene implicaciones trinitarias: «Y ahora el Señor omnipotente me ha enviado con su Espíritu», si las dice Jesús el Hijo de Dios, se refiere a las tres personas de la Trinidad.

Todavía más, varios pasajes del Antiguo Testamento que hablan del «ángel del Señor» sugieren una pluralidad de personas en Dios. La palabra que se traduce «ángel» (heb. *malak*) significa simplemente «mensajero». Si el ángel del Señor es un «mensajero» del Señor, él es distinto del Señor mismo. Sin embargo en algún momento al ángel del Señor se le llama «Dios» o «el Señor» (vea Gn 16:13; Éx 3:2-6; 23:20-22 [note «mi nombre está en él» en v. 21, RVR 1960]; Nm 22:35 con 38; Jue 2:1-2; 6:11 con 14). En otros puntos en el Antiguo Testamento «el ángel del Señor» simplemente se refiere a un ángel creado, pero por lo menos en estos pasajes del ángel especial (o «mensajero») del Señor parece ser una persona distinta que es plenamente divina.

Uno de los pasajes más disputados del Antiguo Testamento que podría mostrar personalidad distinta para más de una persona es Proverbios 8:22-31. Aunque en la parte anterior del capítulo se podría entender solo como una personificación de la «sabiduría» para efecto literario, que muestra a la sabiduría llamando al sencillo e invitándole a aprender, vv. 21-31, uno podría argüir, dice cosas en cuanto a la «sabiduría» que parecen ir más allá de la mera personificación. Hablando del tiempo cuando Dios creó la tierra, la «sabiduría» dice: «Allí estaba yo, afirmando su obra. Día tras día me llenaba yo de alegría, siempre disfrutaba de estar en su presencia; me regocijaba en el mundo que él creó; ¡en el género humano me deleitaba!» (Pr 8:30-31). Su obrar como un «artesano» al lado de Dios en la creación sugiere la idea de una personalidad distinta, y las frases que siguen pudieran parecer incluso más convincentes, porque sólo una persona puede decir «Día tras día me llenaba yo de alegría», y puede regocijarse en el mundo y deleitarse en la humanidad.⁷

Pero si decidimos que «sabiduría» aquí se refiere al Hijo de Dios antes de que encarnara, hay una dificultad. Los versículos 22-25 (VP) parecen hablar de la creación de esta persona a la que se le llama «sabiduría»:

⁵La traducción de Is 48:16 en la RVR reproduce tanto el sentido literal de las palabras hebreas y el orden de palabras del texto hebreo.

⁶La traducción de la NVI, «con su Espíritu» no la exige el texto hebreo y tiende a oscurecer los pensamientos paralelos del Señor enviándome «a mí» y «a su Espíritu». La palabra *con* en la NVI es interpretación de los traductores de la conjunción hebrea *ve*, que más comúnmente significa «y». La palabra hebrea común para «con» (*im*) no aparece en este pasaje.

⁷En respuesta a estos argumentos uno pudiera argumentar que hay personificaciones similarmente detalladas de la sabiduría en Pr 8:1-12 y 9:1-6, y de la necedad en Pr 9:13-18, y ningún intérprete entiende que éstas sean personas reales. Por consiguiente, Pr 8:22-31 no representa a una persona real tampoco. Este argumento me parece convincente, pero he incluido el siguiente párrafo debido a que Pr 8:22-31 tiene una larga historia de intérpretes que piensan que se refiere a Dios Hijo.

El Señor me creó al principio de su obra,
antes de que él comenzara a crearlo todo.

Me formó en el principio del tiempo,
antes de que creara la tierra.

Me engendró antes de que existieran los grandes mares,
antes de que brotaran los ríos y los manantiales.

Antes de afirmar los cerros y los montes,
el Señor ya me había engendrado.

¿No indica esto que esta «sabiduría» fue creada?

En realidad, no. La palabra hebrea que comúnmente quiere decir «crear» (*bará*) no se usa en el versículo 22. La palabra que usa es *kaná*, que aparece ochenta y cuatro veces en el Antiguo Testamento y casi siempre significa «conseguir, adquirir». La LBLA es más clara aquí: «El Señor me poseyó al principio de su camino» (de modo similar RVR 1960). (Note este sentido de la palabra en Gn 39:1; Éx 21:2; Pr 4:5, 7; 23:23; Ec 2:7; Is 1:3 [“dueño”]). Este es un sentido legítimo y, si se entiende la sabiduría como una persona real, significaría sólo que Dios Padre empezó a dirigir y hacer uso de la poderosa obra creadora de Dios Hijo en el tiempo en que empezó la creación;⁸ el Padre convocó al Hijo para que trabajara con él en la actividad de la creación. La expresión «me engendró» en los versículos 24 y 25 es un término diferente pero podría llevar un significado similar; el Padre empezó a dirigir y hacer uso de la obra poderosa creadora del Hijo en la creación del universo.

2. Revelación más completa de la Trinidad en el Nuevo Testamento. Cuando empieza el Nuevo Testamento, entramos en la historia de la venida del Hijo de Dios a la tierra. Era de esperarse que este gran suceso estuviera acompañado de enseñanza más explícita en cuanto a la naturaleza trinitaria de Dios, y eso es en efecto lo que hallamos. Antes de mirar esto en detalle, podemos simplemente mencionar varios pasajes en donde se mencionan juntas a las tres personas de la Trinidad.

Cuando Jesús se bautizó, «en ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él”» (Mt 3:16-17). Aquí, en un mismo momento, tenemos a los tres miembros de la Trinidad desempeñando tres actividades distintas. Dios Padre habla desde el cielo; Dios Hijo está siendo bautizado y el Padre le habla desde el cielo; y Dios Espíritu Santo desciende del cielo para posarse y capacitar a Jesús para su ministerio.

Al final de su ministerio terrenal, Jesús dice a sus discípulos que «vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28:19). Los mismos nombres «Padre» e «Hijo», tomados de la familia, la más familiar de las instituciones humanas, indican muy fuertemente

⁸La confusión que rodea la traducción del versículo parece haber sido causada por la traducción inusual de la Septuaginta, que usó *ktizo* («crear») antes que la traducción usual *ktomaí*, «adquirir, tomar posesión de») para traducir el término hebreo en este versículo. *Kaná* aparece ochenta y cuatro veces en el Antiguo Testamento hebreo y se traduce más de veintisiete veces con *ktomaí* pero sólo tres veces por *ktizo* (Gn 14:19; Pr 8:22; Jer 39(32):15), todas las cuales son traducciones cuestionables. Las otras traducciones del Antiguo Testamento por Aquila, Símaco y Teodosio todas tienen *ktomaí* en Pr 8:22.

que el Padre y el Hijo son personas distintas. Cuando se pone al «Espíritu Santo» en la misma expresión y en el mismo nivel de las otras dos personas, es difícil evadir la conclusión de que al Espíritu Santo también se le ve como una persona de igual posición que el Padre y el Hijo.

Cuando nos damos cuenta de que los autores del Nuevo Testamento generalmente usan el nombre «Dios» (gr. *Teos*) para referirse a Dios Padre y el nombre «Señor» (gr. *kurios*), para referirse a Dios Hijo, es claro que hay otra expresión trinitaria en 1 Corintios 12:4-6: «Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo *Espíritu*. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo *Señor*. Hay diversas funciones, pero es un mismo *Dios* el que hace todas las cosas en todos».

De modo similar, el último versículo de 2 Corintios es una expresión trinitaria: «Que la gracia del *Señor Jesucristo*, el amor de *Dios* y la comunión del *Espíritu Santo* sean con todos ustedes» (2 Co 13:14). Vemos a las tres personas mencionadas separadamente en Efesios 4:4-6 igualmente: «Hay un solo cuerpo y un solo *Espíritu*, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo *Señor*, una sola fe, un solo bautismo; un solo *Dios y Padre* de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos».

A todas las tres personas de la Trinidad se las mencionan juntas en la frase de apertura de 1 Pedro: «Según la previsión de Dios el Padre, mediante la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser redimidos por su sangre» (1 P 1:2). Y en Judas 20-21 leemos: «Ustedes, en cambio, queridos hermanos, manténganse en el amor de Dios, edificándose sobre la base de su santísima fe y orando en el Espíritu Santo, mientras esperan que nuestro Señor Jesucristo, en su misericordia, les conceda vida eterna».

Sin embargo, la traducción de la RVR 1960 de 1 Jn 5:7 no se debe usar en esta conexión. Dice: «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno».

El problema con esta traducción es que se basa en un número muy pequeño de manuscritos griegos no confiables, el más antiguo de los cuales procede del siglo XIV d.C. Ninguna traducción moderna en inglés incluye esta traducción, y todas la omiten, como también la mayoría de los manuscritos griegos de las principales tradiciones del texto, incluyendo varios manuscritos muy confiables del IV y V siglo d.C., y también citas incluidas por los padres tales como Ireneo (ca. 202 d.C.), Clemente de Alejandría (ca. 212 d.C.), Tertuliano (murió después del 220 d.C.), y el gran defensor de la Trinidad, Atanasio (373 d.C.).

B. Tres declaraciones resumen la enseñanza bíblica

En un sentido la doctrina de la Trinidad es un misterio que jamás podremos entender por completo. Sin embargo, podemos entender algo de su verdad resumiendo las enseñanzas de la Biblia en tres afirmaciones:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios
3. Hay sólo un Dios

La siguiente sección desarrollará en más detalle cada una de estas afirmaciones.

1. Dios es tres personas. El hecho de que Dios es tres personas quiere decir que el Padre no es el Hijo; son personas distintas. También quiere decir que el Padre no es el Espíritu Santo, sino que son personas distintas. Y quiere decir que el Hijo no es el Espíritu Santo. Estas distinciones se ven en varios de los pasajes citados en la sección anterior tanto como en muchos otros pasajes adicionales del Nuevo Testamento.

Juan 1:1-2 nos dice: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». El hecho de que el «Verbo» (que en los vv. 9-18 se ve que es Cristo) está «con» Dios muestra distinción entre él y Dios Padre. En Juan 17:24 Jesús habla a Dios Padre acerca de «mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo», mostrando de este modo distinción de personas que participan de la gloria, y en una relación de amor entre Padre e Hijo antes de que el mundo fuera creado.

Se nos dice que Jesús continúa como nuestro Sumo Sacerdote y Abogado ante Dios Padre: «Si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2:1). Cristo es el que «también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos» (Heb 7:25). Sin embargo, a fin de interceder por nosotros ante Dios Padre, es necesario que Cristo sea una persona distinta del Padre.

Es más, el Padre no es el Espíritu Santo, y el Hijo no es el Espíritu Santo. Se les distingue en varios versículos. Jesús dijo: «Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho» (Jn 14:26). El Espíritu Santo también ora o «intercede» por nosotros (Ro 8:27), lo que indica una distinción entre el Espíritu Santo y Dios Padre ante quien se hace la intercesión.

Finalmente, el hecho de que el Hijo no es el Espíritu Santo también se indica en los varios pasajes trinitarios mencionados antes, tales como la gran comisión (Mt 28:19), y en los pasajes que indican que Cristo volvió al cielo y luego envió al Espíritu Santo a la iglesia. Jesús dijo: «Les conviene que me vaya porque, si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré a ustedes» (Jn 16:7).

Algunos han cuestionado si el Espíritu Santo en verdad es una persona distinta, antes que simplemente el «poder» o «fuerza» de Dios en acción en el mundo. Pero el Nuevo Testamento es muy claro y fuerte.⁹ Primero están los varios versículos mencionados anteriormente, en donde se pone al Espíritu Santo en una relación de coordinación con el Padre y el Hijo (Mt 28:19; 1 Co 12:4-6; 2 Co 13:14; Ef. 4:4-6; 1 P 1:2); puesto que el Padre y el Hijo son personas, la expresión coordinada intima fuertemente que el Espíritu Santo también es una persona. Luego hay lugares donde el pronombre masculino *él* (gr. *ekeinos*) se le aplica al Espíritu Santo (Jn 14:26; 15:26; 16:13-14), lo que uno no esperaría de las reglas de la gramática griega, porque el sustantivo «*espíritu*» (gr. *pneuma*) es neutro, no masculino, y ordinariamente se le añadiría el pronombre neutro *ekeino*. Es más, el nombre *Consejero* o *Consolador* (gr. *parakletos*) es un término que comúnmente se usa para hablar de una persona

⁹La siguiente sección sobre la personalidad distinta del Espíritu Santo sigue de cerca el excelente material en Louis Berkhof, *Systematic Theology* p. 96.

que ayuda o da consuelo o consejo a otra persona o personas, pero se usa para referirse al Espíritu Santo en el Evangelio de Juan (14:16, 26; 15:26; 16:7).

También al Espíritu Santo se le adscriben otras actividades personales, tales como enseñar (Jn 14:26), dar testimonio (Jn 15:26; Ro 8:16), interceder u orar a favor de otros (Ro 8:26-27), escudriñar las profundidades de Dios (1 Co 2:10), conocer los pensamientos de Dios (1 Co 2:11), decidir repartir algunos dones a algunos y otros dones a otros (1 Co 12:11), prohibir o no permitir ciertas actividades (Hch 16:6-7), hablar (Hch 8:29; 13:2; y muchas veces en el Antiguo y Nuevo Testamentos), evaluar y aprobar un curso sabio de acción (Hch 15:28), y entristecerse por el pecado en la vida de los creyentes (Ef 4:30).

Finalmente, si se entiende que el Espíritu Santo es simplemente el poder de Dios, antes que una persona distinta, entonces toda una serie de pasajes no tendrían sentido, porque en ellos el Espíritu Santo y su poder o el poder de Dios se mencionan juntos. Por ejemplo, Lucas 4:14: «Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu» estaría diciendo: «Jesús regresó a Galilea en el poder del poder». En Hechos 10:38: «Me refiero a Jesús de Nazaret: cómo lo ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder», significaría: «Me refiero a Jesús de Nazaret: cómo lo ungió Dios con el poder de Dios y con poder» (vea también Ro 15:13; 1 Co 2:4).

Aunque tantos pasajes claramente distinguen al Espíritu Santo de los otros miembros de la Trinidad, un versículo difícil ha sido 2 Corintios 3:17: «Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad». Los intérpretes a menudo han dado por sentado que «el Señor» aquí significa Cristo, porque Pablo frecuentemente usa «el Señor» para referirse a Cristo. Pero probablemente ese no es el caso aquí, porque se pudiera elaborar un buen argumento partiendo de la gramática y del contexto para decir que este versículo se traduce mejor con el Espíritu Santo como sujeto: «Ahora bien, el Espíritu es el Señor ...».¹⁰ En este caso, Pablo estaría diciendo que el Espíritu Santo es también «Yahvé» (o «Jehová»), el Señor del Antiguo Testamento (note el claro trasfondo del Antiguo Testamento en este contexto, empezando en el v. 7). Teológicamente esto sería muy aceptable, porque se podría decir con verdad que así como Dios Padre es «Señor» y Dios Hijo es «Señor» (en el pleno sentido del Antiguo Testamento de «Señor» como nombre de Dios), también el Espíritu Santo es aquel a quien se llama «Señor» en el Antiguo Testamento; y es el Espíritu Santo el que nos manifiesta especialmente la presencia del Señor en esta era del nuevo pacto.¹¹

¹⁰Gramaticalmente tanto «el Espíritu» (*to pneuma*) y «el Señor» (*jo kurios*) están en caso nominativo, que es el caso que toman tanto el sujeto como el sustantivo predicado en una oración con el verbo «ser». El orden de las palabras no indica el sujeto en el griego como lo hace en inglés. El artículo definido (*jo, el*) antes de «Señor» aquí probablemente en anafórico (es decir, se refiere hacia atrás a la mención previa del «Señor» en el v. 16 y dice que el Espíritu es «el Señor» que se acaba de mencionar en la oración previa). (Vea Murray Harris, «2 Corinthians», en *IBC* 10:338–39).

¹¹Otra posible interpretación es decir que está hablando de la función de Cristo y la función del Espíritu Santo como tan estrechamente relacionadas en la edad del Nuevo Testamento que se puede hablar de ambas como de un solo propósito. El versículo entonces significaría algo como: «Al Señor Jesús se le ve y se le conoce en esta edad mediante la actividad del Espíritu Santo, porque la función del Espíritu Santo es glorificar a Cristo». Pero esta es una interpretación menos persuasiva, puesto que parece improbable que Pablo hablaría de una identidad de función de una manera tan oscura, o incluso que Pablo quisiera decir que la obra de Cristo y la obra del Espíritu son idénticas.

2. Cada persona es plenamente Dios. Además del hecho de que las tres personas son distintas, el testimonio abundante de la Biblia es que cada persona es también plenamente Dios.

Primero, *Dios Padre es claramente Dios*. Esto es evidente del primer versículo de la Biblia, en donde Dios creó los cielos y la tierra. Es evidente por todo el Antiguo y Nuevo Testamentos, en donde a Dios Padre claramente se le ve como Señor soberano sobre todo y en donde Jesús ora al Padre celestial.

Luego, *el Hijo es plenamente Dios*. Aunque este punto se desarrollará con mayor detalle en el capítulo 26, «La persona de Cristo», en este punto podemos brevemente notar varios pasajes explícitos. Juan 1:1-4 claramente afirma la plena deidad de Cristo:

En el principio ya existía el Verbo,
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.
Él estaba con Dios en el principio.
Por medio de él todas las cosas fueron creadas;
sin él, nada de lo creado llegó a existir.
En él estaba la vida,
y la vida era la luz de la humanidad.

Aquí a Cristo se le menciona como «el Verbo», y Juan dice tanto que él estaba «con Dios» y que él «era Dios». El texto griego hace eco de las palabras de apertura de Génesis 1:1: («En el principio ...») y nos recuerda que Juan está hablando de algo que fue cierto antes de que el mundo fuera hecho. Dios Hijo siempre fue plenamente Dios.

Los Testigos de Jehová han cuestionado la traducción «el Verbo era Dios», y lo traducen como «la Palabra era un Dios» implicando que el Verbo era simplemente un ser celestial pero no plenamente divino. Justifican su traducción señalando el hecho de que el artículo definido (gr. *ho*, «el») no aparece antes de la palabra griega *Teos* («Dios»). Dicen que, por consiguiente, *Teos* se debe traducir «un Dios». Sin embargo, ningún erudito griego reconocido ha seguido tal interpretación, porque es de conocimiento común que la oración sigue una regla general de la gramática griega, y la ausencia del artículo definido solo indica que «Dios» es el predicado antes que el sujeto de la oración.¹² (Una publicación reciente de los Testigos de Jeho-

¹²Esta regla (llamada «regla de Colwell») se considera tan temprano como el capítulo 6 de una gramática griega introductoria regular; Vea John Wenham, *The Elements of New Testament Greek* (Cambridge University Press, Cambridge, 1965), p. 35; también BDF 273. La regla es sencillamente que en dos oraciones con el verbo conjuntivo *ser* (tal como el gr. *jeimi*), un sustantivo definido predicado por lo general dejará fuera el artículo definido cuando precede al verbo, pero el sujeto de la oración, si es definido, retiene el artículo definido. Así que si Juan hubiera querido decir: «El Verbo era Dios», Juan 1:1 es exactamente como lo hubiera dicho. (Estudios gramaticales recientes han confirmado e incluso fortalecido la regla original de Colwell; vea Lane C. McGaughey, *Toward a Descriptive Analysis of EINAI as a Linking Verb in the New Testament* [SBLDS 6; SBL, Missoula, Mont., 1972], esp. pp. 49–53, 73–77; y la revisión importante de este libro por E. V. N. Goetchius en JBL 95 [1976]: 147–49.)

Por supuesto, si Juan hubiera querido decir: «el verbo era un dios» (con un predicado indefinido, «un dios»), lo hubiera escrito también de esta manera, puesto que no habría habido artículo definido para dejar fuera en primer

vá ahora reconocen la regla gramatical pertinente pero continúan afirmando de todas maneras su posición en cuanto a Juan 1:1.¹³

La irregularidad de la posición de los Testigos de Jehová se puede ver además en su traducción del resto del capítulo. Por varias otras razones gramaticales, la palabra *Teos* también carece de artículo definido en otros lugares de este capítulo, tales como el versículo 6 («Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió»), versículo 12 («les dio el derecho de ser hijos de Dios»), versículo 13 («sino que nacen de Dios»), y versículo 18 («A Dios nadie lo ha visto nunca»). Si los Testigos de Jehová fueran consistentes en su argumentación en cuanto a la ausencia del artículo definido, deberían haber traducido todos éstos casos con la frase «un dios», pero en cada uno de estos casos traducen «Dios».

Juan 20:28 en su contexto también es una fuerte prueba de la deidad de Cristo. Tomás había dudado de los informes de los otros discípulos de que habían visto a Jesús resucitado de los muertos, y dijo que no creería a menos que pudiera ver las huellas de los clavos en las manos de Jesús y poner su mano en su costado herido (Jn 20:25). Después Jesús se apareció a los discípulos cuando Tomás estaba con ellos. Le dijo a Tomás: «Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métele en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de fe» (Jn 20:27). En respuesta a esto, leemos que Tomás exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20:28). Aquí Tomás llamó a Jesús «Dios mío». La narración muestra que tanto Juan al escribir su Evangelio y Jesús mismo aprobó lo que Tomás había dicho y alentó a todos los que

lugar. Pero si ese fuera el caso, habría en el contexto algunos indicios de que Juan está usando la palabra *Teos* para hablar de un ser celestial que no era plenamente divino. Así que la pregunta surge: ¿De qué clase de Dios (o «dios») está hablando Juan en este contexto? ¿Está hablando del Dios uno y verdadero que creó los cielos y la tierra? En ese caso, *Teos* era definido y dejó fuera el artículo definido para mostrar que era el sustantivo predicado. ¿O acaso está Juan hablando de algún otro ser celestial («un dios») que no es el Dios uno y verdadero? En ese caso *Teos* fue indefinido y nunca tuvo el artículo definido en primer lugar.

El contexto decide este asunto claramente. De los otros usos de la palabra *Teos* para indicar «Dios» en los vv. 1, 2, 6, 12, 13, et al., y de las palabras de apertura que traen a colación Gn 1:1 («En el principio»), es claro que Juan está hablando del Dios uno y verdadero que creó los cielos y la tierra. Eso significa que *Teos* en el v. 2 se debe entender como refiriéndose al mismo Dios por igual.

¹³El argumento se halla en un ataque detallado, más bien extenso, contra la doctrina de la Trinidad: *Should You Believe in the Trinity?* (no se menciona el autor; Watchtower Bible and Tract Society, Brooklyn, N.Y., 1989). Este grupo evidentemente considera este folleto una declaración significativa de su posición, porque en la página 2 indica: «Primera edición en inglés: 5.000.000 de ejemplares». El folleto primero presenta el argumento tradicional de que Juan 1:1 se debe traducir «un dios» debido a la ausencia del artículo definido (p. 27). Pero más adelante reconoce que la regla de Colwell es pertinente para Juan 1:1 (p. 28) y allí admite que el contexto, no la ausencia del artículo definido, determina si debemos traducir «El Verbo era Dios» (definido) o «el Verbo era un dios» (indefinido). Luego argumenta como sigue: «... cuando el contexto lo requiere, los traductores pueden insertar un artículo indefinido frente al sustantivo en este tipo de estructura de oración. ¿Requiere el contexto un artículo indefinido en Juan 1:1? Sí, porque el testimonio de la Biblia entera es que Jesús no es el Dios Todopoderoso» (p. 28).

Debemos notar cuidadosamente la debilidad de este argumento: admiten que el contexto es decisivo, pero luego no citan ni un ápice de evidencia del contexto de Juan 1:1. Más bien, simplemente aseveran de nuevo su conclusión en cuanto a «la Biblia entera». Si concuerdan que el contexto es decisivo, pero no pueden hallar nada en este contexto que respalde su punto de vista, simplemente han perdido el debate. Por consiguiente, habiendo reconocido la regla de Colwell, con todo se aferran a su punto de vista sobre Juan 1:1, sin ninguna evidencia que los respalde. Aferrarse a un punto de vista sin evidencia que la respalde es simplemente irracional.

El folleto como un todo dará la apariencia de una obra escolástica para laicos, puesto que cita a docenas de teólogos y obras de referencia académica (siempre sin ninguna documentación adecuada). Sin embargo, muchas citas se toman fuera de contexto y se las hace decir algo que los autores jamás intentaron, y otras son de eruditos católicos o protestantes de teología liberal que igualmente cuestionan la doctrina de la Trinidad y la veracidad de la Biblia.

oyeron a Tomás a creer lo mismo que Tomás. Jesús de inmediato le responde a Tomás: «Porque me has visto, has creído ... dichosos los que no han visto y sin embargo creen» (Jn 20:29). En lo que a Juan atañe, este es el dramático punto cumbre del evangelio, porque inmediatamente le dice al lector, y en el mismo siguiente versículo, que esta es la razón por la que escribió:

Jesús hizo muchas otras señales milagrosas en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida (Jn 20:30-31).

Jesús habla de los que no le verán y sin embargo creerán, y Juan de inmediato le dice a los lectores que ha incluido los acontecimientos escritos en su Evangelio para que ellos puedan creer también de esta manera, imitando a Tomás en su confesión de fe. En otras palabras, todo el evangelio fue escrito para persuadir a las personas a imitar a Tomás, que sinceramente llamó a Jesús: «Señor mío y Dios mío». Debido a que Juan presenta esto como el propósito de su evangelio, la oración cobra fuerza adicional.¹⁴

Otros pasajes que hablan de Jesús como plenamente divino incluyen Hebreos 1, en donde el autor dice que Cristo es la «fiel imagen» (v. 3, gr. *karákte*, «duplicado exacto») de la naturaleza o ser (gr. *jupostasis*) de Dios; lo que quiere decir que Dios Hijo duplica exactamente el ser o la naturaleza de Dios Padre en todo detalle; cualquier atributo o poder que Dios Padre tiene, Dios Hijo lo tiene por igual. El autor pasa a referirse al Hijo como «Dios» en el versículo 8 («Pero con respecto al Hijo dice: «Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos»), y le atribuye a Cristo la creación de los cielos cuando dice de él: «En el principio, oh Señor, tú afirmaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos» (Heb 1:10, citando Sal 102:25). Tito 2:13 se refiere a «nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo», y 2 Pedro 1:1 habla de «la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo».¹⁵ Romanos 9:5, hablando del

¹⁴El folleto de los Testigos de Jehová Should You Believe in the Trinity? ofrece dos explicaciones para Juan 20:28: (1) «Para Tomás Jesús era como «un dios», especialmente en la circunstancia milagrosa que motivó su exclamación» (p. 29). Pero esta explicación no convence, porque Tomás no dijo: «tú eres como un dios», sino más bien llamó a Jesús «Dios mío». El texto griego tiene el artículo definido (no se puede traducir «un dios») y es explícito: *jo Theos mou* no es «un Dios mío» si no «mi Dios».

(2) La segunda explicación que ofrecen es que «Tomás tal vez simplemente lanzó una exclamación emocional de asombro, dicha a Jesús pero dirigida a Dios» (ibid.). La segunda parte de esta oración: «dicha a Jesús pero dirigida a Dios», es simplemente incoherente; puede querer decir: «dicha a Jesús pero no dicha a Jesús», lo que no es solo contradictorio en sí mismo, sino también imposible; si Tomás estaba hablando con Jesús también estaba dirigiendo sus palabras a Jesús. La primera parte de esta oración, la afirmación de que Tomás en realidad no está llamando a Jesús «Dios», sino meramente lanzando una interjección o palabras involuntarias de exclamación, no tiene mérito, porque el versículo dice claramente que Tomás no está hablando al aire sino hablando directamente a Jesús: «Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!» (Jn 20:28, RVR). Inmediatamente tanto Jesús como Juan en su escrito elogian a Tomás, ciertamente no por lanzar una interjección sino por creer en Jesús como su Señor y Dios.

¹⁵Tanto Tito 2:13 y 2 Pedro 1:1 tienen notas al margen en la RSV en inglés, por las que a Jesús se hace referencia como siendo una persona diferente de «Dios», y por consiguiente no se le llama Dios: «el gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo» (Tit 2:13, margen, RSV) y «nuestro Dios y el Salvador Jesucristo» (2P 1:1, margen, RSV). Estas traducciones alternas son posibles gramaticalmente pero improbables. Ambos versículos tienen la misma construcción en griego, en la cual un artículo definido gobierna dos sustantivos unidos por la palabra griega *para* y (*kai*). En todos los casos en donde se halla esta construcción se ve a los dos sustantivos como unificados de alguna

pueblo judío, dice: «De ellos son los patriarcas, y de ellos, según la naturaleza humana, nació Cristo, quien es Dios sobre todas las cosas. ¡Alabado sea por siempre! Amén».¹⁶

En el Antiguo Testamento, Isaías 9:6 predice:

Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo;
la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres:
Consejero admirable, Dios fuerte.

Al aplicarse esta profecía a Cristo, se refiere a él como «Dios fuerte». Note la aplicación similar de los títulos «Señor» y «Dios» en la profecía de la venida del Mesías en Isaías 40:3: «Preparen en el desierto un camino para el Señor; enderecen en la estepa un sendero para nuestro Dios», citada por Juan el Bautista en preparación para la venida de Cristo en Mateo 3:3.

En el capítulo 26, abajo, se considerarán muchos otros pasajes, pero estos deberían ser suficientes para demostrar que el Nuevo Testamento claramente se refiere a Cristo como plenamente Dios. Como Pablo dice en Colosenses 2:9: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo».

Luego, *el Espíritu Santo también es plenamente Dios*. Una vez que entendemos que Dios Padre y Dios Hijo son plenamente Dios, las expresiones trinitarias en versículos como Mateo 28:19 («bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo») cobran significación para la doctrina del Espíritu Santo, porque muestran que al Espíritu Santo se le clasifica en un nivel igual con el Padre y el Hijo. Esto se puede ver si reconocemos lo unimaginable de que Jesús hubiera dicho algo como: «Bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del arcángel Miguel»; esto le habría dado a un ser creado una posición enteramente inapropiada incluso para un arcángel. Los creyentes en todos los siglos pueden ser bautizados solamen-

manera, y a menudo son dos nombres separados para la misma persona o cosa. Especialmente significativo es 2 Pedro 1:1, porque Pedro usa exactamente la misma construcción otras tres veces en el libro para hablar de «nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (1P 1:11; 2:20; 3:18). En estos otros tres versículos las palabras en griego son exactamente las mismas en todo detalle que excepto la palabra *Señor* (*kurios*) se usa en lugar de la palabra *Dios* (*Theos*). Si en todas estas otras tres instancias se traducen: «nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como lo son en todas las principales traducciones, su consistencia en la traducción parece exigir la traducción de 2 Pedro 1:1 como: «nuestro Dios y Salvador Jesucristo», de nuevo refiriéndose a Cristo como Dios. En Tito 2:13 Pablo está escribiendo acerca de la esperanza de la segunda venida de Cristo, que los escritores del Nuevo Testamento consistentemente hablan en términos que hacen énfasis en la manifestación de Jesucristo en su gloria, no en términos que recalcan la gloria del Padre.

¹⁶La lectura marginal de la NVI en inglés es similar a la lectura del principal texto de la RSV en inglés, que dice: «y de su raza, según la carne, es el Cristo. Dios que es sobre todas las cosas sea bendito para siempre. Amén» (Ro 9:5, RSV en inglés). Pero esta traducción es mucho menos probable en base gramatical o contextual, y se justifica primordialmente aduciendo que Pablo no se habría referido a Cristo como «Dios». La traducción de la NVI, que se refiere a Cristo como «Dios sobre todas las cosas», es preferible porque (1) el patrón normal de Pablo es declarar una palabra de bendición respecto a la persona de quien ha estado hablando, que en este caso es Cristo; (2) el participio griego *on*, «siendo», que hace que la frase literalmente diga: «quien, siendo Dios sobre todas las cosas escrito para siempre», sería redundante si Pablo estuviera empezando una nueva oración como lo tiene la RSV; (3) cuando Pablo en otros lugares empieza una nueva oración con una palabra de bendición a Dios, la palabra «bendito» viene primero en la oración griega (vea 2Co 1:3; Ef 1:3; cf. el patrón de Pedro en 1P 1:3), pero aquí la expresión no sigue ese patrón, lo que hace improbable la traducción de la RSV. Vea Donald Guthrie, *New Testament Theology* (Inter-Varsity Press, Leicester, 1981), pp. 339-40. Para un tratamiento definitivo de todos los textos del Nuevo Testamento que segrega Jesús como «Dios», vea Murray Harris, *Jesus as God* (Grand Rapids: Baker, 1992).

te en el nombre (y por consiguiente en una toma de carácter) de Dios mismo.¹⁷ (Note también los otros pasajes trinitarios mencionados arriba: 1 Co 12:4-6; 2 Co 13:14; Ef 4:4-6; 1 P 1:2; Jud 20-21).

En Hechos 5:3-4 Pedro le pregunta a Ananías: «¿Cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que le mintieras al Espíritu Santo ... ¡No has mentido a los hombres sino a Dios!». De acuerdo a las palabras de Pedro, mentirle al Espíritu Santo es mentirle a Dios. Pablo dice en 1 Corintios 3:16: «¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» El templo de Dios es el lugar donde Dios mismo mora, lo que Pablo explica por el hecho de que «el Espíritu de Dios» mora allí, de este modo evidentemente igualando al Espíritu de Dios con Dios mismo.

David pregunta en Salmo 139:7-8: «¿Adónde podría alejarme de tu Espíritu? ¿Adónde podría huir de tu presencia? Si subiera al cielo, allí estás tú». Este pasaje atribuye al Espíritu Santo la característica divina de omnipresencia, algo que no se aplica a ninguna de las criaturas de Dios. Parece que David está igualando al Espíritu de Dios con la presencia de Dios. Huir del Espíritu de Dios es huir de su presencia, pero si no hay ningún lugar a donde David pueda huir del Espíritu de Dios, entonces él sabe que donde quiera que vaya también tendrá que decir: «Tú estás allí».

Pablo le atribuye al Espíritu Santo la característica divina de omnisciencia en 1 Corintios 2:10-11: «El Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él? Así mismo, nadie conoce los pensamientos de Dios [gr. literalmente «las cosas de Dios»] sino el Espíritu de Dios».

Es más, la actividad de dar el nuevo nacimiento a toda persona que nace de nuevo es obra del Espíritu Santo. Jesús dijo: «Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu. No te sorprendas de que te haya dicho: “Tienen que nacer de nuevo”» (Jn 3:5-7). Pero la obra de dar vida nueva espiritual a los seres humanos cuando se convierten es algo que sólo Dios puede hacer (cf. 1 Jn 3:9: «nacido de Dios»). Este pasaje, por consiguiente, da otra indicación de que el Espíritu Santo es plenamente Dios.

Hasta este punto tenemos dos conclusiones, y ambas se enseñan por profusamente toda la Biblia:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios.

Si la Biblia enseñara sólo estos dos hechos, no habría problema lógico por ningún lado en hacerlos encajar uno con otro, porque la solución obvia sería que hay

¹⁷ 1Ti 5:21 no se debería ver como ejemplo contrario a esta afirmación, porque allí Pablo simplemente está advirtiéndole a Timoteo en presencia de una hueste de testigos celestiales, tanto divinos como evangélicos, que él sabe que están observando la conducta de Timoteo. Esto es similar a la mención de Dios y Cristo y los ángeles del cielo y los «justos que han llegado a la perfección» en Heb 12:22-24, en donde se menciona una gran asamblea celestial. 1Ti 5:21 se debería ver, por consiguiente, como significativamente diferente de los pasajes trinitarios mencionados arriba, puesto que estos pasajes hablan de actividades únicamente divinas, tales como repartir dones a todo creyente (1Co 12:4-6) o tener el nombre en el cual todos los creyentes son bautizados (Mt 28:19).

tres dioses. El Padre es plenamente Dios, el Hijo es plenamente Dios, y el Espíritu Santo es plenamente Dios. Tendríamos un sistema en donde hay tres seres igualmente divinos. Tal sistema de creencias se llamaría politeísmo; o, más específicamente, «triteísmo», o la creencia en tres dioses. Pero eso dista mucho de lo que la Biblia enseña.

3. Hay sólo un Dios. La Biblia dice claramente que hay un Dios y sólo uno. Las tres personas diferentes de la Trinidad son una no sólo en propósito y en acuerdo en lo que piensan, sino que son una en esencia, una en su naturaleza esencial. En otras palabras, Dios es sólo un ser. No hay tres dioses. Hay sólo un Dios.

Uno de los pasajes más conocidos del Antiguo Testamento es Deuteronomio 6:4-5: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es *el único Señor*. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

Cuando Moisés canta:

¿Quién, Señor, se te compara entre los dioses?
 ¿Quién se te compara en grandeza y santidad?
 Tú, hacedor de maravillas, nos impresionas con tus portentos
 (Éx 15:11)

la respuesta obviamente es: «nadie». Dios es único, y no hay nadie como él y no puede haber nadie como él. De hecho, Salomón ora: «Así todos los pueblos de la tierra sabrán que el Señor es Dios, y que no hay otro» (1 R 8:60).

Cuando Dios habla, repetidamente dice sin dejar duda que él es el único Dios verdadero; la idea de que hay tres dioses para adorar antes que uno sería impensable a la luz de estas afirmaciones extremadamente fuertes. Sólo Dios es el único Dios verdadero y no hay nadie como él. Cuando habla, sólo él habla; no está hablando como un Dios de tres que deben ser adorados. Él dice:

Yo soy el Señor, y no hay otro;
 fuera de mí no hay ningún Dios.
 Aunque tú no me conoces, te fortaleceré,
 para que sepan de oriente a occidente
 que no hay ningún otro fuera de mí.
 Yo soy el Señor, y no hay ningún otro. (Is 45:5-6)

De modo similar, llama a todos en la tierra a que se vuelvan a él:

Fuera de mí no hay otro Dios;
 Dios justo y Salvador,
 no hay ningún otro fuera de mí.
 Vuelvan a mí y sean salvos,
 todos los confines de la tierra,
 porque yo soy Dios, y no hay ningún otro.
 (Is 45:21-22; cf. 44:6-8).

El Nuevo Testamento también afirma que hay sólo un Dios. Pablo escribe: «Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2:5). Pablo afirma que «no hay más que un solo Dios» (Ro 3:30), y que «no hay más que un solo Dios» (1 Co 8:6).¹⁸ Finalmente, Santiago reconoce que incluso los demonios reconocen que hay sólo un Dios, aunque su asentimiento intelectual al hecho no es suficiente para salvarlos: «¿Tú crees que hay un solo Dios? ¡Magnífico! También los demonios lo creen, y tiemblan» (Stg 2:19). Pero claramente Santiago afirma que uno «hace bien» en creer que «Dios es uno».

4. Todas las soluciones simplistas deben negar una hebra de la enseñanza bíblica. Ahora tenemos tres declaraciones, todas las cuales se enseñan en la Biblia.

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios.
3. Hay sólo un Dios.

En toda la historia de la iglesia ha habido esfuerzos por concebir una solución sencilla a la doctrina de la Trinidad negando una u otra de estas afirmaciones. Si alguien *niega la primera afirmación*, nos deja con el hecho de que cada una de las personas que se mencionan en la Biblia (Padre, Hijo y Espíritu Santo) es Dios, y que hay sólo un Dios. Pero si no tenemos que decir que son tres personas distintas, hay una solución fácil: son simplemente nombres diferentes de una persona que actúa diferente en diferentes ocasiones. A veces esta personas se llama a sí mismo Padre, a veces se llama Hijo, y a veces se llama Espíritu.¹⁹ No tenemos dificultad en entender eso, porque en nuestra propia experiencia la misma persona puede actuar en un momento como abogado (por ejemplo), en otro momento como padre de sus propios hijos, y en otro momento como hijo respecto a sus padres; el mismo individuo es un abogado, padre e hijo. Pero tal solución negaría el hecho de que las tres personas son individuos distintos, que Dios Padre envía a Dios Hijo al mundo, y que el Hijo ora al Padre, y que el Espíritu Santo intercede por nosotros ante el Padre.

Otra solución sencilla se hallaría al *negar la segunda afirmación*, es decir, al negar que alguna de las personas que la Biblia menciona realmente es Dios plenamente. Si simplemente sostenemos que Dios es tres personas, y que hay sólo un Dios, tal vez podríamos vernos tentados a decir que alguna de las «personas» en este un Dios no es plenamente Dios, sino que es una parte subordinada o creada de Dios.

¹⁸1 Co 8:6 no niega que Dios Hijo y Dios Espíritu Santo sean también «Dios», sino que aquí Pablo dice que a Dios Padre se identifica como este «sólo un Dios». En otras partes, como hemos visto, puede hablar de Dios Hijo y Dios Espíritu Santo también como «Dios». Es más, en este mismo versículo, pasa hablar de «no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos». Aquí usa la palabra Señor en su sentido total del Antiguo Testamento de «Jehová» como nombre para Dios, y dice que esta es la persona por medio de quien todas las cosas fueron creadas, afirmando así la plena deidad de Cristo por igual, pero con un nombre diferente. De este modo, este versículo afirma tanto la unidad de Dios y la diversidad de las personas en Dios.

¹⁹El término técnico para este punto de vista es modalismo, que fue una herejía condenada en la iglesia antigua; vea la explicación más abajo.

Esta solución la tomarían, por ejemplo, los que niegan la plena deidad del Hijo (y del Espíritu Santo).²⁰ Pero, como vimos arriba, esta solución tendría que negar una categoría entera de la enseñanza bíblica.

Finalmente, como se anotó arriba, una solución sencilla surgiría al *negar que hay sólo un Dios*. Pero esto resultaría en una creencia en tres dioses, algo claramente contrario a la Biblia.

Aunque el tercer error no ha sido común, como veremos más abajo, cada uno de los primeros dos errores ha aparecido en un tiempo u otro en la historia de la iglesia y todavía persiste en algunos grupos de hoy.

5. Toda analogía tiene sus limitaciones. Si no podemos adoptar ninguna de estas soluciones sencillas, ¿cómo podríamos unir estas tres verdades de la Biblia y mantener la doctrina de la Trinidad? A veces algunos han usado varias analogías derivadas de la naturaleza o de la experiencia humana intentando explicar esta doctrina. Aunque estas analogías son útiles a un nivel elemental de entendimiento, todas resultan inadecuadas o equívocas bajo mayor reflexión. Decir, por ejemplo, que Dios es como un trébol, que tiene tres partes y sin embargo sigue siendo un trébol, falla porque cada hoja es sólo una parte del trébol, y no se puede decir de una hoja que sea todo el trébol. Pero en la Trinidad cada una de las personas no es simplemente una parte separada de Dios, sino que cada una es plenamente Dios. Es más, la hoja de un trébol es impersonal y no tiene personalidad distinta y compleja de la manera que la tiene cada persona de la Trinidad.

Otros han usado la analogía del árbol con tres partes: raíz, tronco y ramas, y todas constituyen un solo árbol. Pero surge un problema similar, porque estas son sólo partes de un árbol, y de ninguna de ellas se puede decir que sea todo el árbol. Es más, en esta analogía las partes tienen propiedades diferentes, a diferencia de las personas de la Trinidad, todas las cuales poseen todos los atributos de Dios en igual medida. Y la falta de personalidad en cada parte es igualmente una deficiencia.

La analogía de las tres formas del agua (vapor, agua y hielo) es también inadecuada porque (a) ninguna parte del agua jamás es las tres cosas a la vez,²¹ (b) tienen diferentes propiedades o características, (c) la analogía no tiene algo que corresponda al hecho de que hay sólo un Dios (no hay tal cosa como «un agua» o «toda el agua en el universo»), y (d) falta el elemento de la personalidad inteligente.

Se han derivado otras analogías de la experiencia humana. Se pudiera decir que la Trinidad es como el hombre que a la vez que es agricultor, alcalde de la ciudad y anciano en la iglesia. Funciona en papeles diferentes en ocasiones diferentes, pero es un solo hombre. Sin embargo, esta analogía es muy deficiente porque hay sólo un individuo haciendo estas tres actividades en tiempos diferentes, y la analogía no puede explicar la interacción personal entre los miembros de la Trinidad. (De hecho, esta analogía simplemente enseña la herejía llamada modalismo, que se considera más abajo).

²⁰El término técnico para este punto de vista es arrianismo, que fue otra herejía condenada en la iglesia anti-gua; vea la explicación más abajo.

²¹Hay una cierta condición atmosférica (que los químicos llaman «punto triple») en la cual el vapor, agua líquida, y el hielo pueden existir simultáneamente, pero incluso entonces la cantidad de agua que es vapor no es hielo o líquido, la cantidad de líquido no es vapor o hielo, etc.

Otra analogía tomada de la vida humana es la unión del intelecto, las emociones y la voluntad en un solo ser humano. Aunque estas son partes de la personalidad, sin embargo, ningún factor constituye la persona entera; y las partes no son idénticas en características sino que tienen capacidades diferentes.

Así que, ¿qué analogía debemos usar para enseñar la Trinidad? Aunque la Biblia usa muchas analogías de la naturaleza y la vida para enseñarnos varios aspectos del carácter de Dios (Dios es como una roca en su fidelidad, es como un pastor en su cuidado, etc.), es interesante que en ninguna parte la Biblia usa analogía alguna para enseñar la doctrina de la Trinidad. Lo más cercano que tenemos a una analogía se halla en los mismo títulos «Padre» e «Hijo»; títulos que claramente hablan de personas distintas y de la estrecha relación que existe entre ellos en una familia humana. Pero a nivel humano, por supuesto, tenemos dos seres humanos enteramente separados, y no un ser compuesto de tres personas distintas. Es mejor concluir que ninguna analogía expresa adecuadamente lo que es la Trinidad, y todas desorientan de maneras significativas.

6. Dios existe eterna y necesariamente como la Trinidad. Cuando fue creado el universo, Dios Padre habló las palabras creadoras poderosas que lo hicieron existir, Dios Hijo fue el agente divino que realizó estas palabras (Jn 1:3; 1 Co 8:6; Col 1:16; Heb 1:2), y Dios Espíritu Santo estaba activo «iba y venía sobre la superficie de las aguas» (Gn 1:2). Así que es como esperaríamos: si los tres miembros de la Trinidad son igual y plenamente divinos, los tres han existido por toda la eternidad, y Dios ha existido eternamente como Trinidad (cf. también Jn 17:5, 24). Es más, Dios no puede ser otro que el que es, porque es inmutable (vea capítulo 11 arriba). Por consiguiente, parece apropiado concluir que Dios necesariamente existe como Trinidad; no puede ser otra cosa que lo que él es.

C. Han surgido errores al negar alguna de estas tres afirmaciones que resumen la enseñanza bíblica

En la sección anterior vimos cómo la Biblia exige que expresemos las siguientes tres afirmaciones:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios.
3. Hay sólo un Dios.

Antes de examinar más las diferencias entre Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la manera en que se relacionan entre sí, es importante considerar algunos de los errores doctrinales en cuanto a la Trinidad que han surgido en la historia de la iglesia. En esta revisión histórica veremos algunos de los errores que debemos evadir en cualquier pensamiento ulterior en cuanto a esta doctrina. De hecho, los

principales errores trinitarios que han surgido, han resultado debido a una negación de una u otra de estas tres afirmaciones primordiales.²²

1. El modalismo aduce que hay sólo una persona que se nos presenta en tres formas (o «modos») diferentes. En varias ocasiones algunos han enseñado que Dios no es en realidad tres personas distintas, sino una sola persona que se aparece a los seres humanos en diferentes «modos» en ocasiones diferentes. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento Dios aparece como «Padre». En los Evangelios, esta misma persona divina apareció como «el Hijo» como se ve en la vida humana y ministerio de Jesús. Después de Pentecostés, esta misma persona entonces se nos reveló como el «Espíritu» activo en la iglesia.

A esta enseñanza también se hace referencia con dos otros nombres. A veces se le llamas sabelianismo, por un maestro llamado Sabelio que vivió en Roma a principios del siglo III d.C. Otro nombre que se le da al modalismo es «monarquismo-modalista», debido a que esta enseñanza no sólo dice que Dios se nos reveló en «modos» diferentes sino también dice que hay sólo un supremo gobernador («monarca») en el universo y que es Dios mismo, que consiste de sólo una persona.

El modalismo obtiene su atractivo del deseo de recalcar claramente el hecho de que sólo hay un Dios. Puede aducir respaldo no sólo de pasajes que hablan de un solo Dios, sino también de pasajes como Jn 10:30 («El Padre y yo somos uno») y Jn 14:9 («El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»). Sin embargo, el último pasaje puede simplemente significar que Jesús revela plenamente el carácter de Dios Padre, y el pasaje anterior (Jn 10:30), en un contexto en el que Jesús afirma que realizará todo lo que el Padre le ha dado que haga y salvará a todos los que el Padre le ha dado, parece querer decir que Jesús y el Padre son uno en propósito (aunque también pudiera implicar unidad de esencia).

La debilidad fatal del modalismo es el hecho de que debe negar las relaciones personales dentro de la Trinidad que aparecen en tantos lugares de la Biblia (o debe afirmar que estas fueron simplemente una ilusión, no algo real). Por tanto, debe negar que hubo tres personas separadas en el bautismo de Jesús, donde el Padre habla desde el cielo, y el Espíritu desciende sobre Jesús como una paloma. Debe decir que todas esas instancias en donde Jesús ora al Padre son una ilusión o una charada. La idea del Hijo o el Espíritu Santo intercediendo por nosotros ante Dios Padre se pierde. Finalmente, el modalismo en última instancia pierde la esencia de la doctrina de la expiación; es decir, la idea de que Dios envió a su Hijo como sacrificio sustitutivo, y que el Hijo llevó la ira de Dios en nuestro lugar, y que el Padre, representando los intereses de la Trinidad, vio el sufrimiento de Cristo y quedó satisfecho (Is 53:11).

Es más, el modalismo niega la independencia de Dios, porque si Dios es sólo una persona, no tiene capacidad de amar o comunicarse sin otras personas en su creación. Por consiguiente fue necesario que creara al mundo, y Dios ya no sería independiente de la creación (vea capítulo 12 sobre la independencia de Dios).

²²Una excelente explicación de la historia e implicaciones teológicas de las herejías trinitarias se consideran en esta sección se halla en Harold O. J. Brown, *Heresies: The Image of Christ in the Mirror of Heresy and Orthodoxy from the Apostles to the Present* (Doubleday, Garden City, N.Y., 1984), pp. 95-157.

Una presente denominación dentro del protestantismo (definida ampliamente), la Iglesia Pentecostal Unida, es modalista en su posición doctrinal.²³

2. El arrianismo niega la plena deidad del Hijo y del Espíritu Santo

a. La controversia arriana. El término *arrianismo* se deriva de Arrio, obispo de Alejandría, cuyos puntos de vista fueron condenados en el Concilio de Nicea en el 325 d.C., y que murió en el 336 d.C. Arrio enseñaba que Dios Padre en cierto momento creó al Hijo, y que antes de ese tiempo el Hijo no existía, ni tampoco el Espíritu Santo, sino sólo el Padre. Por tanto, aunque el Hijo es un ser celestial que existía antes que el resto de la creación y que es mucho mayor que todo el resto de la creación, con todo no es igual al Padre en todos sus atributos; se puede incluso decir que es «como el Padre» o «similar al Padre» en su naturaleza, pero no se puede decir que sea «de la misma naturaleza» como el Padre.

Los arrianos dependen fuertemente en pasajes que llaman a Cristo el Hijo «*unigénito*» de Dios (Jn 1:14; 3:16, 18; 1 Jn 4:9). Si Cristo fue «engendrado» por Dios Padre, razonaban, eso debe querer decir que Dios Padre le dio la existencia (porque la palabra «engendrar» en la experiencia humana se refiere al papel del padre en la concepción del hijo). En Colosenses 1:15 hay respaldo adicional para el concepto arriano: «Él es la imagen del Dios invisible, el *primogénito de toda creación*». ¿Acaso la expresión «primogénito» aquí no implica que el Hijo fue en un punto traído a existencia por el Padre?²⁴ Y si esto es verdad del Hijo, necesariamente debe ser cierto del Espíritu Santo también.

Pero estos pasajes no nos exigen creer la posición arriana. Colosenses 1:15, que llama a Cristo «el primogénito de toda creación», se entiende mejor si se dice que quiere decir que Cristo tiene los derechos o privilegios del «primogénito»; es decir, de acuerdo al uso y costumbre bíblicos, el derecho de liderazgo o autoridad en la

²³ Algunos de los dirigentes que formaron este grupo habían sido anteriormente obligados a salir de las Asambleas de Dios cuando las Asambleas decidieron insistir en una declaración trinitaria de fe para sus ministros en 1916. A la Iglesia Pentecostal Unida a veces se la identifica con el eslogan «Jesús solo», e insiste que las personas deben ser bautizadas en el nombre de Jesús, y no en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo. Debido a su negación de tres personas distintas en Dios, a la denominación no se le debería considerar evangélica, y es dudoso si se la debería considerar genuinamente cristiana en última instancia.

²⁴ Los arrianos también usaban Pr 8:22, y ganaron respaldo del hecho de que la Septuaginta equivocadamente tradujo: «El Señor me creó» (gr. *ktizo*, antes que «El Señor me adquirió o me poseyó» (gr. *ptaomai*). Vea la explicación de este versículo arriba, pp. 229-30.

Los Testigos de Jehová, que son arrianos del día moderno, también señalan a Ap 3:14, en donde Jesús se llama a sí mismo «el principio de la creación de Dios» (RVR), y lo toman como queriendo decir que «Jesús fue creado por Dios como el principio de las creaciones invisibles de Dios» (no se menciona autor, *Should You Believe in the Trinity?* [Watch Tower Bible and Tract Society, Brooklyn, N.Y., 1989], p. 14). Pero este versículo no quiere decir que Jesús fue el primer ser creado, porque la misma palabra para «principio» (gr. *arqué*) la usa Jesús cuando dice que él es «el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin» (Ap 22:13), y «principio» aquí es sinónimo de «Alfa» y «primero». Dios Padre similarmente dice que sí mismo: «Yo soy el Alfa y la Omega» (Ap 1:8). En ambos casos ser «el Alfa» o «el principio» quiere decir ser el que estaba allí antes de que alguna otra cosa existiera. La palabra no implica que el Hijo fue creado o que hubo un tiempo cuando empezó a ser, porque tanto que el Padre y el Hijo siempre han sido «el Alfa y la Omega» y «el principio y el fin», puesto que han existido eternamente. (El historiador judío Josefo usa la misma palabra para llamar a Dios el «principio (*arqué*) de «todas las cosas», pero ciertamente no piensa que Dios mismo fue creado: vea *Against Apion* 2.190.)

La NVI traduce este versículo diferentemente: «el soberano de la creación de Dios». Este es un sentido alternativo aceptable para *arqué*; vea el mismo significado en Lc 12:11; Tit 3:1.

* Vea apéndice 6, pp. 1233-34.

familia de la generación de uno. (Note Heb 12:16 en donde se dice de Esaú que vendió su «primogenitura»; la palabra griega *prototokia* es cognada del término *prototokos* «primogénito» en Col 1:15). Así que, Colosenses 1:15 significa que Cristo tiene los privilegios de autoridad y gobierno, privilegios que le pertenecen como «primogénito», pero con respecto a toda la creación. La NIV en inglés traduce esto en forma útil: «el primogénito sobre toda creación».

En cuanto a los pasajes que dicen que Cristo fue el «Hijo unigénito» de Dios, la iglesia primitiva sintió tan fuertemente la fuerza de muchos otros pasajes que mostraban que Cristo era plena y completamente Dios, que concluyeron que, lo que sea que «unigénito» significara, no significaba «creado».* Por consiguiente el credo niceno en 325 afirmó que Cristo era «engendrado, no hecho»:

Creemos en un Dios, Padre Todopoderoso, Hacedor de todas las cosas visibles e invisibles, y en un Señor Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado del Padre, el unigénito; es decir, de la esencia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, el mismo Dios del mismo Dios, engendrado, no hecho, pues es de una sustancia (*jomoousion*) con el Padre ...²⁵

Esta misma frase la reafirmó el concilio de Constantinopla en 381. Además, la frase «antes de todos los siglos» se añadió después de «engendrado del Padre», para mostrar que ese «engendrado» fue eterno. Nunca empezó a suceder, sino que es algo que había sido eternamente verdad de las relaciones entre el Padre y el Hijo. Sin embargo, la naturaleza de ese «engendrado» nunca se ha definido muy claramente, aparte de decir que tiene que ver con las relaciones entre el Padre y el Hijo, y que en algún sentido el Padre ha tenido eternamente primacía en esa relación.

En repudio adicional a la enseñanza de Arrio, el credo niceno insistía que Cristo era «de la misma sustancia que el Padre». La disputa con Arrio tenía que ver con dos palabras que se hicieron famosas en la historia de la doctrina cristiana, *homoousios* («de la misma naturaleza») y *homoiousios* («de naturaleza similar»).²⁶ La diferencia depende del significado diferente de dos prefijos griegos: *homo-* que quiere decir «mismo», y *homoi-* que quiere decir «similar». Arrio se contentaba con decir que Cristo era un ser celestial sobrenatural y que fue creado por Dios antes de la creación del resto del universo, e incluso que era «similar» a Dios en su naturaleza. Por tanto, Arrio aceptaba la palabra *homoiousios*. Pero el concilio de Nicea en 325 y el concilio de Constantinopla en 381 se dieron cuenta de que esto no era suficiente, porque si Cristo no era exactamente de la misma naturaleza del Padre, no es plenamente Dios. Así que ambos concilios insistieron en que los creyentes ortodoxos confiesen que Jesús es *homoousios* de la misma naturaleza de Dios Padre. La diferencia entre la dos palabras era sólo una letra, la letra griega iota, y algunos han criticado a la iglesia por permitir que una disputa doctrinal sobre una sola letra consuma tanta atención durante la mayor parte del siglo IV d.C. Algunos se han

²⁵Esta es la forma original del credo niceno, pero más tarde fue modificado en el concilio de Constantinopla en 381 y allí tomó la forma que las iglesias de hoy conocen comúnmente como el «credo niceno». Este texto se toma de Philip Schaff, *Creeds of Christendom* 3 vols. (Baker, Grand Rapids, 1983 reimpresión de la edición de 1931), 1:28–29.

²⁶Traducciones más antiguas de *homousios* a veces usan el término «cosustancial, palabra castellana no común que simplemente significa «de la misma sustancia o naturaleza».

preguntado: «¿Podría algo ser más necio que discutir por una sola letra en una palabra?» Pero la diferencia entre la dos palabras era profunda, y la presencia o ausencia de la *iota* realmente marcaba la diferencia entre el cristianismo bíblico, con una doctrina verdadera de la Trinidad, y una herejía que no aceptaba la plena deidad de Cristo, y por consiguiente no era trinitaria y a la larga destructiva para toda la fe cristiana.

b. Subordinacionismo. Al afirmar que el Hijo era de la misma naturaleza que el Padre, la iglesia primitiva también excluyó una doctrina falsa relacionada, es decir, el subordinacionismo. En tanto que el arrianismo sostenía que el Hijo fue creado y no era divino, el subordinacionismo sostenía que el Hijo era eterno (no creado) y divino, pero con todo no igual al Padre en ser o atributos; el Hijo era inferior o «subordinado» en ser a Dios Padre.²⁷ El padre de la iglesia primitiva Orígenes (ca. 185—254 d.C.) abogaba una forma de subordinacionismo que sostenía que el Hijo era inferior al Padre en ser, y que el Hijo eternamente deriva su ser del Padre. Orígenes intentaba proteger la distinción de personas y escribía antes de que la doctrina de la Trinidad fuera claramente formulada en la iglesia. El resto de la iglesia no le siguió sino que en el concilio de Nicea claramente rechazó su enseñanza.

Aunque muchos de los dirigentes de la iglesia primitiva contribuyeron a la formulación gradual de una doctrina correcta de la Trinidad, el más influyente de todos fue Atanasio. Tenía sólo veintinueve años cuando llegó al concilio de Nicea en 325 d.C., todavía no como miembro oficial sino como secretario de Alejandro, obispo de Alejandría. Sin embargo, su mente aguda y capacidad de escribir le permitió tener una influencia importante en el resultado del concilio, y él mismo llegó a ser obispo de Alejandría en 328. Aunque en Nicea fueron condenados, los arrianos rehusaron dejar de enseñar sus puntos de vista y usaron su considerable poder político en toda la iglesia para prolongar la controversia por la mayor parte del resto del siglo IV. Atanasio llegó a ser el punto focal del ataque arriano, y dedicó toda su vida a escribir y enseñar en contra de la herejía arriana. «Lo persiguieron con cinco exilios que abarcaron diecisiete años de huir y esconderse», pero, por sus incansables esfuerzos, «casi por sí solo Atanasio salvó a la iglesia del intelectualismo pagano».²⁸ El «credo atanasiano» que lleva su nombre no se piensa hoy que proceda de Atanasio mismo, pero es una afirmación muy clara de la doctrina trinitaria que ganó uso creciente en la iglesia desde alrededor del 400 d.C. y en adelante y todavía se usa en las iglesias católica y protestante hoy. (Vea apéndice 1).

c. Adopcionismo. Antes de dejar la discusión del arrianismo, hay que mencionar una enseñanza falsa relacionada. El «adopcionismo» es el concepto de que Jesús vivió como un hombre ordinario hasta su bautismo, pero que Dios «adoptó» a Jesús como su «Hijo» y le confirió poderes sobrenaturales. Los adopcionistas no

²⁷La herejía del subordinacionismo, que sostiene que el Hijo es inferior en ser al Padre, se debe distinguir claramente de la doctrina ortodoxa de que el Hijo es eternamente subordinado al Padre en papel o función; sin esta verdad perderíamos la doctrina de la Trinidad, porque no tendríamos ninguna distinción eterna personal entre el Padre y el Hijo, y no serían eternamente Padre e Hijo. (Véase sección D. abajo sobre la diferencia entre el Padre, el Hijo, y Espíritu Santo).

²⁸S. J. Mikolaski, "Athanasius," *NIDCC* 81.

sostienen que Cristo existió antes de que naciera como hombre; por consiguiente, no piensan que Cristo fue eterno, ni piensan que es el ser exaltado y sobrenatural creado por Dios que sostienen los arrianos. Los adopcionistas piensan que incluso después de que Jesús fue «adoptado» por Dios como el «Hijo», no fue divino en su naturaleza, sino solamente un hombre exaltado a quien Dios llamó su «Hijo» en un sentido único.

El adopcionismo nunca logró la fuerza de un movimiento como el arrianismo, pero hubo algunos que sostuvieron ideas adopcionistas de tiempo en tiempo en la iglesia primitiva, aunque sus puntos de vista nunca se aceptaron como ortodoxos. Muchos en tiempos modernos que piensan que Jesús fue un gran hombre, alguien a quien Dios concedió poderes de manera especial, pero que no era realmente divino, caerían en la categoría de adopcionistas. La hemos colocado aquí en relación con el arrianismo porque esta noción también, niega la deidad del Hijo (y, de modo similar, la deidad del Espíritu Santo).

La controversia sobre el arrianismo llegó a su cierre en el concilio de Constantinopla en el 381 d.C. El concilio reafirmó las declaraciones nicenas y añadió una declaración de la deidad del Espíritu Santo, que había caído bajo ataque en el período desde Nicea. Después de la frase «y el Espíritu Santo», Constantinopla añadió: «el Señor y Dador de la vida; que procede del Padre, que con el Padre y Hijo juntos es adorado y glorificado; de quien hablaron los profetas». La versión del credo que incluye las adiciones de Constantinopla es lo que comúnmente se conoce hoy como el credo niceno (vea en la p. 1232 el texto del Credo Niceno).

d. La cláusula filioqué. En conexión con el credo niceno, hay que mencionar brevemente un desdichado capítulo en la historia de la iglesia, y se trata de la controversia sobre la inserción de la cláusula filioqué en el credo niceno, inserción que con el tiempo llevaría a la división entre el cristianismo occidental (católico romano) y el cristianismo oriental (que consiste hoy de las varias ramas del cristianismo ortodoxo oriental, tales como la iglesia griega ortodoxa, la iglesia rusa ortodoxa, etc.) en el 1054 d.C.

La palabra *filioqué* es un término latino que quiere decir «y del Hijo». No se incluyó en el credo niceno ni en la primera versión del 325 d.C. ni en la segunda versión del 381 d.C. Esas versiones simplemente decían que el Espíritu Santo «procede del Padre». Pero en el año 589 d.C., en un concilio regional de la iglesia en Toledo (en lo que ahora es España), se añadió la frase «y del Hijo», de modo que el credo entonces decía que el Espíritu Santo «procede del Padre y del Hijo (*filioqué*)». A la luz de Jn 15:26 y 16:7, en donde Jesús dijo que enviaría al Espíritu Santo al mundo, parecía que no podía haber objeción a tal afirmación si se refería que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo en un punto en el tiempo (particularmente en Pentecostés). Pero esta fue una declaración en cuanto a la naturaleza de la Trinidad, y se entendió que la frase hablaba de las relaciones *eternas* entre el Espíritu Santo y el Hijo, algo que la Biblia nunca considera explícitamente.²⁹ La forma del Credo

²⁹La palabra *procede* no se entendía como refiriéndose a crear el Espíritu Santo, ni ninguna derivación de su ser del Padre y del Hijo, sino indicando la manera en que el Espíritu Santo se relaciona eternamente al Padre y al Hijo.

Niceno que tenía esta frase adicional gradualmente ganó en uso general y obtuvo endoso oficial en el 1017 d.C. La controversia entera se complicó por políticas eclesiásticas y luchas por el poder, y esto que parecía ser un punto doctrinal muy insignificante fue la principal cuestión doctrinal en la división entre el cristianismo oriental y occidental en el 1054 d.C. (La cuestión política subyacente, sin embargo, fue la relación de la iglesia oriental a la autoridad del papa). La controversia doctrinal y la división entre las dos ramas del cristianismo no se han resuelto hasta el día de hoy.

¿Hay alguna posición correcta en este asunto? El peso de la evidencia (por tenue que parezca) parece favorecer claramente a la iglesia occidental. A pesar del hecho de que Jn 15:26 dice que el Espíritu de verdad «procede del Padre», esto no niega que proceda también del Hijo (tal como Jn 14:26 dice que el Padre enviaría al Espíritu Santo, pero Jn 16:7 dice que el Hijo enviaría al Espíritu Santo). De hecho, en la misma oración en Jn 15:26 Jesús habla del Espíritu Santo como el que «yo les enviaré de parte del Padre». Y si el Hijo junto con el Padre envía al Espíritu Santo al mundo, por analogía parecería apropiado decir que esto refleja el orden eterno de sus relaciones. Esto no es algo en lo que podemos insistir claramente basados en un versículo específico, pero mucho de nuestra comprensión de las relaciones *eternas* entre el Padre, Hijo y Espíritu Santo vienen por analogía de lo que la Biblia nos dice en cuanto a la manera en que se relacionan a la creación *en tiempo*. Es más, la formulación oriental corre el peligro de sugerir una distancia innatural entre el Hijo y el Espíritu Santo, lo que conduce a la posibilidad de que incluso en la adoración personal un énfasis en una experiencia más mística, inspirada por el Espíritu, se pudiera buscar a costa del descuido de una adoración racionalmente entendible de Cristo como Señor. No obstante, la controversia fue en última instancia sobre un punto de doctrina tan oscuro (esencialmente, las relaciones entre el Hijo y el Espíritu antes de la creación) que ciertamente no merecía una división en la iglesia.

e. La importancia de la doctrina de la Trinidad. ¿Por qué la iglesia se preocupó tanto por la doctrina de la Trinidad? ¿Es realmente esencial sostener la plena deidad del Hijo y del Espíritu Santo? Sí, lo es; porque esta enseñanza tiene implicaciones para la médula misma de la fe cristiana. Primero, la expiación está en juego. Si Jesús es solo un ser creado, y no plenamente Dios, es difícil ver cómo él, una criatura, pudo aguantar la total ira de Dios contra todos nuestros pecados. ¿Podría alguna criatura, por grande que sea, de veras salvarnos? Segundo, la justificación por la fe sola queda amenazada si negamos la plena deidad del Hijo. (Esto se ve hoy en la enseñanza de los Testigos de Jehová, que no creen en la justificación por la fe sola). Si Jesús no es plenamente Dios, tendríamos razón para dudar si en realidad podemos confiar en que él nos salve completamente. ¿Podríamos realmente depender plenamente en alguna criatura en cuanto a nuestra salvación? Tercero, si Jesús no es un Dios infinito, ¿deberíamos orar a él o adorarlo? ¿Quién sino un Dios infinito y omnisciente podría oír y responder a todas las oraciones de todo el pueblo de Dios? ¿Y quién sino Dios mismo es digno de adoración? En verdad, si Jesús no es más que una criatura, por grande que sea, sería idolatría adorarlo; y sin embargo el Nuevo Testamento nos ordena hacerlo (Flp 2:9-11; Ap 5:12-14). Cuarto, si alguien enseña que Cristo fue un ser creado pero con todo el que nos salva, esta enseñanza

erróneamente empieza a atribuir crédito por la salvación a una criatura y no a Dios mismo. Pero esto exalta erróneamente a la criatura antes que al Creador, algo que la Biblia jamás nos permite hacer. Quinto, la independencia y naturaleza personal de Dios está en juego; si no hay Trinidad, no hubo relaciones interpersonales dentro del ser de Dios antes de la creación, y, sin relaciones personales, es difícil ver cómo Dios pudiera ser genuinamente personal sin la necesidad de una creación con la cual relacionarse. Sexto, la unidad del universo está en juego; si no hay una pluralidad perfecta y perfecta unidad en Dios mismo, no tenemos base para pensar que puede haber alguna unidad última entre los diversos elementos del universo. Claramente, en la doctrina de la Trinidad está en juego la esencia misma de la fe cristiana. Herman Bavinck dice que «Atanasio entendió mejor que cualquiera de sus contemporáneos que el cristianismo se levanta o cae con la confesión de la deidad de Cristo y la Trinidad».³⁰ Luego añade: «En la confesión de la Trinidad palpita el corazón de la religión cristiana; todo error resulta o se remonta a una reflexión más profunda, a una percepción equivocada de esta doctrina».³¹

3. El triteísmo niega que haya sólo un Dios. Una manera posible final de intentar una reconciliación fácil de la enseñanza bíblica en cuanto a la Trinidad sería negar que hay sólo un Dios. El resultado sería decir que Dios es tres personas y cada persona es plenamente Dios. Por consiguiente, hay tres dioses. Técnicamente este concepto se llamaría «triteísmo».

Pocos han sostenido este concepto en la historia de la iglesia. Tiene similitudes a muchas religiones paganas antiguas que sostenían una multiplicidad de dioses. Esta percepción resultaría en confusión en la mente de los creyentes. No habría adoración, ni lealtad, ni devoción absolutas a un solo Dios verdadero. Nos preguntaríamos a cuál Dios deberíamos darle nuestra lealtad máxima. Y, en un nivel más hondo, esta noción destruiría todo sentido de unidad última en el universo; incluso en el mismo ser de Dios habría pluralidad pero no unidad.

Aunque ningún grupo moderno aboga por el triteísmo, tal vez muchos evangélicos hoy sin intención tienden a una noción triteísta de la Trinidad, reconociendo la personalidad distinta del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero rara vez dándose cuenta de la unidad de Dios como un ser indiviso.

D. ¿Cuáles son las distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

Después de haber hecho este estudio somero de los errores respecto a la Trinidad, ahora podemos pasar a preguntar si algo más se puede decir en cuanto a las distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si decimos que cada miembro de la Trinidad es plenamente Dios, y que cada persona participa plenamente de todos los atributos de Dios, ¿hay alguna diferencia entre las personas? No podemos decir, por ejemplo, que el Padre es más poderoso o más sabio que el Hijo, ni que el Padre y el Hijo son más sabios que el Espíritu Santo, ni que el Padre existía antes del Hijo o el Espíritu Santo, porque decir algo así sería negar la plena deidad

³⁰Bavinck, *The Doctrine of God* p. 281.

³¹*Ibid.*, p. 285.

de los tres miembros de la Trinidad. Pero, ¿cuáles son, entonces, las distinciones entre las personas?

1. Las personas de la Trinidad tienen funciones primarias diferentes al relacionarse con el mundo. Cuando la Biblia habla de la manera en que Dios se relaciona con el mundo, tanto en la creación como en la redención, se dice que las personas de la Trinidad tienen funciones diferentes o actividades primarias diferentes. A veces a esto se le ha llamado la «economía de la Trinidad», usando *economía* en el sentido antiguo que quiere decir «ordenamiento de actividades». (En este sentido, la gente solía hablar de la «economía de la familia» o «economía doméstica», refiriéndose no solo a los asuntos financieros de una familia, sino a todo el «ordenamiento de actividades» dentro de la familia). «Economía de la Trinidad» quiere decir las diferentes maneras en que las tres personas actúan al relacionarse con el mundo y (como veremos en la próxima sección) uno con el otro por toda la eternidad.

Vemos estas funciones diferentes en la obra de la creación. Dios Padre habló las palabras creativas para hacer que el universo existiera. Pero fue Dios Hijo, el Verbo eterno de Dios, el que realizó estos decretos creativos. «Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Jn 1:3). Es más, «por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él» (Col 1:16; vea también Sal 33:6, 9; 1 Co 8:6; Heb 1:2). El Espíritu Santo estaba activo igualmente de una manera diferente, porque «iba y venía» sobre la faz de las aguas (Gn 1:2), aparentemente sosteniendo y manifestando la presencia inmediata de Dios en la creación (cf. Sal 33:6, en donde «soplo» tal vez se debería traducir «Espíritu»; vea también Sal 139:7).

En la obra de la redención también hay funciones distintas. Dios Padre planeó la redención y envió al Hijo al mundo (Jn 3:16; Gá 4:4; Ef 1:9-10). El Hijo obedeció al Padre y realizó la redención para nosotros (Jn 6:38; Heb 10:5-7; et al.). Dios el Padre no vino y murió por nuestros pecados, ni tampoco Dios el Espíritu Santo. Ese fue la obra particular del Hijo. Entonces, después que Jesús ascendió de nuevo al cielo, el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo para aplicarnos la redención. Jesús habla del «Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre» (Jn 14:26), pero también dice que él mismo enviará al Espíritu Santo, porque dice: «Si me voy, se lo enviaré a ustedes» (Jn 16:7), y habla de un tiempo «Cuando venga el Consolador, que yo les enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre» (Jn 15:26). Es especialmente el papel del Espíritu Santo darnos regeneración o vida nueva espiritual (Jn 3:5-8), santificarnos (Ro 8:13; 15:16; 1 P 1:2), y empoderarnos para el servicio (Hch 1:8; 1 Co 12:7-11). En general, la obra del Espíritu Santo parece ser llevar a su término la obra que ha sido planeada por Dios Padre y empezada por Dios Hijo (vea capítulo 30, sobre la obra del Espíritu Santo).

Así que podemos decir que el papel del Padre en la creación y redención ha sido planear, dirigir y enviar al Hijo y al Espíritu Santo. Esto no es sorpresa, porque muestra que el Padre y el Hijo se relacionan uno a otro como un padre e hijo se relacionan entre sí en una familia humana; el padre dirige y tiene autoridad sobre el hijo, y el hijo obedece y responde a las direcciones del padre. El Espíritu Santo es obediente a las directivas tanto del Padre como del Hijo.

De este modo, en tanto que las personas de la Trinidad son iguales en todos sus atributos, con todo difieren en sus relaciones a la creación. El Hijo y el Espíritu Santo son iguales en deidad a Dios Padre, pero son subordinados en sus funciones.

Es más, estas diferencias en función no son temporales sino que durarán para siempre; Pablo nos dice que incluso después del juicio final, cuando el «último enemigo», es decir, la muerte, sea destruido y cuando todas las cosas sean puestas bajo los pies de Cristo, «el Hijo mismo se someterá a aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todos» (1 Co 15:28).

2. Las personas de la Trinidad existieron eternamente como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero, ¿por qué las personas de la Trinidad toman estos papeles diferentes al relacionarse a la creación? ¿Fue esto accidental o arbitrario? ¿Podría Dios Padre haber venido en vez de Dios Hijo para morir por nuestros pecados? ¿Podría el Espíritu Santo haber enviado a Dios Padre para que muera por nuestros pecados, y luego enviar a Dios Hijo para que nos aplique la redención?

No, no parece que estas cosas pudieran haber sucedido, porque el papel de ordenar, dirigir y enviar es apropiado a la posición del Padre, por el cual se modela toda la paternidad humana (Ef 3:14-15). Y el papel de obedecer, e ir según el Padre envía, y revelarnos a Dios, es apropiado para el papel del Hijo, a quien también se le llama el Verbo de Dios (cf. Jn 1:1-5, 14, 18; 17:4; Flp 2:5-11). Estos papeles no se pudieran haber invertido, ni el Padre habría dejado de ser el Padre ni el Hijo habría dejado de ser Hijo. Por analogía de esa relación, podemos concluir que el papel del Espíritu Santo es también el que era apropiado a las relaciones que tenía con el Padre y el Hijo antes de que el mundo fuera creado.

Segundo, antes de que el Hijo viniera a la tierra, e incluso antes de que el mundo fuera creado, por toda la eternidad el Padre ha sido el Padre, el Hijo ha sido el Hijo, y el Espíritu Santo ha sido el Espíritu Santo. Estas relaciones son eternas, y no algo que ocurrió sólo en el tiempo. Podemos concluir esto, primero, de la inmutabilidad de Dios (vea el capítulo 11); si Dios existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo, siempre ha existido como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Podemos también concluir que las relaciones son eternas partiendo de otros versículos de la Biblia que hablan de las relaciones que los miembros de la Trinidad tenían entre sí antes de la creación del mundo. Por ejemplo, cuando la Biblia habla de la obra de Dios en la elección (vea el capítulo 32) antes de la creación del mundo, habla del Padre escogiéndonos «en» el Hijo: «Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ... *Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo*, para que seamos santos y sin mancha delante de él» (Ef 1:3-4). El acto iniciador de escoger se atribuye a Dios Padre, que nos considera unidos a Cristo o «en Cristo» antes de que siquiera existiéramos. De modo similar, de Dios Padre se dice que «a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29). También leemos del «preconocimiento de Dios Padre» a distinción de las funciones particulares de los otros dos miembros de la Trinidad (1 P 1:2, LBLA; cf. 1:20).³² Incluso el hecho de que el

³²Otro pasaje que pudiera sugerir tal distinción en función es Jn 17:5; cuando Jesús le pide al padre: «glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera» (Jn 17:5), sugiere que es el

Padre «dio a su Hijo unigénito» (Jn 3:16) y «envió a su Hijo al mundo» (Jn 3:17) indican que hubo una relación entre Padre e Hijo antes de que Cristo viniera al mundo. El Hijo no llegó a ser el Hijo cuando el Padre lo envió al mundo. Más bien, el gran amor de Dios se muestra en el hecho de que uno que *siempre* fue el Padre dio al que *siempre* fue su Hijo unigénito: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito ...» (Jn 3:16). «Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo» (Gá 4:4).

Cuando la Biblia habla de la creación, de nuevo habla del Padre creando *por* el Hijo, lo que indica una relación anterior a cuando empezó la creación (vea Jn 1:3; 1 Co 8:6; Heb 1:12, también Pr 8:22-31). Pero en ninguna parte dice que el Hijo o el Espíritu Santo crearon a través del Padre. Estos pasajes de nuevo implican que hubo una relación del Padre (como originador) y del Hijo (como agente activo) antes de la creación, y que esta relación hizo apropiado que diferentes personas de la Trinidad cumplieran los papeles que cumplieron.

Por consiguiente, las diferentes funciones que vemos que realizan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son simplemente resultado de una relación eterna entre las tres personas que siempre ha existido y existirá por la eternidad. Dios siempre ha existido como tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estas distinciones son esenciales en la misma naturaleza de Dios, y no podría ser de otra manera.

Finalmente, se pudiera decir que no hay diferencia en deidad, atributos o naturaleza esencial entre el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada persona es plenamente Dios y tiene todos los atributos de Dios. *Las únicas distinciones entre los miembros de la Trinidad son la manera en que se relacionan unos con otros y con la creación.* En esas relaciones desempeñan papeles que son apropiados para cada persona.

Esta verdad en cuanto a la Trinidad a veces se ha resumido en la frase «igualdad ontológica pero subordinación económica», en donde la palabra *ontológica* quiere decir «ser».³³ Otra manera de expresar esto más simplemente sería decir «iguales en ser pero subordinados en función». Ambas partes de esta frase son necesarias para una doctrina verdadera de la Trinidad; si no tenemos igualdad ontológica, no todas las personas son plenamente Dios. Pero si no tenemos subordinación económica,³⁴ no hay diferencia inherente en la manera en que las tres personas se relacionan entre sí, y consecuentemente no tenemos las tres personas distintas existiendo como Padre, Hijo y Espíritu Santo por toda la eternidad. Por ejemplo, si el Hijo no es eternamente subordinado al Padre en función, el Padre no es eternamente «Padre» y el Hijo no es eternamente «Hijo». Esto querría decir que la Trinidad no ha existido eternamente.

Por esto la idea de igualdad eterna en ser pero subordinación en función ha sido esencial para la doctrina de la Trinidad en la iglesia desde que fuera aceptada en el credo niceno, donde dice que el Hijo fue «engendrado del Padre antes de los siglos» y que el Espíritu Santo «procede del Padre y del Hijo». Sorprendentemente,

derecho del Padre darle gloria a quien quiere darla y que esta gloria el Padre se la dio al Hijo debido a que el Padre amó al Hijo antes de la fundación del mundo.

³³Vea la sección D.1, arriba, en donde se explicó *economía* para referirse a diferentes actividades o funciones.

³⁴Hay que distinguir con todo cuidado la subordinación económica y el error del «subordinacionismo», que sostiene que el Hijo y el Espíritu Santo son inferiores en ser al Padre (véase sección C.2, arriba, p. 245).

algunos escritos evangélicos recientes han negado la subordinación eterna en función entre los miembros de la Trinidad,³⁵ pero ella ha sido claramente parte de la doctrina de la Trinidad en la iglesia (en sus expresiones católica romana, protestante y ortodoxa), por lo menos desde Nicea (325 d.C.). Por eso, Charles Hodge dice:

La doctrina nicena incluye (1) el principio de la subordinación del Hijo al Padre, y del Espíritu al Padre y al Hijo. Pero esta subordinación no implica inferioridad. ... La subordinación que se propone es solamente en lo que concierne al modo de subsistencia y operación. ...

Los credos no son nada más que un arreglo bien ordenado de las verdades de la Biblia que conciernen a la doctrina de la Trinidad. Defienden la personalidad distinta del Padre, Hijo y Espíritu ... y su perfecta igualdad consecuente; y la subordinación del Hijo al Padre, y del Espíritu al Padre y al Hijo, en cuanto a modo de subsistencia y operación. Estas son verdades bíblicas, a las cuales los credos en cuestión no añaden nada; y *es en este sentido que han sido aceptadas por la iglesia universal*.³⁶

De modo similar, A. H. Strong dice:

Padre, Hijo y Espíritu Santo, si bien iguales en esencia y dignidad, se distinguen uno y otro en orden de personalidad, oficio y operación. ...

La subordinación de la *persona* del Hijo a la *persona* del Padre, o en otras palabras un orden de personalidad, oficio y operación que permite que el Padre sea oficialmente primero, el Hijo segundo y el Espíritu tercero, es perfectamente congruente con igualdad. La prioridad no necesariamente es superioridad. ... *Francamente reconocemos una subordinación eterna de Cristo al Padre*, pero mantenemos al mismo tiempo que esta subordinación es una subordinación de orden, oficio y operación, y no una subordinación de esencia.³⁷

³⁵Vea, por ejemplo, Richard y Catherine Kroeger, en el artículo «Subordinationism» en *EDT*. Ellos definen el subordinacionismo como «una doctrina que asigna una inferioridad de ser, estatus, o *función* al Hijo o al Espíritu Santo dentro de la Trinidad. Condenada por numerosos concilio de la iglesia, esta doctrina ha continuado en una forma u otra por toda la historia de la iglesia» (p. 1058, énfasis mío). Cuando los Kroegers hablan de «inferioridad de ... función» al parecer quieren decir que cualquier afirmación de subordinación eterna en función pertenece a la herejía del subordinacionismo. Pero si esto es lo que está diciendo, están condenando toda la cristología ortodoxa desde el credo niceno y en adelante, y por consiguiente condenando una enseñanza que Charles Hodge dice que ha sido una enseñanza de «la iglesia universal».

De modo similar, Millard Erickson, en su *Christian Theology* (Baker, Grand Rapids, 1983–85), pp. 338 y 698, está dispuesto a afirmar sólo que Cristo tuvo una subordinación temporal en función por el período de su ministerio en la tierra, pero en ninguna parte afirma una subordinación eterna en función del Hijo al Padre o del Espíritu Santo al Padre y al Hijo. (De modo similar, su *Concise Dictionary of Christian Theology* p. 161.)

Robert Letham, en «The Man-Woman Debate: Theological Comment», *WTJ* 52:1 (primavera 1990), pp. 65–78, ve esta tendencia en escritos evangélicos recientes como resultado de una afirmación evangélica feminista de que un papel subordinado necesariamente implica importancia menor o personalidad menor. Por supuesto, si esto no es cierto entre los miembros de la Trinidad, entonces no es necesariamente cierto entre esposo y esposa tampoco.

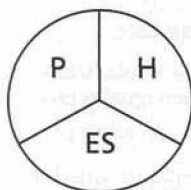
³⁶*Systematic Theology* (3 vols.; Eerdmans, Grand Rapids, 1970 [reimp.; primero publicada 1871–73]), 1:460–62 (cursivas mías).

³⁷*Systematic Theology* (Judson, Valley Forge, Pa., 1907), p. 342 (terceras cursivas mías).

3. ¿Cuál es la relación entre las tres personas y el ser de Dios? Después de la explicación precedente, la pregunta que queda sin resolverse es: ¿cuál es la diferencia entre «persona» y «ser» en esta consideración? ¿Cómo podemos decir que Dios es un ser indiviso, y sin embargo en este ser hay tres personas?

Primero, es importante afirmar que cada persona es completa y plenamente Dios; es decir, que cada persona tiene la plenitud completa del ser de Dios en sí mismo. El Hijo no es parcialmente Dios, ni tampoco un tercio de Dios, sino que el Hijo es total y plenamente Dios, y lo mismo el Padre y el Espíritu Santo. Por tanto, no sería apropiado pensar en la Trinidad según la figura 14.1, en la que cada persona representa sólo un tercio del ser de Dios.

Más bien, debemos decir que la persona del Padre posee *todo el ser* de Dios en sí mismo. Asimismo, el Hijo posee *todo el ser* de Dios en sí mismo, y el Espíritu Santo posee *todo el ser* de Dios en sí mismo. Cuando hablamos de Padre, Hijo y Espíritu Santo juntos no estamos hablando de ningún ser mayor que cuando hablamos solo del Padre, solo del Hijo o solo del Espíritu Santo. El Padre es *todo* del ser de Dios. El hijo también es *todo* del ser de Dios; y el Espíritu Santo es *todo* del ser de Dios.



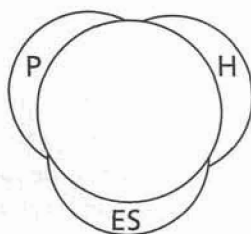
EL SER DE DIOS NO ESTÁ DIVIDIDO EN TRES PARTES IGUALES QUE
CONSTITUYEN LOS TRES MIEMBROS DE LA TRINIDAD

Figura 14.1

Esto es lo que el credo atanasiano afirmó en las siguientes oraciones:

Y la fe católica es esta: que adoramos a un Dios en Trinidad, y Trinidad en unidad; no confundiendo las personas, ni dividiendo la sustancia [esencia]. Porque hay una persona del Padre; otra del Hijo; y otra del Espíritu Santo. Pero la deidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es toda una; igual la gloria, coeterna la majestad. Tal como el Padre es, tal es el Hijo y tal el Espíritu Santo. ... Y así como estamos obligados por la verdad cristiana a reconocer a cada persona por sí misma como Dios y Señor, la religión católica nos prohíbe decir que hay tres Dioses, o tres Señores.

Pero si cada persona es plenamente Dios y tiene todo el ser de Dios, tampoco debemos pensar que las distinciones personales son atributos adicionales añadidos al ser de Dios, como el patrón de la figura 14.2.

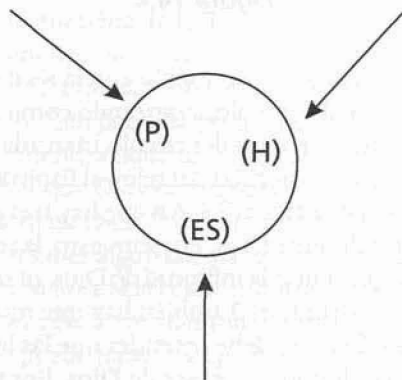


Las distinciones personales en la Trinidad no son algo añadido al ser real de Dios

Figura 14.2

Más bien, cada persona de la Trinidad tiene todos los atributos de Dios, y ninguna persona tiene atributos que las otras no posean.

Por otro lado, debemos decir son realmente personas y que no son simplemente diferentes maneras de ver el ser de Dios. (Esto sería modalismo o sabelianismo, según se explicó arriba). Así que la figura 14.3 no sería apropiada.



Las personas de la Trinidad no son simplemente tres maneras diferentes de mirar al ser de Dios

Figura 14.3

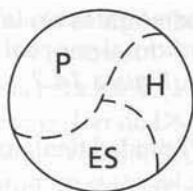
Más bien, nuestro concepto de la Trinidad debe ser tal que la realidad de las tres personas se mantenga, y se vea a cada persona relacionada con las otras como un «yo» (una primera persona) y un «tú» (una segunda persona) y un «él» (una tercera persona).

La única manera que esto parece posible es decir que la distinción entre las personas no es una diferencia en «ser» sino una diferencia en «relaciones». Esto es algo muy distante de nuestra experiencia humana, en donde toda «persona» humana diferente es diferente también en ser. De alguna manera el ser de Dios es tanto mucho más grande que el nuestro que dentro de su ser indiviso puede haber un desdoblamiento de relaciones interpersonales, para que pueda haber tres personas distintas.

¿Cuáles son, entonces, las diferencias entre Padre, Hijo y Espíritu Santo? No hay ninguna diferencia en atributos. La única diferencia entre ellos es la manera en

que se relacionan uno con otro y con la creación. La cualidad singular del Padre es la manera en que *se relaciona como Padre* con el Hijo y con el Espíritu Santo. La cualidad singular del Hijo es la manera en que este *se relaciona como Hijo*; y la cualidad singular del Espíritu Santo es la manera en que este *se relaciona como Espíritu*.³⁸

Aunque los tres diagramas que acabamos de dar representan ideas erróneas que hay que evitar, el siguiente diagrama puede ser útil al pensar en la existencia de tres personas en un solo ser indiviso de Dios.



Hay tres personas distintas, y el ser de cada persona
es igual a todo el ser de Dios

Figura 14.4

En este diagrama, al Padre se le representa con la sección del círculo marcada con una P. Luego, en el resto del círculo, avanzando como las manecillas del reloj, al Hijo se le representa con la sección del círculo marcada con una H; y después, avanzando también como las manecillas del reloj, al Espíritu Santo se le representa con la sección del círculo marcada con ES. Así que hay tres personas distintas, pero cada persona es plena y totalmente Dios. Por supuesto, la representación es imperfecta, porque no puede representar la infinitud de Dios, ni su personalidad, ni, a decir verdad, ninguno de sus atributos. También hay que mirar el círculo en más de una manera a fin de entenderlo; se debe entender que las líneas punteadas indican relación personal y no una división en el ser de Dios. Por tanto, el círculo mismo representa el ser de Dios mientras que las líneas punteadas representan una forma de existencia personal pero no una diferencia de ser. El diagrama puede, con todo, ayudarnos a guardarnos contra algunos malos entendidos.

Nuestras personalidades humanas proveen otra analogía tenue que puede ayudar a pensar en cuanto a la Trinidad. Un hombre puede pensar en diferentes objetos fuera de sí mismo; cuando hace esto, él es el sujeto que piensa. También puede pensar en sí mismo, y entonces él es el objeto de quien se está pensando; así que es a la vez sujeto y objeto. Es más, puede reflexionar en sus ideas en cuanto a sí mismo como una tercera cosa, ni sujeto ni objeto, sino *pensamientos* que él tiene como sujeto en cuanto a sí mismo como objeto. Cuando esto sucede, el sujeto, el objeto y los pensamientos son tres cosas distintas. Sin embargo cada cosa de cierta manera incluye todo su ser; el hombre en su totalidad es el sujeto, y el hombre en su

³⁸ Algunas teología sistemáticas dan nombres a estas diferente relaciones: «paternidad» (o «generación») para el Padre, «filiación» para el Hijo, y «procesión» (o «inspiración») para el Espíritu Santo, pero los nombres no significa nada más que «relacionándose como Padre», y «relacionándose como Hijo», y «relacionándose como Espíritu». En un esfuerzo por evitar la proliferación de términos técnicos que no existen en el inglés contemporáneo, y cuyo significado difieren del sentido inglés ordinario, no he usado estos términos en este capítulo.

totalidad es el objeto, y los pensamientos (aunque en un sentido menor) son pensamientos la totalidad de sí mismo como persona.³⁹

Pero si el desdoblamiento de la personalidad humana permite esta clase de complejidad, el desdoblamiento de la personalidad de Dios debe permitir mucha mayor complejidad que esto. Dentro del ser de Dios, el «desdoblamiento» de personalidades debe permitir la existencia de tres personas distintas, mientras cada persona sigue teniendo la totalidad de Dios en sí misma. La diferencia en personas debe ser de relación, no de ser, y sin embargo cada persona debe tener verdadera existencia. Esta forma tripersonal de ser está más allá de nuestra capacidad de entenderlo. *Es una clase de existencia muy diferente de cualquier cosa que hayamos experimentado* y muy diferente de todo lo demás en el universo.

Debido a que la existencia de tres personas en un solo Dios es algo que está más allá de nuestra comprensión, la teología cristiana ha llegado a usar la palabra *persona* para hablar de estas diferencias en relaciones, no debido a que entendamos completamente lo que se quiere decir con la palabra *persona* al referirse a la Trinidad, sino más bien para que podamos decir algo en lugar de no decir nada.

4. ¿Podemos entender la doctrina de la Trinidad? Debemos estar advertidos por los errores que se han cometido en el pasado. Todos son el resultado de intentos de simplificar la doctrina de la Trinidad y hacerla completamente comprensible, eliminando todo su misterio. Esto jamás se podrá lograr. Sin embargo, no es correcto decir que no podemos entender nada de la doctrina de la Trinidad. Ciertamente podemos entender y saber que Dios es tres personas, y que cada persona es plenamente Dios, y que hay sólo un Dios. Podemos saber estas cosas porque la Biblia las enseña. Es más, podemos saber algunas cosas en cuanto a la manera en que las personas se relacionan entre sí (vea la sección anterior). Pero lo que no podemos entender completamente es cómo encajan todas esas enseñanzas bíblicas distintas. Nos preguntamos cómo puede haber tres personas distintas, y cada persona tener todo el ser de Dios en sí misma, y sin embargo Dios es sólo un ser indiviso. Esto somos incapaces de entender. Es más, es saludable espiritualmente para nosotros reconocer abiertamente que el ser de Dios es mucho más de lo que jamás podremos comprender. Esto nos hace humildes ante Dios y nos lleva a adorarlo sin reserva.

Pero también se debe decir que la Biblia no nos pide que creamos una contradicción. Una contradicción sería: «Hay un Dios y no hay un Dios», o «Dios es tres personas y Dios no es tres personas», o incluso (que sería similar a la afirmación previa) «Dios es tres personas y Dios es una persona». Pero decir que «Dios es tres personas y hay sólo un Dios» no es una contradicción. Es algo que no entendemos, y por consiguiente es un misterio o una paradoja, pero no debería ser problema para nosotros siempre que la Biblia enseñe claramente los diferentes aspectos del misterio, porque en tanto que nosotros somos criaturas finitas y no deidad omnisciente, siempre habrá (por toda la eternidad) cosas que no entenderemos completamente. Louis Berkhof sabiamente dice:

³⁹Dijimos arriba que ninguna analogía enseña perfectamente la Trinidad, y esta tiene varias limitaciones por igual; este hombre sigue siendo una persona; no es tres personas. Sus «pensamientos» no son igual a todo de él como persona. Pero la analogía es útil para dar indicios de algo de la complejidad incluso de la personalidad humana y sugerir que la complejidad de la personalidad divina es algo mucho mayor que esto.

La Trinidad es un misterio ... el hombre no puede comprenderla ni hacerla inteligible. Es inteligible en algunas de sus relaciones y modos de manifestación, pero ininteligible en su naturaleza esencial. ... La dificultad real está en las relaciones en que las personas de la deidad tienen que ver con la esencia divina y una con otra; y esta es una dificultad que la iglesia no puede eliminar, sino sólo tratar de reducir a su proporción apropiada mediante una definición apropiada de términos. Jamás ha tratado de explicar el misterio de la Trinidad, sino solamente formular la doctrina de la Trinidad de tal manera que se eviten los errores que la ponen en peligro.⁴⁰

Berkhof también dice: «Es especialmente cuando reflexionamos en las relaciones de las tres personas con la esencia divina que todas las analogías nos fallan, y llegamos a estar profundamente conscientes del hecho de que la Trinidad es un misterio mucho más allá de nuestra comprensión. Es la gloria incomprensible de la Deidad».⁴¹

E. Aplicación

Debido a que Dios en sí mismo tiene unidad y diversidad, no es sorprendente que la unidad y la diversidad también se reflejen en las relaciones humanas que él ha establecido. Vemos esto primero en el matrimonio. Cuando Dios creó el hombre a su imagen, no creó solo individuos aislados, sino que la Biblia nos dice que «Hombre y mujer los creó» (Gn 1:27). Y en la unidad del matrimonio (vea Gn 2:24) vemos, no una triunidad como Dios, pero por lo menos una asombrosa unidad de dos personas, personas que siguen siendo individuos distintos y sin embargo llegan a ser un cuerpo, mente y espíritu (cf. 1 Co 6:16-20; Ef 5:31). De hecho, en las relaciones entre el hombre y la mujer en el matrimonio también vemos un cuadro de las relaciones entre el Padre y el Hijo en la Trinidad. Pablo dice: «Ahora bien, quiero que entiendan que Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo» (1 Co 11:3). Aquí, así como el Padre tiene autoridad sobre el Hijo en la Trinidad, el esposo tiene autoridad sobre la esposa en el matrimonio. El papel del esposo es paralelo al de Dios Padre, y el de la esposa es paralelo al de Dios Hijo. Es más, así como Padre e Hijo son iguales en deidad, importancia y personalidad, el esposo y la esposa son iguales en humanidad, importancia y personalidad. Y, aunque no se lo menciona explícitamente en la Biblia, el don de los hijos dentro del matrimonio, que resultan del padre y de la madre, y están sujetos a la autoridad del padre y de la madre, es análogo a las relaciones del Espíritu Santo al Padre y al Hijo en la Trinidad.

Pero la familia humana no es la única manera en que Dios ha ordenado que haya diversidad y unidad en el mundo que refleja algo de su propia excelencia. En la iglesia tenemos «muchos miembros» y sin embargo «un cuerpo» (1 Co 12:12). Pablo reflexiona en la gran diversidad entre los miembros del cuerpo humano (1 Co 12:14-26) y dice que la iglesia es de esta manera: tenemos muchos miembros diferentes en nuestras iglesias, con diferentes dones e intereses, y dependemos y nos ayudamos unos a otros, demostrando de esta manera gran diversidad y gran

⁴⁰Berkhof, *Systematic Theology* p. 89.

⁴¹*Ibid.*, p. 88.

unidad al mismo tiempo. Cuando vemos a personas diferentes haciendo muchas cosas diferentes en la vida de una iglesia, debemos agradecerle a Dios que esto nos permite glorificarle al reflejar algo de la unidad y diversidad de la Trinidad.

También debemos notar que el propósito de Dios en la historia del universo frecuentemente ha sido exhibir unidad en la diversidad, y de esta manera exhibir su gloria. Vemos esto no sólo en la diversidad de dones en la iglesia (1 Co 12:12-26), sino también en la unidad de judíos y gentiles, de modo que todas las razas, diversas como son, están unidas en Cristo (Ef 2:16; 3:8-10; vea también Ap 7:9). Pablo se asombra de que los planes de Dios para la historia de la redención hayan sido como una gran sinfonía de modo que su sabiduría está más allá de nuestra comprensión (Ro 11:33-36). Incluso en la misteriosa unidad entre Cristo y la iglesia, en la cual se nos llama la esposa de Cristo (Ef 5:31-31), vemos unidad más allá de lo que jamás podríamos haber imaginado, unidad con el mismo hijo de Dios. Sin embargo, en todo esto nunca perdemos nuestra identidad individual sino que seguimos siendo personas distintas siempre capaces de adorar y servir a Dios como individuos únicos.

A la larga el universo entero participará de esta unidad de propósito, con toda parte diversa contribuyendo a la adoración de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque un día ante el nombre de Jesús se doblará toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Flp 2:10-11).

En un nivel un poco más cotidiano, hay muchas actividades que podemos desempeñar como seres humanos (en la fuerza laboral, en organizaciones sociales, en presentaciones musicales, y en equipos atléticos, por ejemplo) en las cuales muchos individuos distintos contribuyen a una unidad de propósito o actividad. Al ver en estas actividades un reflejo de la sabiduría de Dios al permitirnos tanto unidad como diversidad, podemos ver un tenue reflejo de la gloria de Dios en su existencia trinitaria. Aunque nunca lograremos captar plenamente el misterio de la Trinidad, podemos adorar a Dios por lo que él es en nuestros cantos de alabanza, y en nuestras palabras y acciones que reflejan algo de su carácter excelente.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Por qué Dios se agrada cuando las personas exhiben fidelidad, amor y armonía dentro de una familia? ¿Cuáles son algunas maneras en que los miembros de su familia reflejan la diversidad que se halla en los miembros de la Trinidad? ¿De qué forma su familia refleja la unidad que se halla entre los miembros de la Trinidad? ¿Cuáles son algunas maneras en que las relaciones en su familia pudieran reflejar más plenamente la unidad de la Trinidad? ¿Cómo pudiera la diversidad de las personas de la Trinidad animar los padres a permitir que sus hijos desarrollen diferentes intereses entre sí, y de los de los padres, sin pensar que la unidad de la familia sufrirá daño?
2. ¿Ha pensado usted alguna vez que si su iglesia permitiera que surgieran nuevas y diferentes clases de ministerios, que eso podría estorbar la unidad de la iglesia? ¿O ha pensado usted que animar a las personas a usar otros dones para el ministerio que los que se han usado en el pasado podría ser

divisivo en la iglesia? ¿Cómo podía el hecho de unidad y diversidad en la Trinidad ayudarle a enfocar esos asuntos?

3. ¿Piensa usted que la naturaleza trinitaria de Dios se refleja más plenamente en una iglesia en la que todos los miembros tienen el mismo trasfondo racial, o una en la que los miembros vienen de muchas razas diferentes (vea Ef 3:1-10)?
4. Además de nuestras relaciones dentro de nuestras familias, todos existimos en otras relaciones con la autoridad humana en el gobierno, en el trabajo, en sociedades voluntarias, en instituciones educativas y en el atletismo, por ejemplo. A veces tenemos autoridad sobre otros, y a veces estamos sujetos a la autoridad de otros. Sea en la familia o uno de estos otros aspectos, dé un ejemplo de una manera en la que su uso de autoridad o su respuesta a la autoridad pudiera ser más como el patrón de relaciones dentro de la Trinidad.
5. Si vemos la existencia trinitaria de Dios como la base fundamental de todas las combinaciones de unidad y diversidad en el universo, ¿cuáles son otras partes de la creación que muestran unidad y diversidad (por ejemplo: la interdependencia de sistemas ambientales de la tierra, o la fascinante actividad de las abejas en una colmena, o el trabajo armonioso de las varias partes del cuerpo humano)? ¿Piensa usted que Dios nos ha hecho para que podamos deleitarnos espontáneamente en las demostraciones de unidad en la diversidad, tal como una composición musical que manifiesta gran unidad y a la vez gran diversidad de las varias partes al mismo tiempo, o en la diestra ejecución de alguna estrategia unida planeada por miembros de un equipo atlético?
6. En el ser de Dios tenemos una unidad infinita combinada con la preservación de personalidades distintas que pertenecen a los miembros de la Trinidad. ¿Cómo puede este hecho tranquilizarnos si alguna vez empezamos a temer que llegar a ser más unidos a Cristo al crecer en la vida cristiana (o llegar a ser más unidos unos a otros en la iglesia) pudiera tender a obliterar nuestras personalidades individuales? En el cielo, a su modo de pensar, ¿será usted exactamente igual a todos los demás, o tendrá una personalidad que será distinta y propia? ¿De qué modo las religiones orientales (tales como el budismo) difieren del cristianismo en este respecto?

TÉRMINOS ESPECIALES

adopcionismo
 arrianismo
 engendramiento eterno del Hijo
filioque
 generación eterna del Hijo
homoiousios
homoousios
 igualdad ontológica

modalismo
 monarquismo modalista
 sabelianismo
 subordinación económica
 subordinacionismo
 Trinidad
 triteísmo
 unigénito

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1298-1307.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

1882-92 Litton, 91-108

1930 Thomas, 20-31, 90-99

2. Arminiana (wesleyana o metodista)

1875-76 Pope, 1:253-87; 2:101-5

1892-94 Miley, 1:223-75

1940 Wiley, 1:394-439

1960 Purkiser, 143-44, 199-203

1983 Carter, 1:127-29, 375-414

1983- Cottrell, 3:117-74

1987-90 Oden, 1:181-224

3. Bautista

1767 Gill, 1:187-245

1887 Boyce, 125-66

1907 Strong, 304-52

1917 Mullins, 203-13

1976-83 Henry, 5:165-213

1983-85 Erickson, 321-42

1987-94 Lewis/Demarest, 1:251-88

4. Dispensacional

1947 Chafer, 1:272-347; 5:7-38; 6:7-46

1949 Thiessen, 89-99

1986 Ryrie, 51-59

5. Luterana

1917-24 Pieper, 1:381-404

1934 Mueller, 147-60

6. Reformada (o presbiteriana)

1559 Calvin, 1:120-59 (1.13)

1861 Heppe, 105-32

1871-73 Hodge, 1:442-534

1878 Dabney, 174-211

1887-1921 Warfield, *BTS* 22-156; *SSW* 1:88-92; *BD* 133-74

1889 Shedd, 1:249-332

1937-66 Murray, *CW* 4:58-81

1938 Berkhof, 82-99

1962 Buswell, 1:103-29

7. Renovada (o carismática o pentecostal)

1988-92 Williams, 1:83-94

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
1955 Ott, 50-75
2. Católica Romana: Post Vaticano II
1980 McBrien, 1:343-66

Otras obras

- Augustine. *On the Trinity*. NPNF, First Series, 3:1-228. (Esta se considera el desarrollo más exhaustivo de la doctrina ortodoxa de la Trinidad en la historia de la iglesia).
- Bavinck, Herman. *The Doctrine of God*. Trad. y ed. por William Hendriksen (Banner of Truth, Edinburgh and Carlisle, PA. 1977 [reimpresión de la edición de 1951]), pp. 255-334. (Esta es una de las consideraciones modernas más exhaustivas de la Trinidad).
- Beisner, Calvin. *God in Three Persons*. Tyndale Press, Wheaton, Ill. 1984.
- Bickersteth, Edward H. *The Trinity*. Kregel, Grand Rapids 1957 reimpresión.
- Bloesch, Donald G. *The Battle for the Trinity: The Debate Over Inclusive God-Language*. Servant, Ann Arbor, Mich., 1985.
- Bowman, Robert M., Jr. *Why You Should Believe in the Trinity: An Answer to Jehovah's Witnesses*. Baker, Grand Rapids, 1989.
- Bray, G. L. «Trinity». En *NDT* pp. 691-94.
- _____. «Tritheism». En *NDT* p. 694.
- Brown, Harold O. J. *Heresies: The Image of Christ in the Mirror of Heresy and Orthodoxy From the Apostles to the Present*. Doubleday, Garden City, N.Y., 1984, pp. 95-157.
- Davis, Stephen T. *Logic and the Nature of God*. Eerdmans, Grand Rapids, 1983, pp. 132-44.
- Gruenler, Royce Gordon. *The Trinity in the Gospel of John*. Baker, Grand Rapids, 1986.
- Harris, Murray. *Jesus as God*. Baker, Grand Rapids, 1992.
- Kaiser, Christopher B. *The Doctrine of God: An Historical Survey*. Crossway, Westchester, Ill., 1982, pp. 23-71.
- McGrath, Alister E. *Understanding the Trinity*. Zondervan, Grand Rapids, 1988.
- Mikolaski, S. J. «The Triune God». En *Fundamentals of the Faith*. Ed. por C. F. H. Henry. Zondervan, Grand Rapids, 1969, pp. 59-76.
- Packer, J. I. «God». *NDT* 274-77.
- _____. *Knowing God*. Intervarsity Press, Downers Grove, Ill., 1973, pp. 57-63.
- Wright, D. F. «Augustine». En *NDT*, pp. 58-61.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Mateo 3:16-17: *Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él».*

HIMNO

«Santo, Santo, Santo»

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Señor omnipotente,
Siempre el labio mío loores te dará;
¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Te adoro reverente,
Dios en tres personas, bendita Trinidad.

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! en numeroso coro,
Santos escogidos te adoran sin cesar,
De alegría llenos, y sus coronas de oro
Rinden ante el trono y el cristalino mar.

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! La inmensa muchedumbre
De ángeles que cumplen tu santa voluntad
Ante ti se postra bañada de tu lumbre,
Ante ti que has sido, que eres y serás.

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Por más que estés velado
E imposible sea tu gloria contemplar;
Santo Tu eres solo, y nada hay a tu lado
En poder perfecto, pureza y caridad.

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! la gloria de tu nombre,
Vemos en tus obras en cielo, tierra y mar.
¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! te adora todo hombre,
Dios en tres personas, bendita Trinidad

AUTOR: REGINAL HEBER, TRAD. J. B. CABRERA
(TOMADO DEL HIMNARIO BAUTISTA, # 1